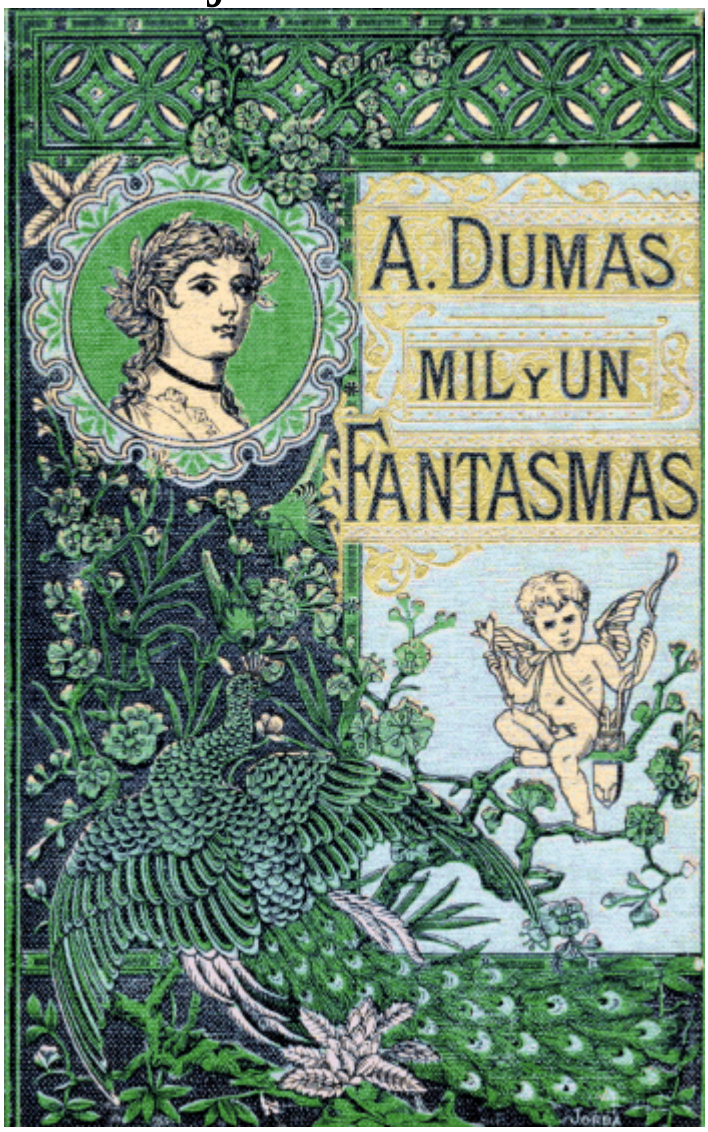
LIBRO dot.com

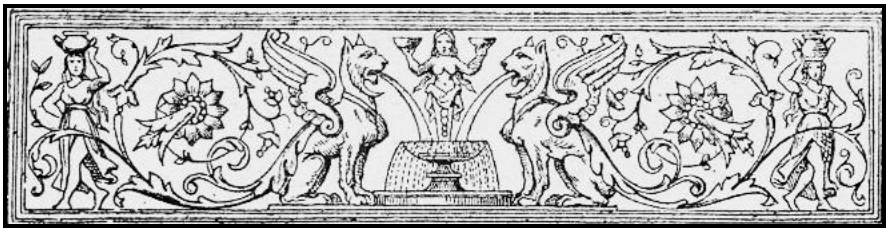
MIL Y UN FANTASMAS

(Primera Parte)

Alejandro Dumas



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com



UN DÍA EN FONTENAY-AUX-ROSES

A M***

Con frecuencia me habéis dicho-en aquellas placenteras veladas que van siendo raras, donde cada cual charla a su placer dando forma a los ensueños del corazón, entregado a los caprichos del ingenio o desperdiciando el tesoro de los propios recuerdos,-a menudo me habéis dicho que después de Scheherezada y Nodier, era yo el más entretenido narrador de cuentos quE habíais oído.

En esto me escribís hoy diciéndome que mientras aguardáis de mí una larga novela por de contado, una de aquellas interminables novelas como escribo yo, y en las cuales hago entrar a todo, un siglo, quisiérais que os enviase algunos cuentos, dos, cuatro o seis volúmenes, lo más, pobres flores de mi jardín que vais a lanzar al viento en medio de las preocupaciones políticas, entre el proceso de Bourges, por ejemplo, y las elecciones de mes de mayo.

¡Pero, amigo mío! la época es triste y he de advertiros que mis que os no serán alegres. Me permitiréis tan sólo que cansado De lo que veo pasar todos los días en el mundo real, vaya a bus r mis cuentos al mundo imaginario. ¡Ah! por desgracia, te o que las inteligencias algo superiores, algo poéticas, al adoras, se hallen a estas horas donde se halla la mía; es decir, en busca del ideal, el único refugio que nos deja Dios contra la realidad.

Ahí me tenéis ahora mismo rodeado de cincuenta volúmenes abiertos con ocasión de una historia de la Regencia que acabó de concluir, y que os suplico, si acaso de ella habláis, que invitéis a las madres a no dejar leer a sus hijas. Ahí me tenéis, repito, y mientras estoy escribiendo, se fijan mis ojos en una

página de las memorias del marqués de Argenson, donde, debajo de estas palabras: De la conversación en otro tiempo y de la conversación en el día, leo estas otras:

"Estoy persuadido que en la época en que el palacio de Rambouillet daba el tono a las personas de mundo, había quien sabía escuchar bien y razonar mejor. Se cultivaba entonces él gusto y el ingenio. He logrado alcanzar modelos de ese género de conversación entre los ancianos de la corte, con quienes he tenido relaciones. Propiedad en las palabras, energía, finura, nada les faltaba; usaban algunas antítesis, epítetos que aumentaban el sentido; profundidad sin pedantería, jovialidad sin malicia." Precisamente hace cien años que escribía las anteriores líneas el marqués de Argenson. Poco más o menos tenía en la época que las escribió, la edad que tenemos nosotros, y como él, mi querido amigo, podemos decir: -Hemos conocido a ancianos que eran lo que no somos nosotros, esto es, hombres de mundo.

Nosotros los hemos visto, pero no los verán nuestros hijos. ,A esto se debe, aun cuando no valgamos gran cosa, que valgamos a lo menos más de lo que valdrán nuestros hijos.

Verdad es que cada día damos un paso hacia la libertad, la igualdad, la fraternidad, tres grandes palabras, que la revolución del 93, la otra, la viuda con titulo, arrojó en medio de la

sociedad moderna, como hubiera podido hacerlo con un tigre, un león o un oso vestidos con pieles de carnero-palabras vacías, desgraciadamente, y que se leían a través de la humareda de julio sobre nuestros monumentos públicos acribillados a balazos.

No quiere decir eso que sea yo un retrógrado. Yo... yo ando como los demás, yo... yo soy el movimiento. Líbreme Dios de predicar la inmovilidad. La inmovilidad es la muerte. Pero ando como aquellos hombres de que habla Dante, cuyos pies van hacia adelante, es verdad, pero cuya cabeza está vuelta hacia atrás.

Y lo que de eso antes que todo, lo primero que echo de menos, lo que mi retrógrada mirada busca en lo pasado, es la sociedad que se va, que se evapora, que desaparece como uno de los fantasmas de que voy a contaros la historia.

Aquella sociedad que ponía en práctica la vida elegante, la vida amable y cortesana; la vida en fin que merecía la pena de ser vivida (perdonadme el barbarismo, porque como no soy de la Academia bien puedo arriesgarlo) aquella sociedad ¿murió o la matamos nosotros? A propósito; recuerdo muy bien que cuando niño me llevaba mi padre a casa de Mme. de Montesson, una gran señora, esto es, una mujer del otro siglo. Sé había casado, hacía cerca de sesenta años, con el duque de Orleáns, abuelo del rey Luis Felipe; tenía noventa; habitaba en un suntuoso y rico palacio de la Chaussée d'Antin y le pasaba Napoleón una renta de cien mil escudos.

-¿Sabéis a qué título figuraba inscrita esa renta en el libro rojo del sucesor de Luis XVI? -No.

-Pues bien, Mme. de Montesson recibía del emperador una renta de cien mil escudos por haber conservado en su salón las tradiciones de la buena sociedad del tiempo de Luis XIV y Luis XV.

Precisamente la mitad de lo que da hoy la Asamblea a su sobrino, para que haga olvidar a Francia lo que quería hacerle recordar su tío.

Vos no creeréis una cosa, mi querido amigo, y es que esas dos palabras que acabo de tener la imprudencia de pronunciar "la Asamblea", me vuelven directamente a las memorias del marqués de Argenson.

-¿Cómo es eso?

-Vais a verlo.

"Nos lamentamos, dice nuestro marqués, de que actualmente no hay conversación en Francia. Conozco perfectamente la razón de ello. Todo está en que la paciencia de escuchar disminuye cada día en nuestros contemporáneos. Escuchamos mal, o por mejor decir, no escuchamos. Así lo he notado en la mejor sociedad que frecuento."

Ahora bien, mi querido amigo, ¿cuál es la mejor sociedad que en nuestros días se puede frecuentar? Será ciertamente la que ocho millones de electores han juzgado digna de representar los intereses, las opiniones, el genio de la Francia, en una palabra: la Asamblea.

Pues bien, entrad en la Asamblea el día y á la hora que más os plazca. Podéis apostar ciento contra uno que encontraréis en la tribuna un hombre que habla y en los bancos quinientas o seiscientas personas, no que le escuchan, sino que le interrumpen.

Tan cierto es lo que digo como que existe un artículo en la constitución de 1848 que prohíbe las interrupciones.

Con eso, figuraos el número de bofetones y puñetazos dados en la Asamblea de un año acá, tiempo que lleva de estar reunida: ¿son innumerables?

Siempre en nombre, por supuesto, de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad.

¿Verdad, que echo de menos muchas cosas, mi buen amigo, con no haber llegado w la mitad de mi vida? Pues la que más echo de menos entre todas las que se han ido o que se van, es la que más lloraba el marqués de -Argenson hace cien años la cortesía.

-Juzgad, pues.

Si se hubiese dicho al marqués de Argenson por ejemplo, en la época que escribía estas palabras: "he aquí a lo que en Francia hemos llegado: cae el telón: desaparece todo espectáculo; y sólo suenan en torno silbidos. Bien pronto no tendremos ni galanos narradores en sociedad, ni artes, ni pinturas, ni palacios. Pero sí envidiosos de todo y en todas partes", si se le hubiese dicho que llegaríamos -yo a lo menos,-a envidiar aquella época, ¿cuánto se hubiera asombrado, el buen marqués de Argenson, ¿verdad? Y sino, dígaseme: ¿qué hago yo? Vivo con les muertos bastante, con los desterrados un poco. Procuro hacer revivirlas sociedades extinguidas, los hombres desaparecidos los que olías a ámbar en lugar de oler a tabaco; los que se dirigían estocadas en lugar de darse puñetazos.

Y he aquí, amigo mío, por qué cuando yo hablo os admiráis de oír una lengua que no habla nadie más; he ahí por qué me decís que soy un divertido narrador de historias; y por qué a mi voz, eco del pasado, atienden aún los presentes que escuchan tan poco y tan mal.

Al cabo y al fin, como los venecianos del siglo XVIII a los cuales prohibían las leyes suntuarias llevar otra cosa que lienzo y burriel, estamos deseosos de ver ondular la seda y el terciopelo y los hermosos brocados de oro en los que el trono cortaba los trajes de nuestros padres:

Os remito, pues, según deseábais, los dos primeros volúmenes de mis MIL Y UN FANTASMAS, que contienen una simple introducción titulada: Un día en Fontenay-aux-roses.

Siempre vuestro

ALEJANDRO DUMAS



I
La calle de Diana, en Fontenay-aux-Roses

EL día 1º de Septiembre de 1831 fui invitado por uno de mis antiguos amigos a una partida de caza en Fontenay-aux-roses.

En aquella época era yo un cazador que me preciaba de tener pocos rivales y acepté, por consiguiente, la invitación de mi buen amigo.

Jamás había estado en Fontenay-aux-Roses; nadie conoce los alrededores de París menos que yo, porque generalmente paso los muros para hacer quinientas o seiscientas leguas.

` A las seis de la tarde me ponía en camino para Fontenay, asomado como siempre a la portezuela; pasé la barrera del

Infierno, dejé a mi izquierda la calle de la Tombe-Issoire y tomé el camino de Orleáns.

Todos saben que Issoire es el nombre de un famoso bandido que, en tiempo de Juliano, echaba mano a los viajeros que se dirigían a Lutecia. Fue colgado a lo que creo, y enterrado en el sitio que hoy lleva su nombre, a muy poca distancia de la entrada de las catacumbas.

Raro es el aspecto que ofrece la llanura a la entrada de Montrouge. En medio de las praderas artificiales, de los campos de zanahorias y acirates de remolachas, se elevan unos como fuertes cuadrados, de piedra blanca, dominados por una rueda dentada semejante a un esqueleto de fuegos artificiales extinguidos. Esta rueda tiene en su circunferencia travesaños de madera sobre los que un hombre apoya alternativamente ya el uno ya el otro pie. Este trabajo de ardilla que da al trabajador una gran movimiento aparente, sin que mude de sitio en

realidad, tiene por objeto enroscar alrededor de un cabo una cuerda, que, desde el fondo de la cantera, extrae a la superficie una piedra cortada que sube lentamente a saludar al día.

Una ganzúa conduce esta piedra hasta el borde del orificio donde unos carritos de rueda la esperan para transportarla al sitio que le está destinado. Después vuelve a bajar la cuerda a las profundidades en busca de otro fardo, y descansa un momento el moderno Ixión, al cual anuncia bien pronto un grito que otra piedra aguarda la labor que debe hacerla abandonar la cantera natal, y empieza la misma obra para volver a empezar en seguida, para proseguir siempre.

Llegada la noche, el hombre ha hecho diez leguas sin moverse del mismo sitio; si subiera realmente un escalón cada vez que apoya el pie en la rueda al cabo de veinte y tres años habría llegado a la luna.

A la caída de la tarde sobre todo -es decir, a la hora en que atravesaba yo la llanura que separa Montrouge el grande del pequeño- el paisaje, gracias a ese indefinido número de movibles ruedas que se destacan vigorosamente sobre el purpúreo, horizonte, ofrece un aspecto fantástico.

Sobre las siete se paran todas y se acabó la tarea.

Esos morrillos que forman grandes piedras largas de cincuenta a setenta pies, altas de seis o siete, son el futuro París que se arranca de la tierra. Las canteras de donde sale esa piedra van engrandeciéndose todos los días; son la continuación de las catacumbas de donde ha salido el viejo París; los arrabales de la villa subterránea que van incesantemente ganando terreno y extendiéndose por la circunferencia. Criando se anda por la llanura de Montrouge, se anda sobre abismos. De cuando en cuando se encuentra un desmoronamiento, un valle en miniatura, una arruga de la tierra. Es una cantera subterránea mal sostenida, cuyo techo de yeso, se ha destruido. Abrese una hendidura por la cual penetra el agua en la caverna; el agua ha ido arrastrando la tierra; de ello ha dimanado el movimiento del terreno: esto se llama un hundimiento.



Quien ignora estas particularidades, quien ignora que aquella hermosa capa de tierra verde que os invita, no reposa sobre nada, se expone fácilmente, poniendo el pie sobre una de las grietas, a desaparecer como se desaparece en Montorver entre dos paredes de hielo.

La población que habita esas galerías subterráneas tiene, lo propio que su existencia, su carácter y su fisonomía aparte. Como vive en la oscuridad, participa algo de los instintos de los animales nocturnos, es decir, que es silenciosa y feroz. A menudo se oye hablar de un accidente; -se ha roto una cuerda, ha muerto despachurrado algún obrero.-En la superficie de a tierra se cree que es una desgracia; treinta pies más abajo se sabe que es un crimen.

El aspecto de los canteros es siniestro en general. De día sus ojos parpadean, al aire libre, su voz es sorda. Llevan los cabellos cortados que les llegan hasta las cejas; una barba que sólo los domingos por la mañana traba conocimiento con la navaja del barbero; un chaleco que deja ver unas mangas dé tela ordinaria y parda; un delantal de cuero blanqueado por el contacto de la

piedra; un pantalón de tela azul. De los hombros cuelga doblada la chaqueta, y sobre esta chaqueta descansa el mango del azadón que está royendo la piedra toda la semana.

En cuanto ocurre algún motín, por extraordinario caso dejan ellos de figurar en él. Cuando dicen en la barrera del Infierno: "ahí vienen los canteros de Montrouge", los habitantes de las calles vecinas sacuden la cabeza y cierran sus puertas.

He ahí lo que yo miraba, lo que yo vi durante esa hora de crepúsculo que en el mes de septiembre separa el día de la noche; luego, como anocheciera, me recosté en el coche; ninguno de mis compañeros había visto lo que acababa yo de ver; de seguro. Así sucede en todas las cosas: muchos miran y pocos ven.

Serían las ocho y medía cuando llegamos a Fontenay; nos aguardaba una excelente cena; en seguida, después de la cena, un paseo por el jardín.

Sorrento es un bosque de naranjos; Fontenay es un ramillete de rosas. Cada casa tiene su rosal que sube a lo alto de la pared con el tallo metido en un estuche de planchas; llegado a cierta altura, el rosal se abre en gigantesco abanico; el aire que pasa es embalsamado, y cuando en lugar de aire hace viento, llueven hojas de rosas sobre las frentes de los transeúntes.

A ser de día, hubiéramos gozado desde la extremidad del jardín de vastísimo panorama. Las luces solas sembradas en el espacio, indicaban las villas de Sceaux, de Bagneux, de Chatillón y de Montrouge; en el fondo se extendía una gran línea pardusca de donde salía un sordo rumor parecido al hálito de Leviathán : era la respiración de París.

Viéronse obligados a hacernos acostar a la fuerza, como se hace con los niños. ¡Con qué placer hubiéramos aguardado el día bajo aquel hermoso cielo bordado de estrellas, acariciadas nuestras frentes por aquella perfumada brisa!

A las cinco de la madrugada, fuimos a nuestra partida de caza, guiados por el hijo de nuestro huésped que nos prometía montes y maravillas y que, fuerza es confesarlo, continuó ensalzándonos la fecundidad montañosa de su comarca con una persistencia digna de mejor suerte.

A medio día habíamos visto un conejo y cuatro perdices. El conejo fue errado por mi compañero de la derecha; mi compañero de la izquierda erró una perdiz, y de las otras tres perdices, dos fueron muertas por mí.

A medio día, en Brassoire, donde cazaba los otros años, hubiera ya enviado a la quinta tres o cuatro liebres y quince o veinte perdices.

Yo soy aficionado a la caza, pero detesto el paseo, sobre todo el paseo a través de los campos. Así pues, bajo el pretexto de ir a explorar un campo de alfalfa situado a mi izquierda (seguro estaba de que nada encontrarla en él), rompí la línea y me separé.

Pero lo que había en aquel campo y que yo había ya notado en el deseo de retirada que se apoderara de mí hacía ya más de dos horas, era ,un camino hondo que ocultándome a las miradas de los demás cazadores, debía conducirme - directamente por el camino de Sceaux a Fontenay-aux-roses.

No me engañaba por cierto. Al dar la una en el reloj de la parroquia, llegaba a las primeras casas de la villa.

Seguía una pared que me parecía servir de muro a una hermosa propiedad, cuando al llegar al sitio en que la calle de Diana desemboca en la calle Mayor, vi venir hacia mí, del lado de la iglesia, un hombre de tan extraño aspecto, que me paré e instintivamente monté los dos gatillos de mi escopeta, dominado como estaba por el sentimiento de la conservación personal.

Sin embargo, pálido, erizado los cabellos, con los ojos fuera de sus órbitas, en desorden los vestidos, y ensangrentadas las manos, aquel hombre pasó junto a mí sin verme siquiera. En su mirada había algo de vertiginoso y delirante. Su carrera tenía el impulso invencible de

un cuerpo que bajara una montaña demasiado rápida, y sin embargo, su respiración jadeante indicaba más espanto que fatiga.

Al llegar al crucero de las dos calles, dejó ese personaje la Calle Mayor para internarse en la calle de Diana, a la cual daba la puerta de la propiedad de la que por espacio de siete a ocho, .' minutos :seguía yo el muro. Esta puerta en que se fijaron en el mismo instante mis ojos, estaba pintada de verde y numerada con. un 2, La mano del hombre extendióse hacia la campanilla mucho antes de poderla tocar; en cuanto la cogió, la agitó violentamente, y, casi al mismo tiempo, dando instantáneamente una vuelta, se encontró sentado en uno de los dos guardarruedas que adornaban la puerta. Al encontrarle allí, permaneció inmóvil, caídos los brazos e inclinada sobre el pecho la cabeza.

Volví yo hacia atrás porque comprendía que aquel hombre debía ser el actor principal de ¡un drama terrible y desconocido.

Detrás de él y a los dos lados de la calle, algunas personas en las cuales produjeran sin duda el mismo efecto que en mi, habían salido de sus casas y le miraban con asombro parecido al mío.

Al sonido de la campanilla que había resonado violentamente, se abrió una puerta pequeña junto a la grande, y salió una mujer de cuarenta a cuarenta y cinco años.

-¡Ah! ¡sois vos, Santiago! dijo la mujer ; ¿qué hacéis ahí?

-¿Está en casa el señor alcalde? preguntó él con voz sorda.

-Si.

-Pues bien, tía Antonia, id a decirle que acabo de asesinar a mi mujer y que vengo a que me prendan.

La tía Antonia lanzó un grito al cual respondieron dos o "tres exclamaciones arrancadas por el terror a las personas que se hallaban bastante cerca para oír aquella terrible confesión.

Yo mismo di un paso hacia atrás y encontré el troncó de un tilo, en el cual me apoyé.

Todos los que pudieron oír aquellas pocas palabras habían quedado inmóviles.

El asesino, por su parte, había caído del guardarruedas al suelo, como si, después de haber pronunciado las fatales palabras, le hubiesen abandonado las fuerzas.

La tía Antonia había desaparecido entre tanto dejando entreabierta la puertecita. Sin duda alguna había ido a cumplir el encargo de Santiago.

A los cinco minutos apareció en el umbral de la puerta la persona a quien se había ido a buscar.

Dos personas más le seguían.

Me parece ver aún el aspecto de la calle.

Santiago se había dejado caer al suelo, como ya he dicho El alcalde de Fontenay, en busca del, cual había ido la tía Antonia, se hallaba en pie junto a él, dominándole. con toda la altura de su talla, que no era poca. En la abertura de la puerta aparecían las otras dos personas de que luego, hablaremos más detenidamente. Yo estaba apoyado en el tronco de un tilo plantado en la calle Mayor, pero desde donde podía abarcar con la mirada toda la calle de Diana. A mi izquierda había un grupo compuesto de un hombre, de una mujer y de un niño; lloraba el niño para que le tomara en brazos su madre. Detrás de este grupo, un panadero se asomaba por una ventana de un cuarto bajo, hablando con el mozo que estaba en la calle y preguntándole si era en efecto Santiago el cantero quien acababa de pasar corriendo; aparecía por fin en el umbral de su tienda un maestro herrero, negro por delante, pero iluminada la espalda por el reflejo de la fragua, cuyo fuelle no dejaba reposar ni un instante el aprendiz. Esto, en la calle mayor.

La calle de Diana-aparté del grupo principal que hemos descrito-estaba desierta. Sólo se veían a lo lejos dos gendarmes que venían de dar una vuelta por la llanura para exigir, sus

patentes a los que llevaban armas, y que, sin sospechar la tarea que les aguardaba, iban acercándose a nosotros marchando tranquilamente al paso.

Daba la una y cuarto.



II
El callejón des Sergents

A la postrera vibración del timbre se mezcló el sonido de la primera palabra del alcalde.

-Santiago, dijo; Antonia está loca. Acaba de decirme de tu parte que tu mujer ha sido asesinada y que eres tú el asesino.

-Es la pura verdad, señor alcalde, respondió Santiago. Hay que prenderme y juzgarme pronto.

Y diciendo estas palabras procuró levantarse apoyando su codo en lo alto del guardarruedas; pero, después de un esfuerzo, cayó como si tuviera rotas las piernas.

-¡Pero estás loco! -dijo el alcalde.

-Mirad mis manos, respondió.

Y levantó dos manos sucias de sangre que con los dedos crispados parecían garras.

En efecto, la izquierda estaba roja hasta más arriba del puño; la derecha hasta el codo.

Además en la mano derecha un hilo de sangre fresca corría a lo largo del pulgar; un mordisco que sin duda dio al asesino la víctima en la convulsión de su agonía.

En esto, habíanse acercado los dos gendarmes haciendo alto a diez pasos del protagonista de esta escena y mirando desde lo alto de sus caballos.

El alcalde les hizo una seña, y bajaron soltando las bridas de sus caballos a un pilluelo cubierto con una gorra de cuartel. Después de lo cual se acercaron a Santiago y lo levantaron cada uno por un brazo.

El infeliz se dejó levantar sin resistencia alguna y con la debilidad y abandono de un ensimismado.

Casi al mismo instante llegaron el comisario de policía y el médico, advertidos de lo que pasaba.

-¡Ah! ¡Llegad, señor Roberto! ¡Venid, señor Cousin! -dijo el alcalde.

El señor Robert era el médico, el señor Cousin el comisario de policía.

-Venid, iba a llamaros.

-Veamos; ¿qué hay de nuevo? -preguntó el médico con él aire más jovial del mundo.

-Un asesinato, según me han dicho. Santiago no respondió.

-Decidme, Santiago, continuó el doctor, ¿es verdad que habéis asesinado a vuestra mujer?

Santiago no contestó tampoco.

Así lo ha dicho ahora mismo, contestó el alcalde; pero presumo que delira...

-Santiago, dijo el comisario de policía, responded. ¿Es cierto que habéis asesinado a vuestra mujer?

El mismo silencio.

-Con todo, vamos a verlo, dijo el doctor Robert. ¿No vive en el callejón Des Sergents?

-Sí,, respondieron los dos gendarmes.

-Pues bien, señor Ledrú -dijo el doctor dirigiéndose al alcalde-, vamos al callejón Des Sergents.

-Yo no, yo no voy, exclamó Santiago desprendiéndose de las manos de los gendarmes con un movimiento tan violento, que a haber querido fugarse, hubiérase ciertamente hallado a cien pasos antes que pensara nadie en perseguirle.

-Pero ¿por qué no quieres ir? -preguntó el alcalde.

-¿Qué necesidad tengo de ir cuando lo confieso todo, cuando os digo que la he asesinado, asesinado con el mandoble que tomé el año pasado del museo de artillería? Prendedme, prendedme; yo nada tengo que hacer allí.

El doctor y el señor Ledrú se miraron.

-Amigo mío, -dijo el comisario de policía, que, como el mismo señor Ledrú, creía aún que Santiago estaba bajo la influencia de un momentáneo delirio-; amigo, mío, es urgente y de suma necesidad el careo; y debéis servir de guía a la justicia.

-¿Y para qué necesita la justicia que yo la? -dijo Santiago: encontraréis el cuerpo en la bodega, y junto al cuerpo, en un saco de yeso, la cabeza; quiero irme a la cárcel. -Conviene que vayáis con nosotros, dijo el comisario.

-¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! -exclamó Santiago víctima del más profundo terror. ¡Oh! ¡Dios, Dios mío! si yo lo hubiese sabido...

-¡Y qué hubieras hecho, vamos a ver! -preguntó el comisario de policía.

-Me hubiera suicidado.

El señor Ledrú meneó la cabeza y dirigiéndose con la mirada al comisario de policía, pareció decirle:

-Algo hay aquí.

-Amigo mío, replicó en seguida dirigiéndose al asesino, veamos, explícame eso a mi.

-i Oh! a vos todo lo que queráis, señor Ledrú, pedid, interrogad.

-¿Cómo puede ser, puesto que has tenido valor de cometer el crimen, que no tengas ahora el de encontrarte en frente de la víctima? ¿ha sucedido algo que tú no nos dices?

-¡Oh! si, algo terrible.

-Y bien, vamos a ver, cuenta.

-¡Oh! no; diríais que no es cierto, diríais que estoy loco.

-¡No importa! ¿qué ha pasado? dímelo.

-Voy a decíroslo, pero sólo a vos.

Y se acercó al señor Ledrú. Quisieron detenerle los dos gendarmes, pero hízoles el alcalde una seña y dejaron en libertad al prisionero.

Por lo demás, le era imposible escapar. La mitad de la población de Fontenay-aux-roses llenaba la calle Mayor y la de Diana.

Santiago, como he dicho, se acercó al oído del señor Ledrú.

-¿Creéis, señor Ledrú? -preguntó Santiago a media voz-, ¿Creéis que pueda hablar una cabeza separada del cuerpo?

El señor Ledrú soltó una exclamación parecida a un grito, y palideció visiblemente.

-¿Lo creéis? decid, repitió Santiago. El señor Ledrú hizo un esfuerzo.

-Si, dijo, lo creo.

-¡ Pues bien!... ¡pues bien!... ¡ha hablado!

-¿Quién?

-La cabeza... la cabeza de Juana.

-¡Qué estás diciendo!

-Digo que tenía los ojos abiertos... digo que ha movido los labios... digo que me ha mirado... digo en fin que al mirarme me lía llamado: ¡Miserable!

Y al pronunciar estas palabras, que él pensaba decir solamente al señor Ledrú y que sin embargo pudo oír todo el mundo, Santiago estaba horrible.

-¡Válganme todos los santos! -exclamó el doctor riendo-; ¡la cabeza ha hablado! ¡una cabeza cortada ha hablado!... ¡Ya no quiero saber más!...

Santiago se volvió.

-i Cuando yo os lo digo! -exclamó.

-Pues bien, mayor motivo para que nos traslademos al sitio donde se ha cometido el crimen. Gendarmes, llevad al prisionero.

Santiago se echó a gritar; se resistía.

-No, no, exclamó; ¡primero me harán pedazos, pero no iré, no iré!

-Venid, amigo mío -dijo el señor Ledrú. Si es cierto que habéis cometido el crimen terrible de que os acusáis, eso será ya una expiación. Por lo demás, añadió hablándole en voz baja, la resistencia es inútil; si no queréis ir de grado os llevarán a la fuerza.

-Pues bien, entonces, dijo Santiago, vamos; pero prometedme una cosa, señor Ledrú.

-¿Cuál?

-Que no me abandonaréis durante todo el tiempo que permanezcamos en la bodega.

-Os lo prometo.

-¿Me permitiréis que os tenga de la mano?

-Sí.

-Pues entonces, vamos.

Y sacando de su bolsillo un pañuelo de yerbas, enjugó su frente cubierta de sudor.

Dirigiéronse hacia el callejón Des Sergents.

El comisario de policía y el doctor iban los primeros, y luego Santiago y los dos gendarmes.

Detrás de ellos iban el señor Ledrú y los dos sujetos que habían aparecido en el umbral de su puerta al mismo tiempo que él.

Y detrás como un torrente mujidor y bullicioso, se rebullía toda la población con la cual iba yo mezclado.

Al cabo, poco más o menos, de un minuto de marcha, llegamos al callejón Des Sergents. Era éste una callejuela sin salida a izquierda de la calle Mayor y que bajaba hasta una gran puerta destrozada que se abría en dos hojas y en una de cuyas hojas estaba cortada una puertecita.

Esta puertecita no tenía más que un gozne.

Todo al primer aspecto, parecía estar en calma en aquella casa; un rosal florecía en la puerta, y junto al rosal sobre un banco de piedra, un enorme gato rojo se calentaba apacible-mente al sol.

Viendo toda aquella gente, oyendo todo aquel ruido, cogióle miedo al gato, fugóse y desapareció por la claraboya de Una bodega.

Al llegar a la puerta, detúvose Santiago.

Los gendarmes quisieron hacerle entrar a la fuerza.

-Señor Ledrú, -dijo el cantero volviéndose-, señor Ledrú, me habíais prometido no abandonarme.

-!Aquí estoy! -contestó el alcalde.

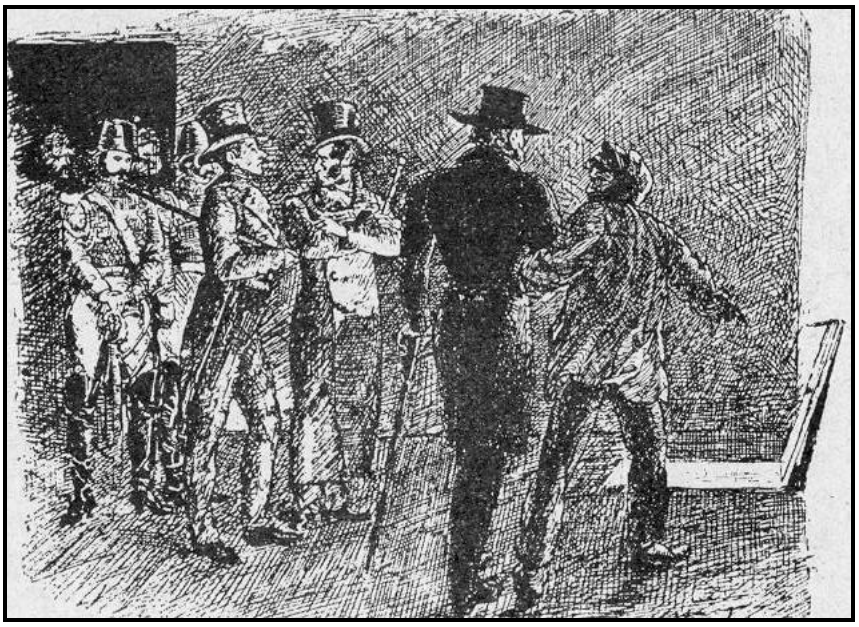
-¡Vuestro brazo, vuestro brazo!

El señor Ledrú se acercó, hizo seña a los dos gendarmes de soltar al prisionero, y le dio el brazo.

-Respondo de él, dijo el alcalde.

Era evidente que en aquel instante el señor Ledrú era más bien que el alcalde de la población persiguiendo el crimen, un filósofo explorando los dominios de lo desconocido.

Sólo que su guía en tan extraña exploración era un asesino.



El doctor y el comisario de policía entraron los primeros; luego el señor Ledrú y Santiago; después los dos gendarmes, por fin algunos predilectos, en el número de los cuales me encontré yo, gracias a mis relaciones con los señores gendarmes, para los cuales no era un extraño; les había encontrado en la llanura, y mostrado el permiso de llevar armas.

La puerta fue cerrada para el resto de la población, que se quedó fuera gruñendo.

Nada indicaba allí el acontecimiento terrible que había tenido lugar: todo estaba en su sitio; la cama de sarga en la alcoba; a la cabecera el crucifijo de madera negra; sobre la chimenea un niño Jesús de cera, tendido sobre flores entre dos candeleros a lo Luis XVI, en otro tiempo plateados; en la pared cuatro cromos puestos en marcos de madera negra y representando las cuatro partes del mundo.

Estaba la mesa puesta, un puchero en la lumbre, y junto un reloj una hucha.

-Pues señor -dijo el médico con cierta jovialidad-, hasta ahora nada veo de particular.

-Pasad la puerta de la derecha -murmuró Santiago con voz sorda.

Siguióse la indicación del reo y nos encontramos en una especie de bodega en uno de cuyos ángulos se abría una trampa; en su abertura temblaba el reflejo de una luz que venía de abajo.

-¡Allí, allí! murmuró Santiago agarrándose al brazo del señor Ledrú de una mano y mostrando con la otra la abertura de la bodega.

-¡Ah! ¡ah! -dijo en voz baja el doctor al comisario de policía, con la horrible sonrisa de las personas a las que nada impresiona porque en nada creen; -parece que la señora Jaequemin ha seguido el precepto de maese Adam...

Y tarareó…

Si he de morir, que me entierren
que me entierren... en la cueva..

-¡Silencio! -interrumpió Santiago lívido el rostro, erizados los cabellos; e inundada de sudor la frente; -no cantéis aquí. Conmovido por la expresión de aquella voz, se calló el doctor. Pero casi en seguida bajando las primeras gradas de la escalera.

-¿Qué es esto? -preguntó.

Y recogió del suelo una espada de ancha hoja.

Era el mandoble que, según dijo Santiago, había tomado el 29 de julio de 1830 del museo de artillería; la hoja estaba teñida de sangre.

El comisario de policía la tomó de las manos del doctor.

-¿Reconocéis esta espada? dijo al prisionero.

-Sí, respondió Santiago: ¡bajad, bajad y acabemos! Entraron en la bodega por el orden que indicamos.

El doctor y el comisario de policía los primeros, después el señor Ledrú y Santiago, en seguida los dos sujetos que se hallaban en casa del alcalde y detrás los gendarmes, y por fin los privilegiados, entre los cuales ya he dicho que me encontraba.

Al llegar al séptimo peldaño abarqué de una sola ojeada el terrible espectáculo que voy a describir.

El primer objeto que atraía las miradas era un cadáver decapitado y tendido cerca de un tonel que chorreaba vino con el grifo medio abierto.

El cadáver estaba torcido a medias, como si las convulsiones de la agonía hubieran alcanzado sólo al tronco sin extenderse a las piernas.

Tenía el vestido arremangado hasta la liga.

Conocíase que la víctima había sido herida en el momento en que, de rodillas junto al tonel, empezaba a llenar una botella que se le deslizó de las manos y que yacían junto a ella.

La extremidad superior del cuerpo nadaba en un mar de sangre.

De pie sobre un saco de yeso arrimado a la pared, como un busto sobre una columna, se percibía, o mejor decir, se adivinaba una cabeza, ahogada entre sus cabellos; un surcó de sangre enrojecía el saco desde lo alto hasta la mitad.

El doctor y el comisario habían ya dado vuelta en torno el cadáver, y se encontraban situados enfrente de la escalera. Hacia el centro de la bodega se hallaban los dos amigos del señor Ledrú y algunos curiosos que se habían apresurado a penetrar hasta allí.

Al pie de la escalera estaba Santiago que no pudieron arrancar del último peldaño.

Detrás de Santiago, los dos gendarmes.

Detrás de los dos gendarmes, cinco o seis personas, se agrupaban conmigo en la escalera.

Todo ese lúgubre interior estaba iluminado por la pálida y trémula luz de una vela, colocada sobre el mismo tonel de donde corría el vino y frente el cual yacía el cadáver de la mujer de Santiago.

-Una mesa, una silla -dijo el comisario de policía, y empecemos.

III
El Interrogatorio

Trajéronle al comisario de policía los dos muebles pedidos; aseguró la mesa, sentóse a ella, pidió la vela que le llevó el doctor, saltando por encima del cadáver, sacó de su bolsillo un tintero, plumas y papel y comenzó el proceso.

Mientras él escribía la cabecera, el doctor hizo un movimiento de curiosidad hacia la cabeza colocada sobre el saco, pero le detuvo el comisario.

-No toquéis nada, le dijo, lo primero es el orden.

-Es justo -dijo el doctor.

Y volvióse a su sitio.

Hubo unos instantes de silencio, durante los cuales sólo se oía la pluma del comisario de policía rechinando sobre el áspero papel de oficio; iban sucediéndose las garrapateadas líneas con la rapidez propia del que escribe una fórmula habitual. Al cabo de algunas líneas levantó la cabeza y miró a su alrededor.

-¿Quiénes nos servirán de testigos? preguntó el comisario dirigiéndose al alcalde.

-Por de pronto, dijo el señor Ledrú indicando a sus dos amigos en pie que formaban grupo con el comisario de policía sentado; por de pronto esos dos señores.

-Bueno.

El alcalde se volvió hacia mí.

-Luego el señor, si es que no le desagrada ver figurar su nombre en un proceso.

-De ninguna manera, señor mío, le respondí.

-Entonces que baje ese caballero, dijo el comisario de policía.

Experimenté alguna repugnancia en acercarme al cadáver. Desde el lugar en donde me hallaba, aunque no dejaba de percibir ciertos detalles, me parecían menos repugnantes, como velados por la penumbra que poetizaba su horror.

-¿Es acaso indispensable? pregunté.

-¿Qué?

-¿Que baje?

-No; quedaos ahí si gustáis.

Hice con la cabeza una seña que quería decir "quisiera no moverme de aquí".

El comisario de policía se volvió hacia el amigo de Ledrú que tenía más cerca.

-Vuestros nombres, apellidos, edad, cualidad, profesión y domicilio, preguntó con la indiferencia de un hombre acostumbrado a esa clase de preguntas.

-Juan Luis Alliette, contestó el preguntado, llamado Etteilla por anagrama, literato, habitante en la calle de la Ancienne Comedie, n.° 20.

-Habéis olvidado decir vuestra edad, dijo el comisario de policía.

-¿Debo decir la edad que tengo o la edad que se me atribuye?

-La vuestra, hombre: ¡como si se pudieran tener dos!

-Distingo, señor comisario, porque hay ciertas personas como por ejemplo Cagliostro, el conde de San Germán, el Judío errante...

-¿Queréis acaso decirme que sois vos Cagliostro, el conde de San Germán o el Judío errante? dijo el comisario frunciendo las cejas a la idea que se burlaban de él.

No, pero...

-Setenta y cinco años -interrumpió el señor Ledrú-; anotad setenta y cinco años, señor Coussin.

-Sea, dijo el comisario de policía.

Y puso setenta y cinco años.

-¿Y vos, caballero? -prosiguió dirigiéndose al otro amigo del señor Ledrú.

Y repitió exactamente las mismas preguntas que hizo al primero.

-Pedro José Moulle, de edad sesenta y un años, eclesiástico, agregado a la iglesia de San Sulpicio, vivo en la calle de Servandoni, nº 11, respondió con voz dulce la persona que había sido interrogada.

-¿Y vos, caballero? -prosiguió el comisario dirigiéndose a mí.

-Alejandro Dumas, autor dramático, de veintisiete años de edad; domiciliado en París en la calle de la Universidad, nº 21.

El señor Ledrú se volvió hacia mí y me hizo un cordial saludo al cual contesté, lo mejor que pude, y en la propia forma.

-¡Bueno! -dijo el comisario de policía, mirad si es eso, señores, y si tenéis que hacer alguna observación.

Y en aquel tono gangoso y monótono de los funcionarios públicos, leyó:

"Hoy primero de septiembre de 1831, a las dos de la tarde, habiendo sido advertido por el rumor público que había tenido lugar en el pueblo de Fontenay-aux-roses un crimen de asesinato cometido en la persona de María Juana Ducondray por el llamado Santiago Jacquemin, su marido, y que el asesino se habla presentado en la casa habitación de Juan Pedro Ledrú, alcalde del Indicado pueblo de Fontenay-aux-roses, con objeto de declararse, por su propia voluntad, el autor de semejante crimen, nos hemos apresurado a dirigirnos en persona al domicilio del susodicho Juan Pedro Ledrú, donde hemos llegado en compañía de Sebastián Robert, doctor en medicina, habitante en la citada población de Fontenay-aux-roses, y hemos encontrado allí en manos de los gendarmes al llamado Santiago Jacquemin quien ha repetido delante de nosotros que era el autor del crimen; después de lo cual le hemos intimado que nos siguiera a la casa donde había sido cometido el crimen. Al principio se ha negado, pero habiendo luego cedido a las Instancias del señor alcalde, nos hemos encaminado al callejón llamado Des Sergents, donde está situada la casa habitada por el Santiago Jacquemin. Llegados a esta casa y cerrada tras de nosotros la puerta para Impedir que la invadiera el pueblo, hemos entrado en una primera habitación donde nada indicaba que se hubiese

cometido ningún crimen; después, por indicación del mismo Jacquemin, hemos pasado del primer aposento al segundo, en uno de cuyos ángulos una trampa abierta comunicaba con una escalera. Habiéndonos dicho que esta escalera conducía a una bodega donde debíamos encontrar el cuerpo de la víctima, hemos bajado por ella y encontrado en los primeros escalones una espada de puño en forma de cruz, de ancha hoja, y cortante, que el Jacquemin nos ha confesado haberla tomado del museo de artillería cuando la revolución de julio y haberle servido para perpetrar el crimen. En el suelo de la bodega hemos hallado el cuerpo de la mujer de Jacquemin vuelto de espaldas y nadando en un mar de sangre, con la cabeza separada del tronco;-la cabeza había sido colocada derecha sobre un saco de yeso arrimado a la pared: y habiendo el llamado Jacquemin reconocido que el cadáver y la cabeza eran en efecto los de su mujer, ratificándose en presencia del señor Juan Pedro Ledrú, alcalde de la villa de Fontenay-aux-roses ; del señor Sebastián Robert, doctor en medicina, habitante en el citado Fontenay-aux-roses ; del señor Juan Luis Alliette, conocido por Etteilla, literato, de edad setenta y cinco años, habitante en París, calle de la Antigua comedia, n.° 20; del señor Pedro José Moulle, de edad sesenta y un años, eclesiástico, agregado a la iglesia de San Sulpicio, habitante en París, calle de Servandoní, nº 11; y del señor Alejandro Dumas, autor dramático, de edad veintisiete años, habitante en París, calle de la Universidad, n.° 21, hemos procedido de la manera siguiente al interrogatorio del acusado."

-¿Es esto, señores? -preguntó el comisario de policía volviéndose hacia nosotros con evidente satisfacción.

-Perfectamente -respondimos a coro.

-Pues bien, interroguemos al reo.

Y volviéndose entonces hacia el preso, que durante la lectura había respirado fuertemente y como un hombre oprimido.

-Acusado, vuestro nombre, apellido, edad, domicilio y profesión.

-¿Durará eso mucho todavía? -preguntó el preso como un hombre postrado.

-Responded; vuestro nombre y apellido.

-Pedro Santiago Jacquemin.

-¿Edad?

-Cuarenta años.

-¿Domicilio?

-Ya lo sabéis, puesto que en él estamos.

-No importa; la ley quiere que contestéis a esta pregunta.

-Callejón Des Sergents.

-¿Profesión? Cantero.

-¿Confesáis ser el autor del crimen?

-Sí.

-Decidnos la causa que os lo ha hecho cometer y las circunstancias en que ha sido cometido.

-La causa que me lo ha hecho cometer... es inútil, dijo Santiago; es un secreto que quedará entre la que está allí, y yo.

-Sin embargo, no hay efecto sin causa.

-¡La cansa! Ya os he dicho que no la sabréis. En cuanto a las circunstancias, como decís, ¿deseáis saberlas?

-Si.

-Pues bien, voy a decíroslas. A los que trabajamos bajo tierra, es decir, en la oscuridad, nos sugiere el demonio de la melancolía tan negras Ideas!

-¡Hola! ¡hola! -interrumpió el comisario de policía, ¿confesáis, pues, la premeditación?

-¿Pues no os he dicho que lo confesaba todo?

-Si; sí, por cierto, adelante.

-Pues bien, iba diciendo que la mala idea que había herido mi imaginación, era la de matar a Juana. Eso me turbó el cerebro por espacio de un mes, el corazón se rebelaba contra la cabeza..., en fin, una palabra que me dijo un camarada me decidió.

-¿Qué palabra?

-¡Oh! Esto pertenece ya a las cosas que no os incumben. Esta mañana yo dije a Juana: hoy no iré a trabajar; quiero divertirme como si fuera fiesta e iré a jugar a los bolos con los compañeros. Procura que a la una esté pronta la comida.

-Pero...

-¡Bueno, bueno!, no quiero observaciones. La comida a la una, ya lo sabes. Bien está, dijo Juana.

Y salió para ir a arreglarlo todo.

Entre tanto, en lugar de ir a jugar a los bolos, tomé yo la espada que ahora tenéis, no sin haberla afilado en una piedra. Bajé a la bodega y me oculté tras de los toneles, diciéndome: - Lila ha de bajar aquí a sacar vino; entonces veremos.

- No sé cuánto tiempo he pasado acurrucado allí, tras de la leñera de la derecha, no lo sé... sólo sé que tenía calentura; mi corazón latía con violencia... y todo lo veía de color de sangre en la oscuridad.

Además no dejaba de resonar ni un momento en mis oídos la palabra que me dijo ayer el camarada...

-Pero, ¿qué palabra es esa? -insistió el comisario.

-No me lo preguntéis, porque ya os he dicho que no la sabríais nunca. Por fin he oído el roce de un vestido, unos pasos que se acercaban, he visto brillar una luz... luego la parte inferior de su cuerpo que bajaba, luego la parte superior, en fin... la cabeza... ¡Oh, sí, se veía bien la cabeza!... Juana llevaba una vela en la, mano.

¡Ah!, me dije, ¡bueno!... y he repetido en voz baja la palabra que me o el camarada.

En esto se ha ido acercando. Hubiera dicho que casi que temía algo; tenía miedo, miraba hacia todos lados, pero yo estaba oculto y ni respiraba siquiera.

Entonces se ha puesto de rodillas delante del tonel, ha acercado la botella y dado vuelta al grifo.

Entonces me he levantado.

-Ya os he dicho que ella estaba de rodillas.-El ruido del vino que caía en la botella le impedía oír el ruido que podía yo hacer. Por lo demás, yo no hacía ninguno. Ella estaba de rodillas como una culpable, como una condenada. Yo he levantado la espada y... ¡hum!... ni sé siquiera si Juana ha arrojado un grito...-la cabeza ha rodado.

En aquel momento yo no quería morir, quería sólo ponerme en salvo. Contaba abrir una huesa en la misma bodega y enterrarla. Salté sobre la cabeza que rodaba, mientras el cuerpo se agitaba convulsionado. Tenía un saco de yeso dispuesto para cubrir la sangre.-He cogido la cabeza, o por mejor decir, la cabeza me ha cogido a mí, ¡mirad!

Y mostró su mano derecha, cuyo dedo pulgar estaba destrozado por una mordedura.

-¿Cómo qué os ha cogido la cabeza? -exclamó el doctor; ¿qué diablos estáis diciendo?



-Digo que me ha mordido de firme como veis, y. que no quería dejarme. La coloqué sobre el saco de yeso, la apoyé contra la pared con mi mano izquierda, y procuré arrancarla la derecha; pero al cabo de un instante los dientes se han abierto por sí solos. Yo he retirado mi mano... entonces, no digo que no fuese delirio, locura, pero me ha parecido que la cabeza estaba viva; y los ojos enteramente abiertos. Los vela bien, puesto que la vela estaba sobre el tonel, y luego..., luego los labios se movían y al moverse... han dicho... si, han dicho... -¡Miserable! ¡era inocente!

No sé el efecto que semejante declaración hacía a los demás; pero, por lo que a mí toca, el sudor bañaba mi frente.

-¡Vamos! ¡eso ya es demasiado! ¡Que los ojos os han mirado! ¡Que los labios os han hablado!

-Oíd, señor doctor; como vos sois médico, no creéis nada; es muy natural: pero yo, yo os digo que esa cabeza que allí veis, ¡allí!... ¿lo entendéis?, os digo que esa cabeza me ha mordido, os digo que esa cabeza me ha dicho: ¡Miserable! ¡era inocente! ¡Y la prueba de que me lo ha dicho, la prueba está en que quería huir después de cometido el asesinato, y que en lugar de huir he corrido directamente a casa del señor alcalde para denunciarme a mí mismo... ¿No es cierto, señor alcalde? ¿No es cierto?, responded.

-Santiago - respondió el señor Ledrú con acento bondadoso-. Sí, es cierto.

-Examinad la cabeza, doctor -dijo el comisario de policía.

-¡Cuando yo estaré fuera, señor Robert, cuando yo estaré fuera! -exclamó Jacquemin.

-¡Imbécil! ¿Todavía temes que te hable?, dijo el doctor tomando la luz y dirigiéndose al saco de yeso.

-Señor Ledrú, en nombre de Dios, dijo Santiago con el acento de la desesperación, decidles que me dejen ir... ¡os lo ruego! ¡os lo suplico!

-Señores, dijo el alcalde haciendo un gesto que detuvo al doctor, puesto qué nada más debéis preguntar a ese infeliz, permitidme que le haga conducir a la cárcel. Cuando la ley ordenó el careo, tuvo en cuenta sin duda que el acusado tendría fuerzas para soportar la prueba.

-¿Pero, y el interrogatorio? -dijo el comisario.

-Está casi concluido.

-Pero ha de firmar el reo.

-Firmará en la cárcel. exclamó Jacquemin, firmaré en la cárcel todo lo que queráis.

-Bien está -dijo el comisario.

-¡Gendarmes, llevaos a ese hombre! -dijo el señor Ledrú.

-¡Ah! ¡gracias, señor Ledrú, gracias! -dijo Jacquemin con la expresión del mayor y más profundo reconocimiento.

Y cogiendo él mismo a los dos gendarmes por los brazos, los arrastró hacia lo alto de la escalera con fuerza sobrehumana. Salió el infeliz, y el drama con él.

No quedaban en la bodega más que dos cosas repugnantes a la vista; un cadáver sin cabeza y una cabeza sin cuerpo. Me incliné a mi vez hacia el señor Ledrú.

-Señor mío, le dije, ¿me será permitido retirarme, quedando siempre a vuestras órdenes para cuando gustéis que firme el proceso verbal?

-Sí, señor, pero con una condición.

-¿Cuál?

--Que iréis a mi casa a firmar el proceso.

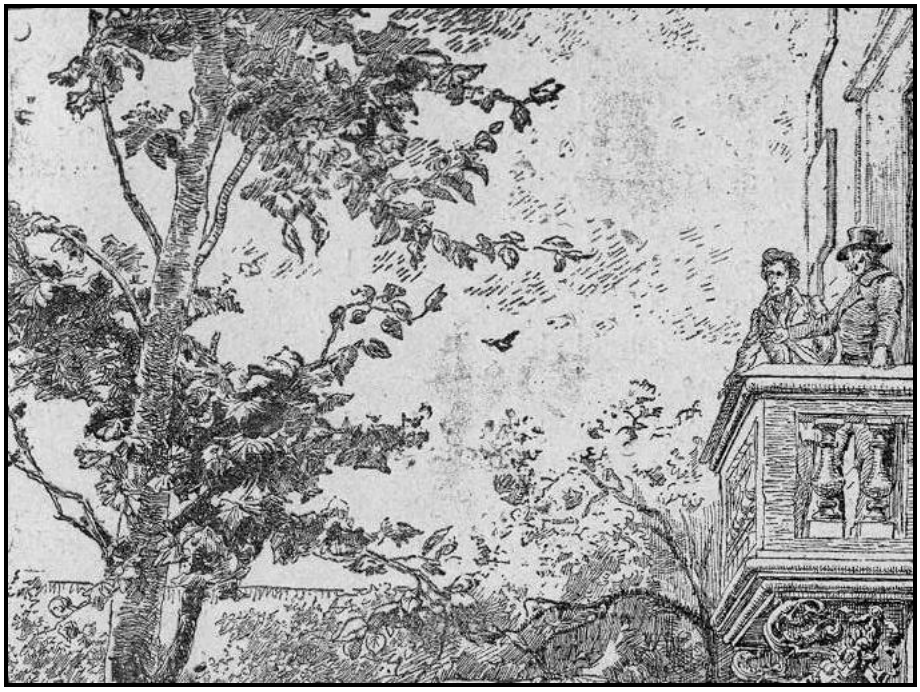
-Con el mayor gusto, caballero. ¿Y cuándo?

-Dentro de una hora poco más ó menos, y de paso os enseñaré mi casa. Ha pertenecido a Scarron, y os interesará. Saludé y subí a mi vez la escalera.

-Al llegar a la última grada di una postrer mirada a la bodega.

El doctor Robert, con la vela en la mano, separaba los cabellos de la cabeza: era la de una mujer hermosa todavía, a lo que se podía juzgar, porque los ojos estaban cerrados y contraídos, y lívidos los labios.

-¡Ese imbécil de Santiago! -murmuraba el doctor; ¡sostener que una cabeza cortada puede hablar!... a menos que no lo haya ido a inventar para hacer creer que está loco; no estaría mal pensado. Sería una circunstancia atenuante.



IV
La casa de Scarron

Una hora después, estaba en casa del señor Ledrú.

La casualidad hizo que le encontrara en el patio.

-¡Ah!, dijo al reparar en mí; aquí estáis; tanto mejor; mucho-me place hablar un poco con vas antes de presentaron a nuestros convidados, porque coméis con nosotros, ¿no es verdad?

-Me dispensaréis…

-No admito excusas siendo jueves; tanto peor para vos; el jueves es mi día; todo lo que el jueves entra en mi casa me pertenece en plena propiedad. Después de comer, os dejaremos libre. Sin el acontecimiento de hace poco, me hubierais encontrado ya sentado a la mesa, como siempre, a las dos en punto. Hoy, por extraordinario, comeremos a las tres y media o a las cuatro. Tengo, pues, tiempo suficiente no sólo para presentaros a mis convidados, sino para informaron.. -¿Informarme?

-Si, son personajes que, como los del Barbero de Sevilla, y de Fígaro, necesitan ir precedidos de cierta explicación acerca de su traje y carácter. Pero comencemos por la casa.

-¿Si no me engaño, me habéis dicho que había pertenecido a Scarron?

-Sí, aquí fue donde la futura esposa del rey Luis XIV, aguardando la época de distraer y deleitar al hombre incapaz de divertirse, cuidaba al pobre paralítico, su primer marido. Veréis su aposento.

-El de Mad. de Maintenon?

-No, el de Mad. Scarron; no confundamos: el de Mad. de Maintenon está en Versalles o en Saint-Cyr.

-Seguidme.

Subimos una ancha escalera y nos encontramos en un corredor que daba a un patio.

-Mirad, me dijo el señor Ledrú, eso os toca a vos, señor poeta; pertenece al phebus más puro que se hablaba en 1650.

-; Ah! ¡ah! el mapa de la Ternura.

-Ida y Vuelta, trazado por Scarron y anotado por mano de su mujer; nada menos que eso.

En efecto, dos mapas ocupaban los intermedios de las ventanas.

Estaban trazados a pluma sobre un gran pliego de papel pegado a un cartón.

-¿Veis? continuó el señor Ledrú, esa gran serpiente azul es el río de la Ternura, aquí están las aldeas de Pesares, Billetes Amorosos, Misterio. Mirad la posada del Deseo, el valle 'de las Delicias, el puente de los Suspiros, el bosque de los Celos enteramente poblado de monstruos como el de Armida. En fin, en medio del lago, donde está la fuente del río, tenéis el palacio de Perfecta Dicha: es el término del viaje, el fin del camino.

-¡Diablo! ¿qué veo allí, un volcán?

trastorna a veces el país. Es el volcán de las Pasiones.

-Me parece que no está en el mapa de la señorita Scudery.

es una invención de la señora Scarron. La primera.

-¿Tiene otras?

-La otra es la Vuelta. Ya lo veis, el río desborda, engruesado por las lágrimas de los que siguen sus orillas. Aquí, las aldeas del Fastidio, el mesón de los Pesares, la isla del Arrepentimiento. Todo es ingenioso hasta lo sumo.

-¿Tendríais la bondad de dejármelo copiar?

mucho gusto. Y ahora, ¿queréis ver el cuento de la señora de Scarron.

-Ya lo creo.

-Vamos, pues.

El señor Ledrú abrió una puerta, y me hizo pasar delante.

-Hoy es el mío, pero exceptuando los libros de que está Lleno, se halla exactamente como en tiempo de su ilustre propietaria; la misma alcoba, la misma cama, los mismos muebles.

-¿Y el gabinete de Scarron?

-El gabinete de Scarron está al otro extremo del corredor, pero os veréis privado de visitarle; no se entra en él, es la habitación secreta, el gabinete de Barba Azul.

-¡Diablo!

-Como os lo digo. Aunque alcalde, tengo yo también mis misterios; pero venid, voy a enseñaron otra cosa.

El señor Ledrú echó a andar delante de mí; bajamos la escalera y llegamos al salón.

Como todo lo restante de la casa, tenía el salón un carácter particular. Estaban cubiertas sus paredes de un papel cuyo color primitivo hubiera sido difícil determinar; a lo largo de la pared había una doble línea de sillones y otra de sillas a la antigua usanza; de cuando en cuando, mesas de juego y veladores; después, en el centro, como Leviathan entre los peces del Océano, un gigantesco bufete extendiéndose des dé la pared donde apoyaba una de sus extremidades hasta una tercera parte del salón, bufete cubierto de libros, cuadernos y periódicos, en medio de los cuales dominaba como un rey El Constitucional, lectura predilecta del señor Ledrú.

El salón estaba vacío; los convidados se paseaban por el jardín que a través de las ventanas se descubría en toda su extensión.

El señor Ledrú se fue directamente a su bufete y abrió un inmenso cajón en el cual había multitud de cajitas...

-Mirad, me dijo, he aquí para vos, el gran aficionado a la historia, algo más curioso todavía que el mapa de la Ternura esta colección de reliquias... no de santos, sino de reyes.

En efecto, cada cajita encerraba un hueso, cabellos o pelos de la barba.

Había una rótula de Carlos IX, el pulgar de Francisco I, un fragmento del cráneo de Luis XIV, una costilla de Enrique II, una vértebra de Luis XV, pelos de la barba de Enrique IV, y cabellos de Luis XIII.

Cada rey había proporcionado una muestra, y con todos aquellos huesos se hubiera podido recomponer un esqueleto que habría representado perfectamente, el de la monarquía francesa, a quien desde hace mucho tiempo faltan los huesos principales.

Había además un diente de Abelardo y otro de Eloísa, dos blancos incisivos, que, en la época en que estaban cubiertos por trémulos y ardientes labios, se habían quizá encontrado reunidos en un beso.

¿De dónde provenía aquel osario?

El señor Ledrú había presidido la exhumación de los reyes en San Dionisio, y tomó de cada tumba lo que mejor le pareció. El señor Ledrú me concedió algunos instantes para satisfacer mi curiosidad; cuando juzgó que estaba ya satisfecha:

-Vamos, me dijo, ahora que ya nos hemos ocupado bastante de los muertos, pasemos a los vivos.

Y me condujo junto a una de las ventanas que, según he dicho, dominaban el jardín en toda su extensión.

-¡Qué hermoso jardín

-Jardín de cura párroco con su arboleda de tilos, su colección de dalias y rosales, parras y albaricoques. Ya lo veréis todo; pero hablemos ahora, no del jardín, sino de los

que en él se pasean.

-¡A propósito! Decidme primero quién es ese señor Alliette, llamado por anagrama Etteilla que preguntaba si querían saber su edad verdadera o solamente la que se le atribuía.

-Precisamente, me dijo el señor Ledrú, contaba empezar por él. ¿Habéis leído Hoffman?

-¿Por qué?

-Porque es un personaje de Hoffman. Ha pasado toda su vida en aplicar los naipes y los números a la adivinación del porvenir; todo lo que posee pasa a la lotería, en la cual empezó por ganar un terno, pero sin que la suerte le haya protegido más. Ha conocido a Cagliostro y al conde de Sen Germán, 3, pretende ser de su familia y poseer . como ellos el secreto del elixir de larga vida. Su edad real, si se la preguntáis, es de doscientos setenta y cinco años; primeramente ha vivido cien años sin estar enfermo, del reinado de Enrique II al de Luis XIV; después, gracias a su secreto, y muriendo para el vulgo, ha cumplido otras tres revoluciones de cincuenta años cada una. En el día empieza la cuarta, y no tiene por consiguiente, más que veinte y cinco años. Los doscientos cincuenta primeros años no los cuenta más que para memoria. Vivirá así, y lo dice públicamente y en alta voz, hasta el juicio final. En el siglo XV hubieran quemado a Alliette y habrían hecho mal; hoy le compadecen, y hacen mal también; Alliette es el hombre más feliz de la tierra; no habla más que de naipes, sortilegios, ciencias egipcias de Thot, misterios isíacos. Publica sobre estas materias tomitos que nadie lee, y que un librero, tan loco como él, imprime bajo el pseudónimo, o por mejor decir, bajo el anagrama de Etteilla. Lleva siempre el sombrero lleno de folletos... Y sino, miradle, ahí le tenéis con el sombrero debajo del brazo, tanto es el miedo a que no le roben sus preciosos libros. Mirad el hombre, mirad el rostro, mirad el traje, y ved cómo la naturaleza es siempre armónica, y cuán exactamente sienta el sombrero a la cabeza, el hombre al traje, el frac al molde, como decís vosotros los novelistas.

En efecto, era verdad. Examiné a Alliette; iba vestido con un traje grasiento, sucio y manchado; su sombrero de bordes relucientes, como cuero barnizado, se prolongaba- des-

mesuradamente por la parte superior; llevaba unos pantalones de ratina negra, medias negras, o por mejor decir, rojas, y zapatos de punta redonda como los de los reyes en cuya época pretendía haber nacido.

En cuanto al físico, era un hombre pequeño y regordete, rechoncho, diré mejor, fisonomía de esfinge, boca ancha privada de dientes; algunos cabellos escasos, largos y amarillentos ceñían como una aureola su frente.

-Está hablando con el abate Moulle, dije yo al señor Ledrú, el que os acompañaba también en nuestra expedición de esta mañana, expedición de la cual hablaremos luego, ¿no es verdad.

-¿Y por qué hemos de hablar?

-Porque... ¡qué sé yo!, pero se me ha figurado que creíais en la posibilidad de que hubiese hablado aquella cabeza.

-Sois fisonomista. Pues bien, si, creo. Sí, hablaremos más tarde de ello, y si os placen historias de ese género, os respondo que encontraréis aquí quien os las cuente curiosas. Pero pasemos al abate Moulle.

-Debe ser, le interrumpí, un hombre de amabilidad suma; me ha llamado agradablemente la atención la dulzura de su voz, cuando ha contestado al interrogatorio del comisario de policía.

-También lo habéis adivinado. Moulle es amigo, mío hace cuarenta años y tiene sesenta. ya le veis, es tan pulcro y limpio en el vestir como Alliette descuidado y sucio; es un hombre de mundo y de sociedad, introducido entre la aristocracia del barrio de Saint-Germain; él casa a los hijos o hijas de los pares de Francia, y estos casamientos le proporcionan la ocasión de echar su discursillo que las partes contrayentes hacen imprimir y conservan preciosamente en los archivos de la familia. Ni poco estuvo que no fuera obispo de Clermont. ¿Sabéis por qué

no lo ha sido? Porque fue en otro tiempo amigo de Cazzotte y como el mismo Cazzotte cree en la existencia de los espíritus superiores e inferiores, de los buenos y malos genios: como Alliette hace colección de libros. Encontraréis en su gabinete todo lo que se ha escrito sobre visiones y apariciones, sobre espectros, genios y aparecidos-aun cuando rara vez, y aun esta entre buenos amigos, habla de tales materias que no son por cierto muy ortodoxas. En una palabra, es un hombre convencido, pero discreto, que atribuye todo lo que de extraordinario le sucede en este mundo, al poder del infierno o a la intervención de los celestes espíritus. Miradle; ahora está escuchando en silencio lo que le dice Alliette y parece mirar algún objeto que su interlocutor no ve, contestándole sólo de cuando en cuando por un movimiento de labios o una señal de cabeza. A veces, durante la conversación, se sumerge de pronto en profundo ensueño, se estremece, tiembla, vuelve la cabeza, viene por la estancia. En tales casos hay que dejarle hacer, porque sería quizá peligroso despertarle, y digo despertarle, porque le creo en semejantes momentos bajo el poder del sonambulismo. Por lo demás no tarda luego en despertarse por sí solo, tan tranquilo y sereno, como si tal cosa.

-¡Oh! ¡oh ! mirad, dije de pronto al señor Ledrú; apostaría que acaba de evocar algún espíritu de que me hablabais hace un instante.

Y mostré con el dedo a mi huésped un verdadero espectro ambulante que iba a reunirse con los dos personajes citados, pisando con precaución la yerba y las flores, sobre las que parecía andar sin doblegarlas.

-Ese, me dijo, es también un amigo; el caballero Lenoir, fundador del museo de los Agustinos?

-El mismo. No puede consolarse de la dispersión de su Museo, por el cual en 93 y 94 corrió diez veces el riesgo de ser asesinado. La Restauración con su inteligencia ordinaria le hizo cerrar con orden de volver los monumentos a los edificios a que pertenecían y a las familias que tuvieran derecho a reclamarlos. Por desgracia la mayor parte de los- monumentos estaban destruidos, extintas la mayor parte de las familias, de modo que los más curiosos fragmentos de nuestra antigua escultura, y por consiguiente de nuestra historia, se han dispersado y perdido. Así desaparece poco á poco todo lo de nuestra antigua Francia; no quedaban más que esos fragmentos y bien pronto nada quedará de ellos. Y los destruyen los mismos que debieran mostrar mayor interés en conservarlos.

Y el señor Ledrú, a pesar de su liberalismo, como se decía en aquella época, dejó escapar un suspiro.

-¿Son esos todos vuestros convidados? -pregunté al alcalde.

-Tendremos tal vez al doctor Robert, de quien nada os digo porque presumo que le habréis juzgado. Es un hombre que ha pasado toda su vida haciendo experimentos en la máquina humana como hubiera podido hacerlo con un maniquí, para comprender los dolores, y nervios para sentirlos. Es, en una palabra, un vivo que ha hecho un gran número de muertos. Felizmente para él, no cree el doctor en aparecidos. Es simplemente un talento mediano, que se figura hombre de chispa porque es bullicioso, filósofo porque es ateo; en fin uno de esos hombres a quienes se recibe, no para recibirlos, sino porque vienen a nuestra casa. A nadie se le ocurriría ir a buscarlos.

-¡Conozco el género

-Debíamos también tener a otro amigo, más joven que Alliette, el abate Moulle y el caballero Lenoir, y que disputa a las mil maravillas de cartomancia con Alliette, de demonología con Moulle y de antigüedades con Lenoir; una biblioteca animada; un catálogo encuadernado en piel de cristiano, a quien vos debéis conocer indudablemente.

-¿El bibliófilo Jacob, quizá?

-El mismo.

-¿Y vendrá?

-Probablemente no, no estando ya aquí,, pues sabe qué acostumbramos a comer a las dos y son ya cerca de las cuatro.

Abrióse en aquel mismo instante la puerta del salón y apareció la tía Antonia.

-La sopa está en la mesa.

-Señores, gritó a su vez el señor Ledrú abriendo la puerta del jardín, ! a la mesa, a la mesa!

Luego, volviéndose hacia mí:

-Y ahora, me dijo, debe haber en alguna parte del jardín, a más de los convidados que veis y de los cuales hice el retrato, un convidado que no habéis visto aún ni hablé de él siquiera. Este de que os hablo ahora por primera vez, tiene su mente harto aletargada con los sueños de lo ideal, para que haya oído el prosaico llamamiento que acabo de hacer, y al cual han contestado los demás, como lo prueban dirigiéndose hacia aquí. Id a buscarle, a vos os toca y cuando hayáis encontrado su inmaterialidad, su transparencia, eine ercheinung, como dicen los alemanes, os nombraréis, procuraréis persuadirle que es bueno comer algunas veces, aun cuando no sea más que para vivir; le ofreceréis vuestro brazo y le acompañaréis al comedor; despachad.

Obedecí al señor Ledrú, adivinando que su encantador ingenio, el cual había podido ya apreciar lo suficiente en pocos minutos, me reservaba alguna sorpresa, y me lancé al jardín mirando por todas partes.



La investigación no fue larga, y bien pronto percibí lo que buscaba.

Era una mujer sentada a la sombra de una arboleda de tilos y de la cual no me era fácil distinguir ni el rostro ni el talle, el rostro porque estaba vuelto hacia el lado de la campiña, el falle porque iba envuelta en un gran chal.

Vestía completamente de negro.

Acerquéme a ella sin que hiciera el menor movimiento, y sin que el ruido de mis pasos pareciera llegar a sus oídos. Cualquiera la hubiera creído una estatua.

Todo lo que de su persona podía ver era gracioso y distinguido.

Ya había observado de lejos que era rubia. Un rayo de sol que, pasando a través del follaje de los tilos, iba a juguetear con su cabellera, la convertía en una aureola de oro; ya más cerca, pude observar la finura de sus cabellos que hubieran rivalizado con las hebras de seda que las primeras brisas del otoño desprenden del manto de la virgen; su cuello -quizá un poquito largo, seductora exageración que es casi siempre una gracia, si no es una belleza; -su cuello se doblaba para ayudar a la cabeza a apoyarse sobre su mano derecha, cuyo codo se apoyaba a su vez en el respaldo del asiento, en tanto que su brazo izquierdo colgaba a su lado, con una rosa blanca entre los afilados dedos. Cuello flexible como el del cisne, mano modelada, brazos hermosos, todo era de la misma blancura mate. Hubiérasela podido tomar por un mármol de Paros, sin venas en su superficie, sin pulso en su interior; la rosa, que empezaba a marchitarse, era más colorada y más viva que la mano que la sostenía.

La contemplé un instante, y cuanto más la contemplaba, más me parecía que no era un ser animado.

Hasta llegué a dudar de que se volviera al dirigirla la palabra. Por dos o tres veces sucesivas se abrió mi boca, y se volvió a cerrar sin haber pronunciado la menor palabra.

Me decidí por fin.

-Señora, le dije.

Estremecióse la desconocida, volvióse hacia ni! y me miró con asombro; como quien despierta de un sueño y coordina Sus ideas.

Sus rasgados ojos negros fijos en mí (a pesar de sus cabellos rubios, las cejas y los ojos eran negros), sus rasgados ojos negros fijos en mí, tenían extrañó expresión.

Por espacio de algunos segundos permanecimos sin hablarnos, mirándome ella, examinándola yo.

Era una mujer de treinta y dos a treinta y tres años, que debió de ser de admirable belleza antes que se arrugasen sus mejillas, antes que su tez hubiese palidecido, por lo demás, la encontraba extraordinariamente bella así, con el rostro nacarado y del mismo tinte que la mano, sin el más leve matiz. lo que hacía que sus ojos pareciesen de ébano y sus labios de coral.

-Señora, repetí, el señor Ledrú pretende que diciéndoos que soy el autor de Enrique III, de Cristina y de Antony, os dignareis tenerme por presentado y aceptaréis mi brazo hasta el comedor.

-Dispensadme, caballero, me contestó, pero debéis estar aquí hace ya un instante, ¿no es cierto? Os he sentido venir, pero no podía volverme, cosa que me sucede algunas veces cuando miro hacia ciertos lados. Vuestra voz ha roto el encanto... dadme vuestro brazo, y vamos.

Dicho esto, se levantó y pasó su brazo por entre el mío; pero, aunque no Pareció violentarse, apenas sentí la presión de su brazo.

Hubiérase dicho que era una sombra que andaba a mi lado.

Llegamos al comedor sin haber dicho ni uno ni otro más palabra.

Dos sitios nos estaban reservados en la mesa. Uno a la derecha del señor Ledrú, para ella. Otro enfrente de ella, para mi.

V
El bofetón de Carlota Corday

La mesa del señor Ledrú tenía, como todo lo demás de su . casa, su carácter particular.

Era de forma de herradura; apoyada en las ventanas del jardín, dejaba libres para el servicio los tres cuartos del inmenso comedor.

Podía contener cómodamente hasta veinte personas; en ella se comía siempre, ya tuviera el señor Ledrú uno, dos, cuatro, diez o veinte convidados, ya comiera solo: el día de que hablo éramos seis y apenas ocupábamos un tercio.

Todos los jueves, el servicio era el mismo. El señor Ledrú pensaba que durante los ocho días transcurridos, los convidados habían podido comer otra cosa, ya fuese en su casa, ya en casa de algún amigo; el convidado tenía por tanto la seguridad de encontrar todos los jueves en casa del señor Ledrú la consabida sopa, vaca, pollo, pierna de carnero asada, judías y ensalada.

El número de los pollos se doblaba o triplicaba según el apetito de los convidados.

Ya fuesen muchos, ya pocos los convidados, el señor Ledrú se colocaba invariablemente a un extremo de la mesa, de espaldas al jardín, de cara al patio. Sentábase en un ancho sillón incrustado hacía diez años en el mismo sitio; allí recibía de manos de su jardinero Antonio, convertido en lacayo, no sólo el vino común, sino también algunas botellas de viejo Borgoña que le eran entregadas con religioso respeto y que él destapaba y servía por sí propio a sus convidados con el mismo respeto y religiosidad,

Diez y ocho años atrás se creía en algo todavía; dentro diez años no se creerá ya en nada, ni aun en el vino añejo.

Después de comer, se pasaba al salón a tomar café.

Deslizóse la comida como se deslizan las comidas; elogiando a la cocinera y celebrando el vino. Sólo la joven señora no comió más que un poco de pan, no bebió más que un vaso de agua, y no pronunció ni una sola palabra.

Me recordaba la golosa aquella de las Mil y una noches que re sentaba a la mesa como los demás, pero sólo para comer algunos granos de arroz con un mondadientes.

Como de costumbre, se pasó al salón después de comer. mente, a mí me tocó dar el brazo a nuestra silenciosa convidada. La desconocida hizo hacia mí la mitad del camino para aceptármelo.

La misma languidez en los movimientos, la misma gracia n los modales, casi diría la misma impalpabilidad en los miembros.

Acompañéla hasta una butaca donde se recostó.

Mientras nosotros comíamos, dos personas habían entrado en el. salón.

Eran el doctor y el comisario de policía.

El comisario de policía iba a hacernos firmar el interrogatorio que había firmado Jacquemin en la cárcel.

Una ligera mancha de sangre se notaba en el papel. Firmé a mi vez, y dije mientras firmaba

-¿Qué significa esa mancha? ¿Procede esa sangre de la mujer o del marido?

-Procede, contestóme el comisario, de la herida que tenía en la mano el asesino, y que continúa abierta sin que medio ninguno baste a restañar la sangre.

-¿Creeríais, señor Ledrú, dijo el doctor, que ese animal persiste en afirmar que le ha hablado la cabeza de su mujer? =Y vos lo creéis imposible, ¿no es verdad, doctor?

-¡Toma!

-¿También creeréis imposible que haya abierto los ojos?

-Imposible.

-¿No creéis qué la sangre, restañada por la capa de yeso que ha cerrado todas las arterias y todos los vasos, haya podido devolver a aquella cabeza un momento de vida y de sentimiento?

-No lo creo.

-Pues bien, dijo el señor Ledrú, yo sí lo creo.

-Y yo también, dijo Alliette.

-Y yo, dijo el abate Moulle.

-Y yo, dijo el caballero Lenoir.

-Y yo, dije yo.

El comisario de policía y la dama pálida se callaron-el uno sin duda porque la cosa no le interesaba lo bastante, la otra quizá porque la cosa le interesaba demasiado.

-¡Ah! ¡Toma! Si todos os declaráis contra mí, de seguro tendréis razón. Si uno solo de vosotros fuera médico...

-Pero doctor, dijo el señor Ledrú, ya sabéis que yo casi lo soy.

-Entonces, dijo el doctor, no podéis ignorar que no existe dolor donde no hay sensibilidad y que ésta queda interrumpida por la sección de la columna vertebral.

-¿Pero quién os ha dicho eso?, preguntó el señor Ledrú. ' -Pues ¿quién ha de ser?, la razón.

-Vaya una respuesta. ¿No era también la razón laque decía a los jueces que condenaron a _Galileo que el sol era quien daba vueltas y la tierra permanecía inmóvil? La razón es una necia mi querido doctor; ¿habéis hecho acaso por vos mismo experiencias sobre cabezas cortadas?

-No, nunca.

-¿Habéis leído las disertaciones de Sommering? ¿Las decía raciones del doctor Sue? ¿Las protestas de Elcher?

-No.

-¿Entonces creeréis con M. Guillotin que su máquina es el medio más seguro, más rápido y menos doloroso de acabar con la vida?

-¡ Ya lo creo!

-Pues bien, amigo mío, os engañáis completamente. -¡Basta que vos lo afirméis!

-Oídme, doctor ; puesto que vos habéis invocado la ciencia, voy a hablaros científicamente, y a ninguno de nosotros, creedlo, le es extraño ese género de conversación para dejar de tomar parte en ella.

Nos habíamos todos acercado al señor Ledrú, a quien, por mi parte, escuchaba yo con avidez; esa cuestión de la pena de muerte sea por medio de la cuerda, del hierro o del veneno, me había siempre preocupado en gran manera, desde el punto de vista humanitario.

Hasta había hecho también por mi parte algunas investigaciones sobre los diferentes dolores que preceden, acompañan y siguen a los diferentes géneros de muerte.

-Veamos, hablad, dijo con incredulidad el doctor.

-Fácil es demostrar a cualquiera que posea la más ligera noción de anatomía y de las fuerzas vitales de nuestro cuerpo, continuó el señor Ledrú, que el suplicio no destruye enteramente la sensibilidad; lo que me atrevo a decir, doctor, está fundado no en hipótesis sino en hechos.

-Veamos esos hechos.

-Helos aquí: 1.° ¿El asiento de la sensibilidad está en el cerebro, no es verdad?

-Es probable.

-Así, pues, si el asiento de la facultad de sentir está en el cerebro, tanta como el cerebro conserve su fuerza vital, el guillotinado tiene sentimiento de su existencia.

-¡Pruebas!

-Helas aquí: Haller en sus Elementos de física, t. 4, p. 35, dice:

"Una cabeza cortada abrió los ojos y me miró de reojo porque con la punta del dedo había tocado su médula espinal."

-¿Haller lo ha dicho?, sea; pero Haller puede haberse engañado.

-Quiero suponer que se haya engañarlo. Pasemos a otro. Weycard. Artes filosóficas, p. 221, dice:

"He visto moverse los labios de una cabeza cortada." -Ya, pero de moverse a hablar...

-Aguardad y llegaremos. Oíd a Sommering, Sommering, cuyas obras están allí para que podáis cercioraros de lo que digo, oíd lo que dice: "Varios doctores me han asegurado haber visto

una cabeza separada del cuerpo, rechinar los dientes de dolor, y estoy convencido de que si el aire circulaba aún por los órganos de la voz, las-cabezas hablarían."-Y ahora, doctor, prosiguió el señor Ledrú, palideciendo, sabed que yo estoy más adelantado que Sommering, porque a mí... a mi una cabeza me ha hablado.

Nos estremecimos todos.

La dama pálida se irguió en su butaca.

-¿A vos?

-Sí, a mí; ¿me diréis también que soy loco?

-; Qué diablo!, exclamó el doctor; si me decís que a -vos mismo...

-Sí, os repito que a mí me ha sucedido. Sois bastante delicado, ¿no es verdad, doctor?, para decirme en voz alta que soy un loco, pero lo diréis para vuestro capote y será lo mismo. -Pero, vamos a ver, contadme el caso.

. -Eso es muy fácil de decir. ¿Sabéis que lo que me pedís que os cuente a vos, no se lo he contado nunca a nadie, desde hace treinta y siete años que sucedió? ¿Sabéis que no os respondo de no desmayarme cuando os lo cuente, como me desmayé cuando me habló aquella cabeza, cuando se fijaron en mi aquellos ojos.

El diálogo iba siendo cada vez más interesante, cada vez más dramática la situación.

-Vamos, Ledrú, valor y contadnoslo, dijo Alliette.

-Contadnoslo, amigo mío, dijo el abate Moulle.

-Contad, dijo Lenoir.

-Caballero.., murmuró la mujer pálida.

Yo nada dije, pero pintado estaba en mis ojos el deseo.

-¡Es extraño, dijo sin contestarnos el señor Ledrú y cómo hablando consigo mismo, es extraño cómo influyen unos en otros los acontecimientos! Ya sabéis quién soy, dijo volviéndose hacía mi.

-Sé, caballero, le contesté, que sois un hombre muy instruído, de mucho talento, que dais excelentes comidas, y que sois alcalde de Fontenay-aux-roses.

Sonrióse el señor Ledrú, dándome las gracias con un saludo amistoso. .

-Os hablo de mi origen, de mi familia, dijo.

-Ignoro vuestro origen, caballero, y me es desconocida vuestra familia.

-Pues entonces, prestad atención, voy a decíroslo, y después quizá añadiré la historia que deseáis saber y que no me atrevo a contaros.

-Sentáronse todos, poniéndose cada uno a sus anchas y en disposición de no perder una sílaba.

Por lo demás, el salón era un verdadero salón de cuentos o leyendas, grande, sombrío, gracias a las espesas cortinas y a la poca luz del moribundo día; salón, en fin, de cuyos

ángulos se había apoderado ya la oscuridad, mientras sólo conservaban . un resto de luz las líneas que correspondían a las puertas o a las ventanas.

En uno de esos ángulos estaba la dama pálida, perdido enteramente su negro vestido en la oscuridad. Sólo permanecía visible su cabeza blanca, inmóvil y recostada sobre el almohadón.

El señor Ledrú continuó así;

-Aquí donde me veis, soy el hijo del famoso Comus, físico de los reyes a quien su burlesco apodo hizo figurar entre los charlatanes, pero que era un sabio distinguido de la escuela de Volta, de Galvani y de Mesmer. El fue el primero que trató en Francia de fantasmagoría y electricidad, dando en la corte lesiones de física y matemáticas.

La pobre Maria Antonieta, a quien he visto veinte veces y que más de una vez me tomó las manos besándome con ternura, es decir, cuando mi llegada a Francia, cuando yo era niño, María Antonieta, digo, estaba muy satisfecha de él.

Ocupábase mi padre en mi educación y en la de mi hermano, iniciándonos en las ciencias ocultas que sabia y en una multitud de conocimientos galvánicos, físicos, magnéticos, que hoy son de dominio público, pero que en aquella época eran secretos peculiares sólo de algunos. El título de físico del rey hizo que en 93 pusieran preso a mi padre, pero gracias a las amistades con que yo contaba en la Montaña, pude conseguir su libertad.

Mi padre entonces se retiró a esta misma casa que habito yo ahora, y murió en 1807, a la edad de setenta y seis años. Pero volvamos a mi.

He hablado de mis amistades en la Montaña. En efecto, era amigo de Danton y Camilo Desmoulins, y había conocido a

Marat, más bien en calidad de médico que de amigo, es verdad, pero sea como fuere, le había tratado. Resultó de las relaciones que tuve con él, por cortas que hubiesen sido, que el día en que condujeron a la señorita de Corday al cadalso, resolví acudir a su suplicio.

-Precisamente, interrumpí yo, precisamente iba a ayudaros hace un momento en la discusión que sosteníais con el señor doctor Robert sobre la persistencia de la vida, contándoos el hecho que ha consignado la historia relativo a Carlota Corday.

-Llegamos a él, interrumpió el señor Ledrú, dejadme decir. He sido testigo del hecho, y por consiguiente podréis creer lo que os diré.

Desde las dos de la tarde me mantenía yo en mi sitio junto a la estatua de la Libertad. Era un caluroso día de julio; hacía un tiempo bochornoso, el cielo estaba cubierto y anunciaba tempestad.

A las cuatro empezó el huracán: en aquel mismo instante, según se dice, Carlota subía al carro.

Fueron a buscarla en ocasión en que un joven pintor estaba ocupado en hacer su retrato. La muerte celosa parecía querer que nada sobreviviese a la joven, ni siquiera su imagen.

Estaba ya diseñada en el lienzo la cabeza, y-¡ cosa extraña! -en el momento en que entraba el verdugo, el pintor había llegado a la parte del cuello que la guillotina iba a cortar.

Menudeaban los rayos, caía la lluvia, retumbaba el trueno; pero nada había sido bastante a dispersar al populacho curioso; las calles, los puentes, las plazas, estaban atestadas de gente; los rumores de la tierra cubrían casi los rumores del cielo—Las mujeres que designaron entonces con el gráfico nombre de lechuzas de guillotina, la perseguían con sus maldiciones. Yo sentía acercarse aquellos rugidos como se oyen los de una catarata. Mucho tiempo antes que se pudiese distinguir algo, onduló la muchedumbre; y por fin pareció la carreta como un navío hendiendo las olas, y pude distinguir la condenada a quien no conocía, ni había visto nunca.

Era una hermosa joven de veintisiete años, de rasgados ojos, de nariz perfectamente dibujada, de labios perfectos. Manteníase en pie, erguida la cabeza, no por jactancia ciertamente, sino porque la obligaban a aquella postura las ataduras de las manos.

Había cesado la lluvia, pero como la infeliz había aguantado el chaparrón durante los tres cuartos de hora de camino, el afina que la inundó, delineaba sobre las húmedas ropas los contornos de su cuerpo seductor; parecía que salía del baño. La camisa roja de que la revistió el verdugo, comunicaba extraño aspecto, siniestro esplendor a la altiva y enérgica cabeza.



En él instante mismo en que llegaba a la plaza, cesó la lluvia, y un rayo de sol, deslizándose entre dos nubes, fue a jugar con sus cabellos que hizo irradiar como una aureola: os lo aseguro, aun cuando hubiera tras de aquella joven un asesinato -acción terrible por más que vengue a la humanidad, aun cuando yo detestaba aquel asesinato, no hubiera sabido de que veía era un apoteósis o un suplicio. Al reparar en el cadalso, palideció, y aquella palidez fue perceptible a causa de la camisa roja que le subía hasta el cuello; pero casi al mismo tiempo hizo un esfuerzo, y acabó de volver hacia el cadalso que miró sonriendo.

detúvose la carreta. Saltó Carlota en tierra sin querer permitir que la ayudaran a bajar, en seguida subió los escalones del cadalso, resbaladizos con la lluvia que acababa de caer, con toda la ligereza que le permitieron lo largo de su camisa y las ataduras. Al sentir la mano del ejecutor sobre su hombro para arrancar el pañuelo que cubría' su cuello, palideció de nuevo; pero en el mismo instante una postrer sonrisa vino a desmentir aquella palidez, y por sí propia, sin que se la atara a la infame báscula, en un arrebato sublime y casi sonriendo, pasó su cabeza por la odioso abertura.

Deslizóse la cuchilla; la cabeza separada del tronco cayó sobre la plataforma y dio varios saltos.

Entonces-oíd bien eso, doctor; oídlo bien, poeta;-entonces, uno de los criados del verdugo llamado Legrós, cogió aquella cabeza por los cabellos, y por una vil adulación a la multitud le dio un bofetón. A ese bofetón, os lo juro, a ese bofetón encendióse aquella cabeza..., yo lo vi..., no sólo la mejilla abofeteada, sino las dos mejillas, y eso con un encarnado igual, porque el sentimiento vivía en aquella cabeza, y se indignaba de haber sufrido una deshonra semejante ante la multitud.

El pueblo vio también aquel rubor, y tomó el partido de la muerta contra el vivo, de la guillotinada contra el verdugo. Pidió inmediatamente venganza de aquella indignidad; e inmediatamente el verdugo fue entregado a los gendarmes y conducido a la cárcel.

-Esperad, añadió el señor Ledrú viendo que el doctor iba a hablar, esperad, no es eso todo.

Quise saber qué sentimiento había podido arrastrar a aquel hombre a la acción infame que había cometido. Me informé del lugar donde estaba; pedí un pase para visitarle en la Abadía, donde se le había encerrado, lo obtuve, y fui a verle.

Un decreto del tribunal revolucionario acababa de condenarle a tres meses de cárcel. No comprendía cómo había sido condenado poro una cosa tan natural como la que había hecho.

Le pregunté qué pudo inducirle a aquella acción.

-¡Toma !, me contestó, ¡vaya una pregunta,. Yo soy maratista;

acababa de castigarla por cuenta de la ley, he querido castigarla por mi cuenta.

-Pero, le dije, ¿no habéis comprendido que es casi un crimen semejante violación del respeto debido a la muerte?

-¡Calla! -me dijo Legrós, mirándome fijamente-, ¡y qué! ¿creéis vos que mueren los guillotinados?

-Sin duda.

-¡Oh! Bien se ve que no miráis el cesto cuando están allí todos reunidos: bien se conoce que no les veis torcer los ojos rechinar los dientes por espacio de cinco minutos después de la ejecución, Nos vemos obligados a cambiar de cesto cada tres meses, par lo mucho que lo destrozan con sus dientes..., montón de cabezas de aristócratas que no quieren decidirse a morir..., no me asombraría por cierto que un día alguna de ellas se pusiese a gritar : ¡Viva el rey!

Sabía ya todo lo que quería saber; salí acosado por una idea que en efecto aquellas cabezas vivían aún, y resolví cerciorarme de ello.



VI
Ángela

Mientras hablaba el señor Ledrú, había anochecido por completo. Las personas reunidas en el salón figuraban ya sólo como sombras, sombras no solamente mudas, sino también inmóviles, tanto era lo que temíamos que se detuviera el señor Ledrú ; porque demasiado comprendimos que a la terrible relación que acababa de hacer, seguiría una relación más terrible aún.

No se oía ni el rumor de una respiración.

Sólo el doctor abrió la boca, pero le cogí la mano para impedirle que hablara, y en efecto, se calló.

A los polos segundos, continuó el señor Ledrú:

-Salía de la Abadía y atravesaba la plaza de Taranne dirigiéndome a la calle de Tournon, donde habitaba, cuando oí una voz de mujer que pedía socorro.

No podían ser malhechores, porque eran apenas las diez. Me precipité hacia el ángulo de la plaza donde sonaban los gritos, y vi a una mujer que forcejeaba en medio de una patrulla de descamisados.

Reparó en mi aquella mujer y conociendo por mi traje que no era yo un hombre del pueblo, se abalanzó hacía mi, gritando:

-Mirad, aquí tenéis precisamente al señor Alberto, que es conocido mío y que os dirá que soy en efecto la hija de la tía

Ledieu, la planchadora.

y al mismo tiempo la pobre mujer, pálida y temblando, me cogió del brazo, abrazándose conmigo como el náufrago a la tabla que le ofrece una esperanza de salvación.



-Bueno, si yo no niego que seas hija de la tía Ledieu, pero como no llevas pasaporte, buena moza, vas a seguirnos al cuerpo de guardia.

La joven apretó mi brazo; sentí todo el terror y súplica que había en aquella presión.-Había comprendido.

Como ella me había dado el primer nombre que se le ocurrió, yo hice lo propio.

-¡Cómo! Sois vos, mi pobre Angelita, la dije; ¿qué os sucede?

-¿Lo veis, señores?, dijo ella.

-Me parece que bien podíais haber dicho: ciudadanos. -Dispensadme, señor sargento, pero no es culpa mía si hablo así, dijo la joven.; mi madre contaba con bastantes parroquianos en la alta sociedad y me había acostumbrado por lo mismo a ser cortés; bien sé que es una mala costumbre la que he adquirido, costumbre aristocrática, pera ¡qué queréis!, señor sargento, me es imposible deshacerme de ella.

Y había en esta respuesta, hecha con voz trémula, un imperceptible tinte de sarcasmo que sólo yo comprendí. Me pregunté quién podía ser aquella mujer, pero el problema era de solución difícil cuando no imposible. Sólo estaba seguro de que la niña no era hija de ninguna planchadora.

-¿Qué me sucede, me preguntáis, ciudadano Alberto? añadió en seguida; voy a deciroslo. Imaginaos que he ido a devolver ropa a una casa, y no encontré a la señora; he tenido que aguardar que volviera a casa para que me diera mi dinero. Nada tiene de extraño, porque en los tiempos que corremos cada uno tiene necesidad de su dinero. En esto me ha sorprendido la noche;... había olvidado mi carta de seguridad, he caído en manos de esos señores,

perdonad, quiero decir de esos ciudadanos; me han pedido mi carta, les he dicho que no la llevaba conmigo, y han querido conducirme al cuerpo de guardia. He gritado, habéis acudido vos casualmente a mi socorro; la misma casualidad ha hecho que fuérais conocido mío y me he dicho entonces: puesto que el señor Alberto sabe que me llamo Ángela y que soy la hija de la tía Ledieu, ningún inconveniente tendrá en responder de mi, ¿no es verdad, señor Alberto?

-Ciertamente; yo respondo de vos.

-Bueno, dijo el jefe de la patrulla, ¿pero quién me responde da ti, señor entremetido?

-Danton. Supongo que es un buen patriota y buen fiador.

-Oh... si Danton responde de ti, ya no hay más que hablar. -Pues bien, hoy creo que es día de sesión en los Franciscanos; lleguémonos allí,

-Vamos allí, dijo el sargento. ¡Ciudadanos descamisados, marchen !

Un instante nos bastó para llegar al club de los Franciscanos, que celebraba sus sesiones en el antiguo convento de los Franciscanos, calle de la Observancia..

Llegados a la puerta, rasgué una página de mi cartera, escribí con lápiz algunas palabras y se la di al sargento invitándole a que se la llevara a Danton, mientras nosotros quedábamos vigilados por el cabo y la patrulla.

Entró el sargento en el club y volvió a poco con Danton.

-¡Cómo! ¿eres tú? me dijo así que me vio; ¿tú el arrestado? ¡al amigo, el amigo de Camilo, uno de los mejores republicanos que existen! ¡Vamos, me parece imposible!

-Ciudadano sargento, añadió volviéndose hacia el jefe de los descamisados, respondo de él ¿Basta mi palabra?

-¿Bueno, respondes de él, pero, y de ella? replicó el obstinado sargento.

-¿De ella? ¿Y quién es ella?

-Esa mujer.

-De él, de ella, de todo lo que le rodea. ¿Estás satisfecho?

-Satisfecho, dijo el sargento, de haberte visto sobre todo. gusto puedes proporcionártelo gratis, mírame a tu placer, aquí me tienes.

¿-Gracias, contestóle el sargento; continúa como hasta aquí sosteniendo los intereses del pueblo, y no lo dudes, el pueblo te quedará agradecido.

-¡Como que cuento con ello! replicó Danton.

-¿Quieres estrechar mi mano? prosiguió el sargento.

-¿Por qué no?

Danton le alargó la mano.

-Viva Danton! gritó el sargento.

-¡Viva Danton! repitió toda la patrulla.

Y se alejó en seguida, conducida por su jefe, que se volvió a los diez pasos y agitando su gorro colorado, gritó de nuevo: ¡Viva Danton! grito que fue repetido por sus secuaces.

Iba yo a dar las gracias a Danton, cuando su nombre varias reces repetido en el interior del club, llegó hasta nuestros oídos.

-¡Danton! ¡Danton! gritaban varias voces; ¡Danton a la tribuna !

-Dispénsame, amigo mío, me dijo; ya lo oyes; estrecha mi mano y permíteme que entre. He dado la derecha al sargento, te doy la izquierda... quizá tenía sarna el digno patriota. Y volviéndose:

-Voy allá, dijo con aquella voz tonante que promovía y apaciguaba los huracanes; voy allá... aguardarse.

Y se fue corriendo.

Quedéme solo en la puerta con mi desconocida.

¿-Y ahora, señora, le dije, estoy a vuestras órdenes. ¿Dónde queréis que os acompañe?

-¡ Toma ! a casa de la tía Ledieu, me contestó riendo; ya sabéis que es mi madre.

-¿Pero dónde vive la tía Ledieu?

-Calle de Ferou, número 24.

-Vamos, pues, a casa la tía Ledieu, calle de Ferou, número 24.

Atravesamos varias calles hasta llegar a la de Ferou, sin que hubiésemos trocado una sola palabra.

Sólo a los rayos de la luna que brillaba en toda su esplendidez, había podido examinar a mis anchas a mi compañera. Era una encantadora mujer de veinte a veintidós años, morenita, de ojos grandes y azules, más vivarachos que melancólicos, de sarcásticos labios, de nariz fina y recta, de dientes como perlas, de manos de reina, de pies de niña, Todo esto conservando, bajo el traje ordinario de la hija de la tía Ledieu, un tinte aristocrático que no es de extrañar hubiese despertado la suspicacia del bravo sargento y su belicosa patrulla.

Al llegar a la puerta nos detuvimos y nos miramos en silencio.

-¡Y bien! ¿qué me queréis, mi querido Alberto? me dijo sonriendo mi desconocida.

-Quería deciros, mi querida Angelita, que no valía la pena dé encontrarnos para separarnos tan pronto.

-Os pido mil perdones pero creo al contrario que valía la pena, atendido a que si no os hubiese encontrado, me hubieran llevado al cuerpo de guardia; hubieran averiguado que no era la hija de la tía Ledieu y descubierto que era una aristócrata, y probablemente me cortaban la cabeza.

-¿Entonces confesáis que sois una aristócrata?

-Yo no confieso nada.

-Pero veamos, decidme al menos vuestro nombre.

-Ángela.

-Demasiado sabéis que ese nombre con que al acaso os he bautizado, no es el vuestro.

-¡No importa! Le aprecio y le guardo... para vos al menos.

-¿Qué necesidad tenéis de guardarlo para mi, si yo, no debo volveros a ver?

-Yo no digo esto. Digo solamente que si nos volvemos a ver, es tan inútil que sepáis mi nombre, como yo el vuestro. Os he llamado Alberto; guardad ese nombre de Alberto, como guardo yo el de Angelita.

-Sea; pero escuchadme, Angelita.

-Os escucho, Alberto.

-¿Sois una aristócrata, lo confesáis?

-Y aunque no lo confesara, lo adivinaríais ¿no es cierto? Con eso, mi confesión pierde la mayor parte de su mérito.

-¿Y os persiguen por aristócrata?

-Algo hay de ello.

-¿Y os ocultáis para evitar las persecuciones?

-En la calle de Ferou, número 24, en casa la tía Ledieu; su marido ha sido cochero de mi padre. Ya veis que no tengo secretos para vos.

-¿Y vuestro padre?

-No tengo secretos para vos, mi querido señor Alberto, en cuanto a los míos; pero los secretos de mi padre no son los míos. Mi padre vive escondido aguardando una ocasión de emigrar. Esto es todo lo que puedo deciros.

-¿Y qué contáis hacer?

-Partir con mi padre si es posible; si es imposible, dejarle partir solo, e ir más tarde a reunirme con él.

-¿Esta noche, cuando habéis sido detenida, veníais de ver a vuestro padre, verdad?

-Verdad.

-Escuchadme, querida Angelita.

-¡Os escucho!

-Ya habéis visto lo que ha pasado esta noche.

-Sí, y he visto que erais persona influyente...

-¡Oh! Por desgracia no mucho. Tengo sin embargo algunos amigos.

-Y esta noche he conocido yo a uno de ellos.

-Y ya lo sabéis; no es de los menos influyentes de la época.

-¿Contáis acaso valeros de él para proteger la fuga de mi padre?

reservo mi influencia para vos .

-¿Y para mi padre?

-Para vuestro padre tengo otro medio.

-¡Tenéis otro medio!

Y diciendo esto, Angelita se apoderaba de mis manos mirándome con ansiedad.

-¿Si salvo yo a vuestro padre, guardaréis un buen recuerdo de mí?

-i 0h ! Os quedaría agradecida toda mi vida .

Y pronunció estas palabras con adorable expresión de anticipada gratitud.

Luego, mirándome y con tono suplicante:

-¿Pero, os bastará la gratitud?, preguntó.

-Sí, respondí,

-Entonces no me había engañado, exclamó, sois un noble corazón. Os doy gracias en nombre de mi padre y en el mío. y aun cuando no consiguiérais nada más tarde, os quedo muy reconocida por lo pasado.

-¿Cuándo nos veremos, Angelita?

-¿Cuándo tenéis precisión de verme?

-Mañana espero ya tener alguna buena noticia que comunicaros.

-Pues bien, veámonos mañana.

-¿Dónde?

-Aquí, si queréis.

-¿Aquí, en la calle?

-Demasiado veis que es lo más seguro. Hace media hora que hablamos, de pie en el umbral de esta puerta, y no ha pasado un alma.



-¿Por qué no he de subir yo a vuestra habitación o por qué no habéis de ir vos a la mía?

-Porque, viniendo vos a la mía, comprometéis a las honradas gentes que me han dado asilo; yendo yo a la vuestra, os comprometo a vos.

-Como gustéis. Tomaré la cédula de una de mis parientas y os la daré.

-Sí, para que guillotinen a vuestra parienta si por casualidad me prenden.

-Tenéis razón; os procuraré entonces una cédula con el nombre de Angelita.

-Perfectamente; ya veréis cómo Angelita acabará por ser mi único y verdadero nombre.

-¿A qué hora nos veremos?

-A la misma en que hoy nos hemos encontrado; a las diez.

-Bueno pues, a las diez.

-Pero, ¿cómo nos encontraremos?

-¡Oh!, no es difícil. A las diez menos cinco minutos estaréis

vos en la puerta. A las diez en punto bajaré yo.

Entonces hasta mañana a las diez, mi querida Angelita.

-Hasta mañana a las diez, querido Alberto. Quise besarla la mano, presentóme ella la frente. A1 siguiente día por la noche, estaba yo en la calle a las nueve y media.

A las diez menos cuarto abrió la puerta.

Ambos nos habíamos adelantado un cuarto de hora. De un salto estuve a su lado.

-Conozco ya que tenéis buenas noticias, me dijo sonriendo.

-Excelentes. Primeramente ahí tenéis vuestra cédula.

-Antes hablemos de mi padre.

Y rechazó mi mano.

-Vuestro padre está salvado, si quiere.

-¿Si quiere?, decid, ¿qué ha de hacer?

-Confiar en mí.

-Es ya cosa hecha.

-¿Le habéis visto?

-Os habéis expuesto.

-¡Y qué queréis ! Convenía así, pero Dios me protege.

-¿Y se lo habéis dicho todo?

-Le he dicho que vos habíais salvado mi vida ayer, y que tal vez salvaríais la suya mañana.

-Mañana, sí, mañana precisamente le salvaré si quiere.

-¡Oh!, decid, decid, ¿le salvaréis?

-Sí, sólo que..., dije vacilando.

-¿Qué?

-No podréis partir con él.

-¿No os dije ya que respecto a eso, nada había resuelto aún?

-Luego, acaso más tarde estoy seguro de poderos alcanzar un pasaporte.

-Hablemos primero de mi padre; después hablaremos de mí.

-Ya os dije que yo podía contar con algunos amigos.

-Sí.

-Pues bien, hoy he ido a ver a uno.

-¿Y qué?

-Un amigo a quien vos conocéis de nombre, el cual es garantía de valor, de lealtad y de honor.

-Y ese nombre es...

-Marceau.

-¡El general Marceau!

-Cabalmente.

-Razón tenéis; si ese ha prometido, cumplirá.

-Pues ha prometido.

-¡Oh! ¡Dios mío! ¡Si supiéseis qué feliz me hacéis! ¿ Y qué ha prometido, decid?

-Ha prometido servirnos.

-¿De qué manera?

-De una manera sencillísima. Kleber acaba de hacerle nombrar general en jefe del ejército del Oeste. Parte mañana por la noche.

-¿Mañana por la noche? Entonces, no tendremos tiempo de preparar nada.

-Es que nada tenemos que preparar.

-No comprendo.

-Se lleva a vuestro padre.

-¡A mi padre!

-Sí, en calidad de secretario. Así que llegue a la Vendée, vuestro padre dará a Marceau su palabra de honor de no servir contra la Francia; se trasladará una noche al campo Vendeano; de allí pasará a Bretaña, a Inglaterra. Cuando esté ya sano y salvo en Londres, os comunicará noticias suyas; yo os procuraré un pasaporte, e iréis a Londres a reuniros con él.

-¡Mañana!, exclamó. ¡Mi padre partirá mañana!

-Y no hay tiempo que perder.

-Sería preciso avisarle.

-Avisadle.

-¿Esta noche?

-Esta noche.

-¿Pero a esta hora? ¿cómo?

-Ahí tenéis vuestra cédula y mi brazo.

-Tenéis razón.

-Mi cédula.

Se la di y se la metió en el pecho.

-Vuestro brazo ahora.

Le di mi brazo y partimos.

Bajamos hasta la plaza de Taranne, es decir, hasta el sitio donde la había encontrado la víspera.

-Aguardadme aquí, me dijo. Me incliné y aguardé.

Desapareció por un ángulo del antiguo palacio de Montignon; y al cabo de un cuarto de hora volvió a salir.

-Venid, dijo, mi padre quiere veros y claros las gracias. Volvió a tomar mi brazo y me condujo hasta la calle de San - Guillermo enfrente del palacio de Mortemart.

Llegados allí, se detuvo, sacó una llave de su bolsillo, abrió una puertecita, me tomó por la mano, me guió hasta el segundo piso y Llamó con una seña particular.

Un hombre de cuarenta y ocho a cincuenta años abrió la puerta. Iba vestido de operario y parecía ejercer el oficio de encuadernador de libros.

Pero a las primeras palabras que me dijo, a las primeras gracias que me dio, el gran señor había hecho traición a su propio disfraz.

-Caballero, me dijo, la Providencia os ha enviado a nosotros, y yo os recibo como un enviado de la Providencia. ¿Es cierto que vos podéis salvarme, y sobre todo que queréis salvarme?

Yo se lo conté todo: le dije cómo Marceau se encargaba llevarle consigo en calidad de secretario, y no le pedía más que la promesa de no hacer armas contra la Francia.

-Os hago de todo corazón semejante promesa, me dijo, y se la renovaré.

-Os doy gracias en su nombre y en el mío.

-¿Y cuándo parte Marceau?

-Mañana.

-¿Debo ir a su casa esta misma noche?

-Cuando gustéis. Os aguarda ya.

El padre y la hija se miraron.

-Creo que sería más prudente ir esta misma noche, padre mío, dijo Angelita.

-Sea; pero si me arrestan, no tengo cédula. -Aquí tenéis la mía.

-¿Pero y vos?

-¡Oh! Yo, yo soy conocido.

-¿Dónde vive Marceau?

-Calle de la Universidad, nº 40, en casa de su hermana la señora Des-Graviers-Marceau.

-¿Me acompañaréis?

-Os iré siguiendo a poca distancia para poder acompañar a la señorita cuando vos os hayáis quedado allí.

-¿Y cómo sabrá Marceau que yo soy el hombre de quien le hablasteis?

-Le entregaréis esta escarapela tricolor, y por ella os reconocerá.

-¿Qué puedo hacer yo por mi salvador?

-Encargarme la salvación de vuestra hija como me ha encargado ella la vuestra.

-Vamos.

Se caló el sombrero y apagó las luces.

Bajamos a la luz de un rayo de luna que filtraba por las ventanas de la escalera.

Al llegar a la puerta, tomó el brazo de su hija, y por la calle de Saint-Péres, llegó bien pronto a la de la Universidad.

Yo los seguía siempre a diez pasos.

Llegaron al número 40 sin haber encontrado a nadie. Acerquéme entonces a ellos.

-Buen agüero, dije; y ahora, ¿queréis que aguarde o que suba con vosotros?-No, no os comprometáis más; aguardad aquí a mi hija.

Yo me incliné.

-Os repito mil gracias, y me despido de vos, dijo tendiéndome la mano. No hay palabras para expresaros lo que siento; pero espero que Dios, un día u otro, tendrá a bien permitirme expresaros toda mi gratitud.

1.e contesté estrechándole la mano.

Después entró en la casa, seguido de su hija; pero la encantadora joven me estrechó también la mano antes de entrar.

Al cabo, poco más o menos, de diez minutos, abrióse la puerta.

-¿Cómo estamos?, le dije.

-Vuestro amigo es digno bajo todos conceptos de ser vuestro amigo; es decir, que es hombre delicadísimo. Se ha figurado que yo sería feliz quedándome con mi padre hasta el momento de partir, y su hermana me hace arreglar una cama en su propio cuarto. Mañana a las tres de la tarde mi padre estará fuera de todo peligro, y mañana, a las diez de la noche, como hoy, si creéis que la gratitud de una hija que os deberá la vida de su padre merece vuestra atención, id a buscarla a la calle de Ferou.

iré, sí por cierto. ¿Nada os ha dicho para mí vuestro padre?

-Os da gracias por vuestra cédula, que os devuelvo, y os suplica que me enviéis a unirme con él lo más pronto posible.

-Será cuando gustéis, la contesté opreso el corazón. -Primero hay que saber dónde he de ir a encontrarle, Luego añadió sonriendo:

-¡Oh, todavía no estáis libre de mí!

Tomé su mano y la estreché contra mi corazón. Pero ella presentándome como la víspera la frente.

-Hasta mañana, me dijo.

Y al besarla, no fue solamente su mano la que estreché embelesado, sino su agitado pecho, su palpitante corazón.

Entré en mi casa con un cielo de felicidad en el alma. ¿Era la conciencia de la buena acción que había hecho o era que amaba ya a aquella adorable criatura?

Yo no sé si dormía o si estaba despierto; pero sé que cantaban en mi interior todas las armonías de la naturaleza; sé que la noche me pareció sin fin, el día inmenso; sé que as¡ como quería apresurar la marcha del tiempo, hubiera deseado asimismo detenerle para no perder un minuto de los días que tenía aún que vivir.

Al día siguiente, estaba ya a las nueve en la calle de Ferou. A las nueve y media acudió ella.

Adelantóse hacia mí y me echó los brazos al cuello.

-¡Está salvado!, dijo, mi padre está salvado, y a vos debo su salvación! ¡Oh, si supiérais cuánto os amo!

Quince días después, Angelita recibió una carta que le anunciaba la llegada de su padre a Inglaterra.

Al día siguiente, la llevé yo un pasaporte. Al recibirle, Angelita se deshizo en lágrimas. -¿No me amáis, pues?, me dijo.

-Os amo más que a mi propia vida, le contesté; pero he comprometido mi palabra a vuestro padre, y antes de todo debo cumplir mi palabra.

-Entonces yo soy quien faltará a la mía, dijo ella. Si tú tienes valor para dejarme partir, Alberto, yo, yo no tengo valor para abandonarte.

Y, desgraciadamente, no partió.

VII
Alberto

Lo mismo que en la primera pausa, en la relación del señor Ledrú, hubo un breve instante de silencio. Silencio más respetado aún que el primero, porque todos conocían que iba acercándose el fin de la historia, y el señor Ledrú habla dicho que acaso no se sentiría con fuerzas para concluirla.

La interrupción fue corta; casi al mismo instante prosiguió:

-Tres meses habían transcurrido desde aquella noche en que tratamos de la partida de Ángela, y, desde aquella noche, ni una sola palabra de separación había sido pronunciarla,

Ángela había deseado una habitación en la calle Taranne y tomé una a nombre de Ángela. No le conocía otro, como ella no me conocía otro que Alberto.

Habíala hecho entrar en un colegio de niñas en clase de subdirectora, con objeto de sustraerla con más seguridad a las pesquisas de la policía revolucionaria, que eran más activas que nunca.

Los domingos y los jueves los pasábamos juntos en la pequeña habitación de la calle de Taranne donde, desde la ventana del gabinete, veíamos la plaza en que por primera vez nos habíamos encontrado.

Cada día recibíamos una carta; ella bajo el nombre de Ángela, yo bajo el de Alberto.

Aquellos tres meses fueron los más felices de mi vida.

Entre tanto, preciso es saber que yo no había renunciado al designio que me ocurrió después de mi conversación con el ayudante del verdugo. Había pedido y obtenido el permiso de hacer experimentos sobre la persistencia de la vida después del suplicio, y esos experimentos me habían demostrado que el dolor sobrevivía al suplicio y debía ser terrible.

-Esto es lo que niego, exclamó repentinamente el doctor.

-Pero vamos a ver, continuó Ledrú, ¿me negaréis que la cuchilla hiere el centro del sistema nervioso, y que el dolor ha de ser atroz?

-No; pero ha de durar poco.

-Pues esto es lo que niego a mi vez, contestó Ledrú, con profunda convicción. Y aunque durase algunos segundos, forzosamente ha de existir la conciencia de la vida, ¿quién sabe si la intensidad del sufrimiento compensa su brevedad?

-Entonces, según esta opinión, ¿erró la Asamblea en sustituir la horca por la guillotina?

-¿Qué duda tiene?

-Dejemos esto; volvamos al hecho. Tengo curiosidad de saber el fin de la historia.

Me pareció que Ledrú suspiraba. No podía ver su rostro, porque había cerrado la noche.

-Estábamos en lo más fuerte de las ejecuciones, se guillotinaban treinta o cuarenta personas por día; y tan gran cantidad de sangre corría en la plaza de la Revolución, que se vieron obligados a abrir un foso de tres pies de profundidad alrededor del cadalso.

Ese foso estaba cubierto de tablas.

Una de esas tablas se hundió cierto día bajo el pie de un niño de ocho o diez años que cayó en aquel hediondo foso y se ahogó.

Inútil es decir que me guardé bien de referir a Angelita en qué empleaba mi tiempo el día que no la veía; por otra parte, debo confesar que había empezado a sentir tan fuerte repugnancia hacia aquellos pobres restos humanos, que me horrorizaba el nuevo dolor, que les causaban quizá mis experimentos.

Pero me dije por fin que aquellos estudios a los cuales me entregaba, eran en beneficio de la sociedad entera, puesto que si llegaba algún día a hacer partícipes de mis convicciones a una reunión de legisladores, lograría tal vez la abolición de la pena de muerte.

A medida que mis experimentos producían resultados, iba consignándolos en una memoria.

Al cabo de dos meses llevaba hecho sobre la persistencia de la vida después del suplicio, cuanto se puede hacer. Resolví entonces llevar mis experimentos todavía más adelante, si era posible, ayudado del galvanismo y de la electricidad.

Se me cedió el cementerio de Clamart y se pusieron a mi disposición todas las cabezas y cuerpos de los guillotinados. Convirtieron para mí en laboratorio una capillita construida en el ángulo del cementerio. Ya recordaréis que después de haber arrojado a los reyes de sus palacios, arrojóse a Dios de sus iglesias.

Tenía allí una máquina eléctrica y tres o cuatro instrumentos de los llamados excitadores.

A eso de las cinco llegaba el terrible convoy. Los cuerpos estaban mezclados en el chirrión y amontonadas las cabezas en un saco.

Tomaba al acaso una o dos cabezas y uno o dos cuerpos, y el resto se arrojaba a la huesa común.

A1 siguiente día las cabezas y cuerpos que habían servido para mis experimentos la víspera, se juntaban al convoy del día. Casi siempre me ayudaba mi hermano en mis estudios.

En medio de mis continuas relaciones con la muerte, iba creciendo mi amor hacia Angelita. La pobre niña por su parte me amaba con todo su corazón.

Muchas veces pensé en hacer de ella mi mujer, y habíamos medido juntos la dicha de semejante unión; pero para ser mi mujer era preciso que Angelita dijera su nombre, y su nombre que era el de un emigrado, de un aristócrata, de un proscrito, su nombre llevaba consigo la muerte.

Con frecuencia le escribió su padre que apresurara su viaje, pero ella le había dicho nuestro amor, y le había pedido su consentimiento, que le fue concedido. Todo iba viento en popa por aquel lado.

Sin embargo, en medio de todos aquellos procesos terribles, un proceso más terrible todavía nos había entristecido profundamente

FA proceso de la reina María Antonieta.

Principiado el 4 de octubre, seguía con actividad: el 14 de octubre la ilustre víctima compareció ante el tribunal revolucionario: el 16, a las cuatro de la madrugada, fue condenada; el mismo día a las once subió las escaleras del cadalso.

Por la mañana recibí una carta de Angelina en que me decía que no quería dejar pasar un día semejante sin verme. Llegué a cosa de las dos a nuestra pequeña habitación de la calle de Taranne, y encontré a Angelina deshecha en llanto. Yo mismo me hallaba profundamente afectado por aquella ejecución. Habla sido tan buena para mí la reina en mi juventud, que guardaba un profundo recuerdo de su bondad.

Toda mi vida me acordaré de aquel día; era un miércoles y reinaba en París más que la tristeza el terror.

Por mi parte experimenté extraño desaliento, algo como el presentimiento de una gran desgracia. En vano intentaba devolver las perdidas fuerzas a mi amada, que lloraba recostada en mis brazos; me faltaron palabras de consuelo; mi corazón estaba triste y apesadumbrado.

Como de costumbre, pasamos juntos la noche, y nuestra noche fue aún más triste que el día. Recuerdo que un perro encerrado en una habitación superior a la nuestra aulló hasta las dos de la madrugada.

Nos informamos de lo ocurrido a la mañana siguiente; su amo había salido llevándose la llave; había sido arrestado en la calle, conducido al tribunal revolucionario, condenado a las tres y ejecutado a las cuatro.

Era preciso separarnos. Las clases de Angelita empezaban a las nueve de la mañana. Su colegio estaba situado cerca del jardín botánico. A mí me costó mucho él dejarla Ir, y ella no acababa nunca de resolverse a dejarme.

Fui a buscar un coche y la acompañé yo mismo hasta la extremidad de la calle des Fassés Saint-Bernard: allí bajé para dejarla. Durante todo el camino, habíamos permanecido abrazados sin pronunciar una sola palabra, mezclando nuestras lágrimas que se deslizaban a lo largo y de nuestras mejillas hasta llegar a los labios, confundiendo su amargo sabor con la dulzura de nuestros besos.



Bajé del coche, pero en lugar de irme a mi vez me quedé clavado en el sitio mismo para ver, hasta perderle, el coche que se la llevaba.

A los veinte pasos se detuvo, y Angelita asomó la cabeza por la portezuela como si hubiera adivinado que yo estaba todavía allí: Me precipité hacia ella, subí al coche, tiré las persianas y la estreché en mis brazos, pero dieron las nueve, enjugué sus lágrimas, le di un beso, y saltando del carruaje me alejé corriendo.

Parecióme que me llamaba; pero todas aquellas lágrimas, odas aquellas idas y venidas podían ser notadas. Tuve el fatal valor de volverme.

Entré en mi casa desesperado. Pasé el día escribiendo a mi amada; por la noche le envié un volumen.

Acababa de echar mi carta al correo cuando recibí una de ella.

La habían reñido mucho por haber pasado un día sin ir, le habían hecho infinidad de preguntas y la amenazaron con no permitirla salir la primera vez que le tocara el turno.

Le tocaba el turno el domingo siguiente; pero me' juraba Angelita que aquel día me vería aun cuando debiese romper con 7a directora del colegio.

Yo también lo juré; parecíame que si estaba siete días sin verla, lo cual debía ocurrir forzosamente si no podía disfrutar del día de asueto, parecíame, digo, que me volvería loco. Tanto más cuanto que Angelita dejaba traslucir alguna inquietud. Le pareció que le hablan abierto una carta que acababa de encontrar en el colegio, y que era de su padre.

Pasé una mala noche y peor día. Como de costumbres, escribí a Angelita, v como debía dedicarme a mis estudios, a cosa de las tres fui a casa de mi hermano a fin de llevármele conmigo a Clamart.

Mi hermano no estaba en casa y fuíme solo.

Hacía un tiempo horrible; la naturaleza desolada se deshacía en lluvia, la lluvia fría y continua que anuncia el invierno Todo lo largo de mi camino estuve oyendo a los pregoneros gritar con voz enronquecida la lista de los condenados del día; era numerosa, y había niños, mujeres y hombres. La sangrienta cosecha era aquel día abundante y no me habían de faltar objetos por cierto para mi estudio de la noche.



Los días eran cortos. Llegué a las cuatro a Clamart, y había anochecido.

Era sombrío, casi odioso el aspecto del cementerio con sus vastas sepulturas, recientemente removidas, con sus escasos árboles que chocaban como esqueletos al hálito tempestuoso del viento.

Lo que no era tierra removida y amontonada era hierba, cardos u ortigas. Cada día la tierra amontonada invadía la tierra verde.

En medio de todas aquellas excrecencias del suelo, la huesa del día estaba abierta esperando su presa; previendo que el número de condenados sería mayor, era la huesa mayor que de costumbre.

Acerqué me maquinalmente. El fondo estaba lleno de agua; ¡pobres cadáveres desnudos y fríos, que iban a arrojar en aquella agua fría como ellos!

A1 llegar junto a la huesa, resbaló mi pie y estuve a punto de caer dentro; erizáronse mis cabellos; estaba mojado, sentía escalofríos, y me fui a mi laboratorio.

Como ya he dicho, era una antigua capilla; registré con los ojos-¿qué buscaba?, no lo sé,-registré con los ojos para ver si en la pared o sobre el pedazo de altar que quedaba, existía algún signo oculto; nada había en la pared, estaba vacío el altar. En el sitio en que había antes-el tabernáculo, es decir Dios, la vida, había un cráneo despojado de su carne y de sus cabellos, es decir la muerte, la nada.

Encendí mi vela colocándola encima la mesa de mis experimentos, cargada de instrumentos de rara forma inventados por mí mismo, y me senté, pensando ¿en qué?, en aquella pobre reina que había visto tan bella, tan dichosa, tan amada; y que, la víspera, perseguida por las imprecaciones de todo un pueblo, fue conducida en carreta al cadalso, y que, a aquella hora misma, con la cabeza separa del cuerpo, dormía en la huesa de los pobres, ella que había dormido bajo los recamados pabellones de las Tullerias, de Versalles y de Saint-Cloud.

Mientras me abismaba en tan' sombrías reflexiones, redoblaba la lluvia y pasaba el viento en largas ráfagas, con lúgubre gemido, por entre las ramas de los árboles por entre los tallos de las yerbas que con su hálito hacia estremecer.

No tardó en mezclarse a aquellos rumores, como el ruido prolongado de un trueno lúgubre; sólo que este trueno en vez de mujir en las nubes, rodaba por el pavimento que hacía retemblar.

Era el ruido de la carreta mortuoria que volvía de la plaza de la Revolución y que entraba en Clamart.

Abrióse la puerta de la capilla y entraron, llevando un saco, dos hombres empapados de agua.

El uno era aquel mismo Legrós que había yo visitado en la cárcel, el otro un sepulturero.

-Tomad, señor Ledrú, me dijo el criado del verdugo, aquí tenéis vuestra obra; -y no tenéis necesidad esta noche de daros prisa, pues os dejamos aquí todos estos trastos; mañana, cuándo sea de día, se les enterrará, que no hay cuidado que se resfríen por pasar una noche al aire libre.

Y riendo como condenados, aquellos dos estipendiarios de la muerte dejaron su saco en un ángulo junto al antiguo altar, a mi izquierda.

En seguida salieron sin cerrar la puerta, que, impelida por el viento, empezó a dar estrepitosos golpes, dejando pasar largos soplos de aire que hacían vacilar la llama de mi vela, que subía pálida, y, por decirlo así, moribunda, a lo largo de su ennegrecida mecha,

Sentí violentos deseos de irme con ellos; pero no sé qué me detenía en mi sitio. Temblaba y estaba pálido sin duda; no era miedo, no, en verdad, pero el ruido del viento, el rumor acompasado de la lluvia, el fúnebre murmullo de los árboles, los silbidos del aire que hacía temblar mi luz; todo esto sacudía sobre mi cabeza vago espanto, que de la húmeda raíz de mis cabellos, serpenteaba por todo mi cuerpo.

De repente, me pareció que una voz a un tiempo dulce y quejumbrosa, una voz que partía del recinto mismo de la capilla, pronunciaba el nombre de Alberto.

Me estremecí..., me estremecí como no me es dado explicar. ¡Alberto! Una sola persona en el mundo me llamaba así.

- Mis ojos errantes dieron vuelta lentamente a. la pequeña capilla (de la cual, por estrecha que fuese, mi luz no bastaba a iluminar todo el recinto), y se detuvieron sobre el saco depositado junto al altar y cuya ensangrentada y abollada tela denunciaba el fúnebre contenido.

En el instante en que se fijaban mis ojos en el saco, la mismo voz, pero más débil, más quejumbrosa aún, repitió el mismo nombre.

-i Alberto!

Me erguí frío de espanto: aquella voz parecía salir del interior del saco.

Me palpé para saber si estaba dormido o despierto; en seguida, envarado, como si fuera de piedra, los brazos extendidos, me dirigí hacia el saco donde hundí una de mis manos.

Parecióme entonces que unos labios, cálidos todavía, se apoyaban en mi mano.

Había ya llegado a aquel grado de terror, en que el exceso del mismo terror nos da serenidad y ánimo. Cogí aquella cabeza y volviendo a mi sillón, donde caí sentado, la dejé encima de la mesa.

Aquella cabeza cuyos labios parecían estar tibios todavía, cuyos ojos estaban medio cerrados, aquella cabeza era la cabeza de Ángela.

Creí que estaba loco. Grité tres veces

-¡Ángela!

A la tercera vez abriéronse los ojos, me miraron, dejaron caer dos lágrimas, y, despidiendo una llama húmeda como si se escapara el alma, se cerraron para no volverse a abrir.

Me levanté loco, insensato, furioso; quise huir, pero, al levantarme, enganchóse un faldón de mi frac en la mesa; la mesa cayó arrastrando consigo la vela que se apagó, y la cabeza que rodó, y arrastrándome a mí mismo, perdido y delirante.

Entonces, tendido en el suelo, parecióme ver aquella cabeza deslizarse hacía la mía por la pendiente de las baldosas; sus labios rozaron mis labios; un estremecimiento de hielo recorrió todo mi cuerpo; lancé un gemido y me desmayé.

A1 día siguiente, a las seis, los sepultureros me encontraron tan frío como las baldosas sobre las cuales estaba tendido. Ángela descubierta por la carta de su padre, había sido arrestada aquel mismo día, condenada aquel mismo día, ejecutada aquel mismo día. `

La cabeza que me había hablado, los ojos que me habían mirado, los labios que habían besado mis labios, eran los labios, los ojos, la cabeza de Ángela.

-Ya sabéis, Lenoir, continuó el señor Ledrú, volviéndose hacia el caballero, ya sabéis que poco me faltó en aquella época para morirme.

VIII
El gato, el alguacil y el esqueleto

EL efecto producido por la relación del señor Ledrú fue terrible; ninguno de nosotros trató de resistirse a aquella impresión, ni siquiera el doctor.

El caballero Lenoir, interpelado por el doctor Ledrú, contestó con una simple seña de asentimiento; la dama pálida que se había un instante levantado en su sillón, volvió a dejarse caer recostada en sus almohadones sin dar mas signo de vida que un suspiro; el comisario de policía que no veía en todo aquello ninguna causa que incoar, no dijo ni siquiera una palabra. Por mi parte, anotaba en mi imaginación todos los detalles de la catástrofe, por si me placía contarlos un día. En cuanto a Alliette y al abate Moulle, la aventura estaba demasiado conforme con sus ideas para que tratasen de combatirla.

Al contrario, el abate Moulle rompiendo el primero el silencio, y resumiendo en cierto modo la opinión general:

-Creo perfectamente lo que acabáis de contarnos, mi querido Ledrú, dijo; pero ¿cómo os explicáis ese hecho, según se dice en lenguaje material?

-Yo no me le explico, dijo Ledrú; lo cuento, y nada más.

-¿Cómo lo explicáis?, preguntó el doctor; porque, en fin, sea cual sea la persistencia de la vida, vos no admitís que al cabo de diez horas una cabeza cortada, hable, mire, funcione.

-Si me lo hubiese explicado, mi querido doctor, contestó el señor Ledrú, no hubiera sufrido a consecuencia de tan terrible acontecimiento, la enfermedad que a poco más me lleva al sepulcro.

-Pero en fin, doctor, dijo el caballero Lenoir, ¿cómo os lo explicáis vos?, porque vos no admitiréis que Ledrú acabe de contarnos una historia imaginaria, siendo su enfermedad un hecho material también.

¡Un problema! Me lo explico por una alucinación. Lever, creyó oír, lo que fue exactamente para él como si hubiese visto y oído. Los órganos que transmiten la percepción al sensorium, es decir, al cerebro, pueden ser turbados por las circunstancias que sobre ellos influyen; en tales casos se Turban, y al turbarse transmiten percepciones falsas; creemos oír y oímos; creemos ver y vemos. El frío, la lluvia, la oscuridad Habían turbado los órganos de Ledrú y nada más. El loco también ve y oye lo que cree ver y oír; la alucinación es una locura momentánea„ de la cual persiste el recuerdo cuando ha desaparecido.

-Pero, ¿y cuándo no desaparece?, preguntó el abate Moulle, entonces la enfermedad entra en él orden de las in-curables y acaba el paciente por morirse.

-¿Y habéis tratado alguna vez esa case de enfermedades, doctor?

-No, pero he conocido algunos médicos que las han tratado, y entre otros un doctor inglés que acompañaba a Walter-Scott en su Francia.

-¿Y os contó algo?

-Sí, una historia parecida a la que acaba de contarnos nuestro huésped: más extraordinaria aún.

-¿Y que vos explicáis cómo un fenómeno físico?, añadió el abate Moulle.

-Naturalmente.

-Y el hecho que os contó el doctor inglés, ¿podéis contárnoslo a nosotros?

-¿Por qué no?

-¡Contadlo, pues, doctor; contadlo!

-¿Lo deseáis?

-Pues es claro, dijimos todos.

-Empiezo pues. El doctor que acompañaba a Walter-Scott, cuando su viaje a Francia, se llamaba Sympson; era uno de los más distinguidos miembros de la Facultad de Edimburgo, y en relaciones, por consiguiente, con los más elevados personajes de la ciudad.

Entre esos personajes había un magistrado del tribunal supremo, cuyo nombre no me dijo. El nombre fue el único secreto que tuvo por conveniente guardar al relatar las historias.

Ese magistrado, al cual prodigaba como médico sus cuidados, desmejorábase de día en día, sin ninguna causa aparente de desarreglo en la salud, al influjo de terrible melancolía que se había apoderado de él. En diferentes ocasiones su familia había interrogado al doctor, y el doctor por su parte había interrogado a su amigo sin conseguir de él otra cosa que respuestas vagas, que no hicieron más que despertar su inquietud, probándole que existía un secreto, que el enfermo no quería revelar.

Por fin, un día el doctor Sympson insistió tanto en que su amigo le confesara que estaba enfermo, que éste cogiéndole las manos, con triste sonrisa

-Pues bien, sí; le dijo; estoy enfermo y mi enfermedad, querido doctor, es tanto más incurable cuanto que existe entera en mi imaginación.

-¿Cómo en vuestra imaginación? -Sí, me vuelvo loco.

-¡Os volvéis loco!, ¿y por qué?, vamos a ver. Tenéis la mirada lúcida, la voz tranquila-le tomó la mano, el pulso excelente.

-He aquí precisamente lo que agrava mi estado, querido doctor; el verlo y juzgarlo.

-Pero en fin, ¿en qué consiste vuestra locura?

-Cerrad la puerta para que nadie venga a interrumpirnos, doctor; voy a deciroslo.

El doctor cerró la puerta y fue a sentarse junto a su Amigo.

-¿Recordáis, le dijo el magistrado, la última causa criminal en la cual intervine?

-Sí, la de cierto bandido escocés, a quien vos condenasteis a ser ahorcado, y lo fue.

-Precisamente. Pues bien, en el instante en que pronunciaba yo la sentencia, chispearon sus ojos y me mostró el puño amenazándome. No fijé en ello la atención, porque semejantes amenazas son frecuentes en los condenados. No obstante, al día siguiente de la ejecución, presentóse el verdugo en mi casa pidiéndome humildemente perdón por su visita; y declarando me que había creído deber advertirme una cosa: el bandido había muerto pronunciando una especie de conjuro contra mí, y diciendo que al día siguiente a las seis, hora en que había sido ejecutado, recibiría yo noticias suyas.

Temí alguna sorpresa de sus compañeros, alguna venganza a mano armada, y apenas dieron las seis, me encerré en mi despacho con un par de pistolas sobre mi bufete.

Dieron las seis en el reloj de mi chimenea. Todo el día había tenido ocupada la imaginación con lo que me dijera el ejecutor. Sonó, sin embargo, el último martillazo, sin que oyera ' otro ruido que el de una especie de maullido. Volvíme y vi un enorme gato negro y color de fuego. ¿Cómo había entrado? Era imposible decirlo, pues estaban cerradas las puertas y ventanas todas. Forzosamente debió de quedar encerrado en la habitación durante el día.

Nada había comido.

Llamé y vino mi criado, pero no pudo entrar puesto que me había encerrado por dentro; lleguéme a la puerta y la abrí. Entonces le hablé del gato negro y color de fuego; pero inútilmente le buscamos: había desaparecido.

No volví a acordarme de él, llegó la noche, después el día; transcurrió éste y dieron las seis.

Oí en aquel instante el mismo ruido tras de mí y vi el mismo gato.

Esta vez saltó sobre mis rodillas.

Ninguna antipatía siento por los gatos y sin embargo se- familiaridad me causó desagradable impresión. Le eché de encima de mis rodillas, pero apenas estuvo en el suelo volvió a echarse sobre mí. De nuevo le rechacé, pero tan inútilmente como la vez primera. Entonces me levanté, me paseé par el aposento, siguióme el gato paso a paso; impacientado por tamaña pertinacia, llamé como la víspera, y entró mi criado. Pero el gato había huido debajo de la cama donde le buscamos inútilmente; al meterse allí habla desaparecido.

Salí por la noche, visité a dos o tres amigos, y me volví en seguida a casa, donde entré con una llave que llevo siempre encima.

Como no tenía luz, subí pausadamente la escalera por miedo de tropezar, y al llegar al último escalón, oí a mi criado que hablaba con la doncella de mi mujer.

Oí pronunciar mi nombre y esto hizo que prestara atención a lo que decía; entonces le oí contar toda la aventara de la víspera y de aquel mismo día; sólo que añadió: el amo está loco...; no había en la habitación ni huellas de gato negro y color de fuego.

Estas pocas palabras me asustaron: o la visión era real o era falsa; si era real estaba yo bajo el peso de un hecho sobrenatural; si era falsa; si creía yo ver una cosa que, no existía, como había dicho mi criado, estaba loco.

Ya comprenderéis, mi querido amigo, con qué impaciencia, mezclada de temor, aguardé nuevamente las seis; al siguiente día, bajo el pretexto de arreglar no sé qué cosa, hice quedar a mi criado conmigo: dieron las seis mientras él estaba allí; al postrer golpe del timbre, oí el mismo ruido y vi a mi gato. Estaba sentado junto a mí.

Permanecí un instante sin decir nada, esperando que mi criado reparar fa en el animal y sería el primero en hablarme; pero iba y venía por mi aposento sin ver nada.

Aproveché un instante en que, en la línea que debía recorrer para cumplir la orden que iba a darle, le era casi preciso pasar por encima del gato.

Poned mi campanilla sobre la mesa, John, le dije.



El estaba en la cabecera de mi cama, la campanilla sobre la chimenea; para ir de la cabecera de mi cama a la chimenea forzosamente debía pasar por encima del gato.

John echó a andar; pero en el momento en que iba a poner el pie sobre él, el gato saltó sobre mis rodillas.

John no le vio o a lo menos no pareció verle.

Confieso que un sudor frío bañó mi frente y que esas palabras: "¡El amo está loco!" se ofrecieron de una manera terrible a mi imaginación.

-John, le dije, ¿nada veis encima de mis rodillas?

John me miró. En seguida, como quien toma una resolución señor, veo un gato.

Respiré. Cogí el gato y le dije

-Pues quitadlo de aquí.

Me tendió las manos; le puse el animal en los brazos y a una señal mía salió.

Estaba ya más tranquilo; durante diez minutos miré a mi alrededor con un resto de ansiedad; pero como no percibí animal 'alguno, me decidí a ir a ver qué había hecho John con el gato.

Salta, pues, de mi aposento con intención de preguntárselo, cuando al pasar la puerta del salón, oí una carcajada que salta del tocador de mi mujer. Acerquéme en silencio y de puntillas y oí la voz de John que decía a la doncella

-El amo no se vuelve loco, no, porque ya lo está. Ya te dije que ahora le ha dado por ver un gato negro, color de fuego. Pues bien, esta tarde me ha preguntado si veía el tal gato sobre sus rodillas...

-¿Y qué has contestado?, preguntó la doncella.

-Pues... he contestado que sí que le veía. ¡Pobre hombre! No he querido contrariarle. Entonces, adivina lo que ha hecho.

-¿Cómo quieres que lo adivine?

-Pues bien, ha cogido de encima de sus rodillas el pretendido gato, me lo ha puesto en los brazos y me ha dicho: ¡Llévatelo! ¡Llévatelo! Yo entonces me he llevado muy seriamente el gato, y él se ha quedado tan satisfecho.

-Pero si tú te has llevado el gato, señal de que existía.

-No, mujer; no existía más que en su imaginación. ¿Pero qué habría ganado con decirle la verdad? Nada, hacer que me despidiera quizá, y yo estoy bien aquí, y aquí me quedo. Me da veinte y cinco libras al año por ver un gato; le veo. Que me dé treinta y veré dos.

No tuve valor para oír; exhalé un suspiro y entréme en mi cuarto.

Estaba vacío...

Al día siguiente a las seis, como de costumbre, mi compañero apareció junto a mí y no me dejó hasta el siguiente día. ¿Qué os puedo decir?, amigo mío, continuó el enfermo; durante un mes renovóse la misma aparición, y comenzaba ya a acostumbrarme a su presencia, cuando un día, el que hacía treinta después de la ejecución, dieron las seis sin que el gato apareciese.

Creí haberme zafado de él y no dormí de alegría; toda la mañana del siguiente día apresuré, por decirlo así, el tiempo; me tardaba en llegar a la hora fatal. De las cinco a las seis, mis ojos no abandonaron el reloj. Seguía la marcha de la aguja que avanzaba de minuto en minuto. Por fin llegó a la cifra XII, dejóse oír el estremecimiento del reloj, en seguida dio el martillo el primer golpe, el segundo, el tercero, el cuarto, el quinto, el sexto, ¡en fin!...

Al sexto abrióse la puerta...

Al sexto abrióse la puerta, dijo el infeliz magistrado, y vi entrar a una especie de alguacil del tribunal, vestido como si estuviera al servicio del Lord teniente de Escocia.

Mi primera idea fue la de que el Lard teniente me enviaba algún mensaje y alargué la mano hacia mi desconocido. Pero él no pareció haber reparado en mi gesto, y fue a colocarse detrás de mí sillón.

No tenía necesidad de volverme para verle; estaba sentado delante de un espejo y le veía en él.

Me levanté y me puse a andar; siguióme él a algunos pasos de distancia.

Me volví a la mesa y llamé.

Acudió mi criado, pero no vio al alguacil como no hacía visto al gato.

Le despedí, y quedéme con aquel extraño personaje a quien pude examinar minuciosamente.

Llevaba el traje de gala, la coleta recogida en una bolsa, la espalda al lado, la capita bordada y el sombrero bajo el brazo.

A las diez me acosté, y entonces como para pasar la noche lo más cómodamente posible, sentóse él en un sillón frente a mi cama.

Volví la cara a la pared, pero como me fue imposible dormirme, volvíme dos o tres veces; y las dos o tres veces, a la luz de mi lamparilla de noche, le vi recostado en el mismo sillón.

El tampoco dormía.

En fin, vi los primeros rayos del día deslizarse en mi aposento a través-de las rendijas de las celosías, me volví nuevamente hacia mi hombre: había desaparecido, estaba vacío el sillón.

Me vi libre de mi visión hasta la noche.

Por la noche había recepción en casa del comisario mayor de la Iglesia, y bajo pretexto de preparar mi traje de ceremonia, llamé a mi criado a las seis menos cinco minutos, mandándole que echara el cerrojo.

Obedeció.

A1 último martillazo de las seis, fijé los ojos en la puerta: la puerta se abrió y entró mi alguacil.

Encaminéme inmediatamente a la puerta que estaba cerrada; los cerrojos al parecer no habían salido de sus anillos de hierro; me volví; el alguacil estaba detrás de mí sillón, y John iba y venia por el aposento sin reparar en él por nada de éste mundo.

Era evidente que no veía al hombre como no había visto al animal.

Me vestí.

Entonces tuvo lugar una cosa extraña. Lleno de atenciones hacia mi, mi nuevo criado ayudó a John en todo lo que hacía, sin que John reparase que fuese ayudado.

Cuando John sostenía mi traje por el cuello, el fantasma lo sostenía por el extremo; John me presentaba mis pantalones por la cintura en tanto que el fantasma los tenía por las piernas.

Nunca había tenido criado más oficioso. Llegó la hora de salir.

Entonces, en lugar de seguirme, el alguacil me precedió, deslizóse por la puerta de mi aposento, bajó la escalera, mantúvose con el sombrero debajo del brazo detrás de John, que abría la portezuela del carruaje, y cuando John la -hubo cerrado y hubo tomado sitio en la trasera del coche, subió él al asiento del cochero que se echó a un lado para hacerle sitio.

Detúvose el coche a la puerta del comisario mayor de la Iglesia; John abrió la portezuela, el fantasma estaba en su sitio detrás de él. Apenas puse el pie a tierra, cuando el fantasma se precipitó delante de mí, pasando por entre los criados que llenaban el vestíbulo, y volviéndose para mirar si le seguía.

Entonces me decidí a ensayar en el cochero lo que había ensayado en John.

-Patrick, le pregunté, ¿quién era ese que estaba a tu lado?

-¿Quién señor?

-El hombre que estaba sentado en tu mismo asiento. Patrick me miró con ojos en que se pintaba el mayor asombro.

-Vamos, sin duda me he engañado. Y entré a mi vez.

El alguacil se había parado en la escalera y me aguardaba. Desde que me vio continuar mi camino, continuó él el suyo; entró delante de mi, como para anunciarme en la sala de recepción, y en seguida, cuando yo estuve dentro, fue él a colocarse en la antesala y en el sitio que le correspondía.

Como John y Patrick, nadie reparó en el fantasma. Entonces fue cuando mi temor se' trocó en espanto y cuando comprendí que me volvía verdaderamente loco.

A partir de aquella noche empezaron todos a observar el cambio que experimentaba y a preguntarme -vos como los demás- qué Preocupación me absorbía.

Encontré a mi fantasma en la antesala. Lo mismo que a mi llegada, corrió delante de mi a mi partida, subióse al asiento, entró conmigo en mi casa, tras de mi en mi cuarto, y sentóse en el sillón donde había estado sentado la víspera.

Quise entonces asegurarme si había algo de real y sobre todo palpable en aquella aparición. Hice un violento esfuerzo sobre mí mismo, y dirigíme de espaldas a sentarme en la poltrona.

Nada sentí, pero por el espejo le vi en pie detrás de mí. Acostéme, lo mismo que la víspera, pero esta vez a la una de la madrugada. Tan pronto como estuve en la cama, le volví a ver en el sillón.

A1 amanecer desapareció. La visión duró un mes.

Cumplido el mes, faltó todo un día a la cita acostumbrada. Esta vez ya no creí como la primera en una desaparición total, sino en alguna modificación terrible, y, en lugar de alegrarme de mi aislamiento, aguardé con espanto el siguiente día.

El siguiente día, a la última vibración de las seis, oí un ligero roce en las cortinas de mi cama, y en el punto intermedio que existe entre mi cama y la pared, vi un esqueleto.

Aquella vez, amigo mío, como ya comprenderéis, se presentaba, si así cabe decirlo, la imagen viva de la muerte.

El esqueleto estaba allí, inmóvil, mirándome con sus ojos vacíos.

Me levanté, di varios paseos por mi habitación; la cabeza del esqueleto me seguía en todas mis evoluciones, sus ojos no me abandonaron un instante, el cuerpo permaneció inmóvil. Aquella noche no tuve valor para acostarme. Dormí, o por mejor decir, estuve con los ojos

cerrados, en el sillón donde acostumbraba a estar el fantasma de que había llegado a echar de menos la presencia.

Al amanecer desapareció el esqueleto.

Mandé a John que mudara mi cama de sitio y cruzará las , cortinas.

A la postrer camparla de las seis distinguí el mismo roce, vi agitarse las cortinas y en seguida reparé en las extremidades de dos manos huesosas que las descorrían; el esqueleto ocupó en la abertura el sitio que había ocupado la víspera.

Esta vez tuve valor para acostarme.

La cabeza que, como la víspera, me seguía en todos sus movimientos, inclinóse entonces hacia mi.

Los ojos que„ como la víspera, no dejaron de mirarme ni un solo instante, se fijaron entonces en mí.

¡Ya comprenderéis la noche que pasaría!

Pues bien, doctor, veinte noches hace que las paso así. ¿Y ahora que sabéis lo que me aqueja, tomáis a vuestro cargo el curarme?

-Lo procuraré al menos, respondió el doctor.

-¿De qué modo?, veamos.

-Estoy convencido de que el fantasma que veis sólo existe en vuestra imaginación.

-¿Qué me importa que exista o no, si le veo?

-¿Queréis que procure verlo yo también?

-No pido otra cosa.

-¿Cuándo?

Lo más pronto posible. Mañana.

-¡Sea pues, hasta mañana... y buen ánimo! El enfermo sonrió tristemente.

Al día siguiente, a las siete de la mañana, el doctor entró en el aposento de su amigo.

-¿Qué hay?, le preguntó, ¿y el esqueleto?

-Acaba de desaparecer, respondió éste con voz débil.

-Pues señor, vamos a arreglarnos de manera que esta tarde no vuelva.

-Haced lo que gustéis.

-¿Por dé pronto, decís que entra a la postrer campanada de las seis?

Sin falta.

Comencemos por parar el péndulo. Y fijó el volante.

-¿Qué queréis hacer?

-Quiero quitaros la facultad de medir el tiempo.

-Bueno.

-Y ahora vamos á estarnos con las ventanas y los postigos cerrados, a oscuras.

-¿Por qué?

-Siempre con el mismo objeto, a fin de que no podáis daros cuenta del curso del día.

Cerraron los postigos y encendieron luces.

-Tenednos dispuestos un desayuno y una comida, John, dijo el doctor; no queremos ser servidos a horas fijas, sino cuando yo llamaré.

-Ya lo oís, John, dijo el enfermo, señor.

-Y ahora dadnos naipes, dados, dominós, y dejadnos. John trajo los objetos pedidos y se retiró.

El doctor empezó por distraer al enfermo lo mejor que pudo, hablando, jugando con él; después, cuando sintió apetito, llamó.

John, que sabía por qué le llamaban, trajo el desayuno. Después del desayuno empezó la partida, y fue interrumpida por un nuevo campanillazo del doctor.

John entró con la comida.

Comieron, bebieron, tomaron café y se pusieron a jugar de nuevo, Pasado así, entre dos personas solas, el día parece largo. El doctor creyó haber medido el tiempo con su imaginación, y parecióle que debía haber ya transcurrido la hora fatal.

-¡Bueno!, dijo levantándose, ¡victoria!

-¿Cómo victoria?, preguntó el enfermo.

-Sin duda, serán ya las ocho o las nueve, y el esqueleto no ha venido.

-Mirad vuestro reloj, doctor, puesto que es el único de la casa que no está parado, y, si ha pasado la hora, me comprometo como vos a cantar victoria.

El doctor miró su reloj, pero nada dijo.

-Os habéis engañado, ¿no es verdad, doctor?, dijo el enfermo: son las seis en punto, ¿y qué?

-Que ya está aquí el esqueleto.

Y el enfermo se hizo hacia atrás y dio un profundo suspiro.

El doctor miró a todas partes.

-¿Dónde le veis?, -preguntó.

-En su sitio acostumbrado, a la cabecera de mi cama, entre las dos cortinas.

El doctor se levantó, separó la cama, pasó a la cabecera y fue a tomar entre las cortinas el sitio que el esqueleto ocupaba.

-Y ahora, dijo, ¿continuáis viéndole?

-No veo lo bajo de su cuerpo porque el vuestro lo oculta, pero veo su cráneo.

-¿Dónde?

-Encima de vuestro hombro derecho; como si tuviéseis dos cabezas, la una viva y la otra muerta.

Aunque incrédulo, estremecióse el doctor a su pesar. Volvióse, pero nada vio.

-Amigo mío, dijo tristemente volviendo hacia el enfermo; amigo mío, si tenéis que hacer testamento, hacedlo cuanto antes.

Y salió.

Nueve días después, John, al entrar en el cuarto de su señor, le encontró muerto en la cama.

Hacía tres meses, día por día, que había sido ejecutado el bandido.

IX
Los sepulcros de San Dionisio

Pero vamos a ver, qué nos prueba eso, doctor?, preguntó el señor Ledrú.

-Eso prueba que los órganos que transmiten al cerebro las percepciones pueden perturbarse a consecuencia de ciertas causas, hasta el punto de ofrecer al espíritu un espejo infiel, y que en semejante caso se ven objetos y he perciben sonidos que no existen.

-Sin embargo, dijo el caballero Lenoir con la timidez de un sabio de buena fe, sin embargo, suceden ciertas cosas que dejan huella, ciertas profecías que acaban por cumplirse. ¿Cómo explicaréis, doctor, que golpes dados por espectros hayan podido determinar cardenales en el cuerpo del que los ha recibido? ¿Cómo explicaréis que una visión haya podido diez, veinte, treinta años antes, revelar el porvenir? ¿Lo que no existe puede magullar lo que es o anunciar lo que será?

-¡Ah!, dijo el doctor; ¿os referis a la visión del rey de Suecia?

-No; me refiero a la que he presenciado yo mismo.

-¿Vos?

-¿Dónde?

-En San Dionisio. -¿Cuándo?

-En 1794, cuando la profanación de las tumbas. sí; ; oíd eso, doctor, dijo el señor Ledrú. -¿Cómo? ¿qué visteis? ¡decid!

-En 1793 fui nombrado director del Museo de los monumentos franceses, y como tal, presencié la exhumación de los cadáveres de la abadía de San Dionisio, cuyo nombre habían trocado en el de Franciada los patriotas ilustrados. Han transcurrido cuarenta años y puedo contaros los casos rarísimos que señalaron aquella profanación.

El odio que se llegó a inspirar al pueblo contra el rey Luis XVI, y que no bastó a ahogar el cadalso del 21 de enero, se había remontado a los reyes de su raza, quísose perseguir la monarquía hasta en su frente, los monarcas hasta en su tumba; arrojar al viento las cenizas de sesenta reyes.

Tal vez a ello se mezclaba la curiosidad de investigar si se habían conservado tan intactos como se pretendía los grandes tesoros que se decían enterrados en algunas de aquellas tumbas.

El pueblo se lanzó sobre San Dionisio.

Del 6 al 8 de agosto destruyó cincuenta y una tumbas, la historio de doce siglos.

Entonces el gobierno resolvió regularizar este desorden, registrar, por su propia cuenta, los sepulcros, y heredar de la monarquía, a la cual acaba de herir en la persona de Luis XVI, su último representante.

Tratábase, también, de anonadar hasta el nombre, hasta el recuerdo, hasta los huesos de los reyes; tratábase de borrar de la historia catorce siglos de monarquía.

Pobres locos, que no comprendían que los hombres pueden a veces mudar el porvenir... pero nunca el pasado.

Habíase preparado en el cementerio una gran huesa común por el estilo de las huesas de los pobres. En aquel foso y sobre un lecho de cal debían ser arrojados, como en un muladar, los huesos de los que, desde Dagoberto hasta, Luis XV, habían hecho de Francia la primera nación del mundo.

Con esto, se daba una satisfacción al pueblo, pero se proporcionaba sobre todo un placer a los legisladores, a los abogados, a los periodistas envidiosos, aves de rapiña de las revoluciones, a quienes ofende cualquier esplendor, como deslumbra la luz a las aves nocturnas.

El orgullo de los que no pueden edificar se cifra en desunir.

Fui nombrado inspector de las excavaciones; era para mi un medio de salvar multitud de preciosidades.

Acepté.

El sábado 12 de octubre mientras se instruía el proceso de la reina, hice abrir el panteón de los Borbones contiguo a las capillas subterráneas, y empecé por sacar el féretro de Enrique IV, muerto asesinado el 14 de mayo de 1610, a la edad de cincuenta y siete años.

La estatua del Puente Nuevo, obra maestra de Juan- de Bolonia y de su discípulo, había sido fundida para convertirla en groseros sueldos.

El cuerpo de Enrique IV estaba milagrosamente conservado; sus facciones, que podían muy bien reconocerse, eran las mismas que el amor del pueblo y el pincel de Rubens han consagrado. Cuando se le vio salir primero de tumba y aparecer a la luz del día, envuelto en su sudario, tan bien conservado como si viviera, i cuán grande fue la emoción!; en poco estuvo que el grito de: ¡viva Enrique IV!, tan popular en Francia, no resonara instintivamente bajo las bóvedas de la Iglesia.

Cuando vi aquellas muestras de respeto, y hasta me atrevería a decir de amor, hice apoyar el cuerpo de pie en una de las columnas del coro y allí pudieron ir todos a contemplarle.

Iba vestido, como cuando vivía, con su jubón de terciopelo negro, sobre el cual se destacaban su gorguera y sus vueltas blancas; calzas de terciopelo parecidas al jubón, medias de seda del mismo color, y los zapatos de terciopelo.

Sus hermosos cabellos canos formaban todavía una aureola en torno de su cabeza; la hermosa barba blanca le caía sobre el pecho,

Entonces comenzó una interminable procesión como si fueron a la adoración de la reliquia de un santo: las mujeres acudían, unas a tocar las manos del buen rey, otras a besar la extremidad de su capa, otras en fin hacían arrodillar a sus hijos murmurado en voz baja:

-¡Ah si viviera! el pobre pueblo no sería tan desgraciado. Y hubieran podido añadir: ni tan feroz; porque lo que causa la ferocidad del pueblo es la desgracia.

Aquella procesión duró todo el sábado 2 de octubre, el da mingo 13 v el lunes 14.

El lunes empezaron de nuevo las excavaciones después de la comida de los trabajadores, es decir, a las tres de la tarde.

El primer cadáver que sacamos después del de Enrique IV, fue el de su hijo Luis XIII. Estaba bien conservado, y aunque borrados los rasgos de su fisonomía, podía aún reconocérsele por su bigote.

Siguió, después, el de Luis XIV, conocido por sus marcadas facciones que han hecho de su rostro la máscara típica de los Borbones; sólo que estaba negro como la tinta.

Después vinieron sucesivamente los de María de Médicis, segunda esposa de Enrique IV, de Ana de Austria, esposa

de Luis XIII, de María Teresa, esposa de Luis XIV, y del Delfín.

Todos esos cuerpos estaban corrompidos; pero el del Delfín era putrefacción líquida.

Las exhumaciones continuaron el martes 15 de octubre. El cadáver de Enrique IV seguía en pie junto a su columna, asistiendo impasible a aquel vasto sacrilegio que alcanzaba a la vez a sus predecesores y a su descendencia.

El miércoles 16, a las once de la mañana, precisamente en el momento en que caía sobre el cadalso de la plaza de la Revolución la cabeza de Diaria Antonieta, se extraía del panteón de los Borbones el féretro del rey Luis XV.

Según la antigua costumbre del ceremonial de Francia, estaba colocado a la entrada del panteón esperando a su sucesor que no debía ir a reunirsele. Sacáronle de allí, y no fue abierto sino en el cementerio y junto a la huesa.

Al principio, el cuerpo retirado del féretro de plomo y cuidadosamente envuelto en telas y vendas, parecía entero y bien conservado; pero, desprendido de su envoltorio, sólo ofreció la imagen de la más asquerosa putrefacción; exhalaba un hedor en tal manera infecto que todo el mundo huyó, y hubo precisión de quemar varias libras de pólvora para purificar el aire.

Arrojamos en seguida a la huesa lo que quedaba del héroe del Parc-aux-Cerfs, del amante de las señoras de Chateauroux, de Pompadour y de Dubarry, y, colocadas sobre un lecho de cal viva, con una capa de cal viva cubrimos aquellas inmundas reliquias.

Había yo permanecido el último para hacer quemar la pólvora y arrojar la cal, cuando oí un gran rumor en la iglesia; entré en ella precipitadamente y vi a un trabajador que luchaba con sus camaradas, mientras las mujeres le amenazaban airadas con el puño.

El miserable había abandonado su triste tarea para ir a presenciar un espectáculo más triste todavía, la ejecución de María Antonieta; después, embriagado por los gritos que había dado y oído dar, y por el espectáculo de la sangre que vio verter, había vuelto a San Dionisio, y acercándose a Enrique IV, de pie junto a su columna y que continuaba rodeado de curiosos que casi hubieran podido llamarse devotos, se le encaró y le dijo:

-¿Con qué derecho permaneces tú aquí en pie, cuando se cortan las cabezas de los reyes en la plaza de la Revolución? Y, al mismo tiempo, agarrándole de la barba con la izquierda, se la había arrancado, y con la derecha abofeteó el cadáver real.,

El cadáver había caído al suelo con un seco ruido, parecido al de un saco de huesos.

Súbitamente resonó un grito unánime y espontáneo. Con cualquier otro rey, hubiérase podido arriesgar tamaño ultraje, pero con Enrique IV, él rey del pueblo, era casi un ultraje al pueblo.

El sacrílego trabajador corría pues el mayor riesgo cuando me lancé a su socorro.

Desde que vio que podía hallar en mi un apoyo, púsose bajo mi protección; pero al mismo tiempo que le protegía, quise dejarle bajo el peso de la infame acción que acababa de cometer.

-Amigos míos, dije a los obreros, dejad a ese miserable, porque aquel a quien ha insultado está en el cielo y va a obtener de Dios su castigo.

Y luego, después de haberle tomado la barba que arrancó del cadáver y que conservaba todavía en su mano izquierda, le arrojé de la iglesia, anunciándole que quedaba despedido. Los silbidos y amenazas de sus camaradas le persiguieron hasta la calle.

Temiendo nuevos ultrajes contra Enrique IV mandé que lo llevaran a la huesa común. El cadáver fue acompañado hasta allí con las más profundas pruebas de respeto. Y en lugar de ser arrojado como los otros al osario real, fue descendido, depositado suavemente y colocado en uno de sus ángulos, extendiéndose piadosamente sobre él una capa de tierra en lugar de una capa de cal.

Al anochecer retiráronse los trabajadores y quedó solo el guardián; era éste un honrado sujeto colocado allí por mis órdenes, temiendo que, a favor de la oscuridad de la noche, no entrara alguien en la iglesia, ya fuese para ejecutar nuevas mutilaciones, ya para cometer nuevos robos: este guardián dormía de día y velaba de desde las siete de la tarde a las siete de la mañana. Pasaba la noche en pie, paseándose para entrar en calor, o sentándose junto a un buen fuego encendido cerca de una de las columnas más inmediatas a la puerta.

Todo ofrecía en la basílica la imagen de la muerte, más terrible aún por efecto de la devastación. Los panteones estaban abiertos; las sepulcrales losas, arrimadas .a las paredes; las estatuas rotas alfombraban el pavimento de la iglesia; aquí J. allí sepulcros destrozados hablan vomitado sus muertos de que no debían dar cuenta hasta el día del juicio final. Todo, en fin, inducía el espíritu del hombre, si era superior, a la meditación; si débil, al terror.

Por fortuna, el guardián no era espíritu, sino materia organizada, Miraba todos aquellos destrozos y ruinas, lo mismo que hubiera podido contemplar la tala de un bosque o la siega de un campo; y sólo atendía a contar las horas de la noche al oír la voz monótona del reloj, única cosa que había quedado viva en la desolada basílica.

En el preciso instante en que daban las doce, y cuando vibraba el último martillazo entre las sombrías profundidades de la iglesia, el guardián oyó algunos gritos terribles en el cementerio. Eran gritos de socorro, prolongadas quejas, dolorosas lamentaciones.

Pasado el primer momento de sorpresa, armóse de un azadón y se adelantó hacia la puerta que comunicaba con la iglesia y el cementerio; pero, una vez abierta, reconociendo que los gritos salían de la huesa de los reyes, no se, atrevió a pasar, volvió a cerrar la puerta y corrió a mi cuarto, a despertarme.

Me negué de pronto a creer en aquellos clamores que, según él, salían del osario real; pero como mi casa estaba precisamente delante de la iglesia, el guardián abrió la ventana, y, en medio del silencio turbado sólo por el rumor de la nocturna brisa, creí efectivamente oír prolongados gemidos que -no me parecieron solamente rumores del viento.

Levantéme, pues, y acompañé al guardián hasta la iglesia. Llegados allí y cerrada la puerta tras de nosotros, oímos más distintamente los gemidos de que me había hablado. Era tanto más fácil distinguir de donde partían, cuanto que la puerta del cementerio, mal cerrada por el guardián, se había vuelto a abrir después de haber éste partido. No cabía ninguna duda de que los gritos procedían efectivamente del cementerio.

Encendimos dos antorchas y nos encaminamos hacia la puerta; pero por tres veces, al acercarnos a la puerta, nos las apagó la corriente de aire que de fuera a dentro se había establecido. Comprendí que era como uno de esos pasos estrechos difíciles de franquear, y que, así que estuviésemos en el cementerio, no tendríamos ya que sostener la misma lucha. Hice por lo tanto encender, a más de las antorchas, una linterna. Nuestras antorchas se apagaron de nuevo, pero la linterna no. Franqueamos el estrecho y, ya dentro del cementerio, volvimos a encender las antorchas que el viento respetó.

Sin embargo, a medida que nos acercábamos, habían ido amortiguándose los clamores, y cuando llegamos al borde de la huesa apenas se oían ya.

Sacudimos nuestras antorchas por encima de la vasta abertura, y, en medio de los esqueletos, sobre aquella capa de cal y de tierra que cubría el osario vimos algo informe que se agitaba.

Este algo parecía un hombre.

-¿Qué tenéis y qué queréis?, pregunté yo a aquella especie de sombra.

-¡Ay de mí!, murmuró una voz. Soy el miserable que ha dado un bofetón a Enrique IV.

-Pero, ¿cómo estás ahí?, pregunté.

-Sacadme cuanto antes de aquí, señor Lenoir, y os lo contaré después todo.

Desde que el guardián de los muertos se hubo convencido de que tenía que habérselas con un vivo, el terror que se apoderara de él había desaparecido; se encaminó a buscar una escalera tendida poco más allá sobre la hierba del cementerio y la mantuvo en pie, aguardando mis órdenes.

Le mandé que bajara la escalera a la huesa e invité al trabajador a que subiese. Arrastróse en efecto este último hasta el pie de la escalera; pero, llegado allí, cuando fue preciso ponerse en pie y subir los escalones, advirtió que tenía una pierna y un brazo rotos.

Arrojámosle entonces una cuerda con un nudo corredizo, y pasóse esta cuerda por debajo de los brazos. Cogí uno de los cabos; bajó el guardián algunos escalones, y gracias a este

doble sostén, conseguimos sacar a aquel vivo de entre la compañía de los muertos.

Apenas se halló fuera de la huesa, se desmayó.

Nos lo llevamos junto al hogar; le acostamos sobre un lecho de paja, Y envié al guardián en busca de un cirujano.

No tardó aquél en regresar acompañado del doctor, y aún antes que el herido hubiese vuelto en sí. Sólo en el acto de la operación abrió los ojos.

Efectuada la cura, di gracias al cirujano, y como deseaba saber por qué extraña circunstancia el profanador se encontraba en la huesa real, despedí también al guardián. Este no quería otra cosa que irse a acostar después de las emociones de una noche como aquella. Quedé, por consiguiente, a solas con mí trabajador. Sentéme en una piedra cerca de la. paja donde éste yacía y frente al hogar, cuya trémula llama iluminaba la parte de la iglesia donde nos hallábamos, dejando todas las profundidades en una obscuridad tanto más densa, cuanto mayor era la claridad en donde nos encontrábamos nosotros,

Interrogué entonces al herido y he aquí lo que me contó:

El despido le había inquietado poco. Tenía dinero en su bolsillo, y hasta entonces había visto que de nada se carece con dinero.

Con que, se había ido a la taberna, donde comenzó por pedir una botella, pero al tercer vaso vio entrar al huésped. -¿Acabaréis pronto?, le había preguntado éste.

-¿A qué viene esa pregunta?, había contestado el trabajador.

-Porque he oído decir que eres tú el que has dado un bofetón a Enrique IV.

-¡Pues bien, sí, yo soy!, había contestado descaradamente el trabajador. ¿V qué?

-¡Cómo y qué!... Que no quiero dar de beber a un bribón como tú que atraería la maldición sobre mi casa.

-¡ Tu casa!..., tu casa es la casa de todo el mundo, y desde el momento que paga está uno en su casa.

pero tú no pagarás. -¿Y por qué?

-Porque no quiero tu dinero; y como tú no pagarás, no estarás en tu casa sino en la mía; y como estarás en la mía, tendré el derecho de ponerte de patitas en la calle.

-Eso en el caso de que seas más hombre que yo.

-Es que si no basto yo solo, llamaré a mis mozos.

-¡Pues bien, llámalo sí! ¡ a ver!

El tabernero había llamado y tres mozos, prevenidos de antemano, habían entrado a su vez, armados de sendos garrotes: por muchos deseos, pues, que de resistirse tuviera, le había sido fuerza al trabajador retirarse sin decir palabra.

Entonces salió y andorreó algún tiempo por la villa, y, a la hora de la comida, hablase entrado en el figón al que acostumbraban ir a comer los trabajadores.

Acababa de engullir su sopa cuando entraron los compañeros que habían concluido ya su jornal.

Al reparar en él, detuviéronse todos en el umbral, y llamaron al huésped para decirle que si aquel hombre seguía yendo a comer allí, todos ellos dejarían de concurrir a su casa, del primero al último.

El huésped preguntó qué había hecho aquel hombre sobre el cual pesaba la reprobación general. Contestáronle que era el que había dado un bofetón a Enrique IV.

-Entonces, ¡largo de aquí!, dijo el huésped avanzándose hacia él, ¡y ojalá se te convierta en veneno la comida!

Había aún menos posibilidad de resistirse en el figón que en la taberna. El trabajador maldito se levantó amenazando a sus camaradas, que le abrieron paso separándose, no a causa de sus amenazas, sino a causa de la profanación que había cometido.

Salió, con rabia en el corazón; anduvo errante buena parte de la noche por las calles de San Dionisio jurando y blasfemando. Luego, sobre las diez, se encaminó a su posada.

Contra la costumbre de la casa, estaban cerradas las puertas.

Llamó, y asomóse el posadero a la ventana; pero como la noche era muy oscura no pudo reconocer al que llamaba. -¿Quién va?, preguntó.

El trabajador dio su nombre.

-¡Ah!, dijo el posadero; ¿eres tú, tú el que has dado un bofetón a Enrique IV? Aguarda.

-¿Y qué tengo que aguardar?, dijo con impaciencia el trabajador.

Y al mismo tiempo un bulto cayó a sus pies.

¿Qué es eso?, preguntó el trabajador.

-Toma... lo tuyo.

-¿Cómo lo mío?

puedes ir a acostarte donde quieras. No quiero la maldición en mi casa.

Furioso el trabajador cogió una piedra y la tiró contra la puerta.

-Aguárdate, dijo el posadero, voy a despertar a tus camaradas y verás la que te espera.

Comprendió el trabajador que nada bueno podía esperar. Retiróse, y encontrando a cien pasos de allí una puerta abierta, entró en un cobertizo, donde había un montón de paja; tendióse en ella y al poco rato quedó dormido. A las doce menos cuarto parecióle que alguien le tocaba el hombro .

Despertó y vio ante él una forma blanca que tenía el aspecto de una mujer y que le hacía señas para que la siguiera. Creyó que seria alguna de aquellas infelices que siempre tienen posada que ofrecer al que puede pagar la posada, y como tenía dinero y prefería pasar la noche a cubierto y en una cama antes que pasarla en un cobertizo y acostado sobre paja, se levantó y Siguió a la mujer.

Esta dirigióse por la acera izquierda de la Grande-Rue, atravesó la calle, y tomó por la derecha, introduciéndose en un callejón y no cesando de indicar al trabajador que le siguiese.

El hombre, acostumbrado a aquel manejo nocturno y conociendo por experiencia las calles donde acostumbran a vivir las mujeres del género de la que seguía, no vaciló un instante y penetró tras de ella en el callejón.

El callejón aquel daba a la campiña; creyó el trabajador que vivía aquella mujer en una casa aislada, y continuó sien pasos atravesaron una brecha, pero de pronto, vio ante sí la antigua abadía de San Dionisio con su gigantesco campanario y sus ventanas ligeramente teñidas por la luz del hogar interior, junto al cual velaba el guardián.

Buscó con los ojos a la mujer; ésta había ya desaparecido. Tendió la visto a su alrededor y se encontró en el cementerio.

Entonces quiso volver a pasar por la brecha.

Pero sobre la brecha, de pie, sombrío, amenazador, el brazo

extendido hacia él, le pareció ver el espectro de Enrique IV. El espectro dio un paso hacia adelante y el trabajador otro hacia atrás.

Al cuarto o quinto faltó la tierra a sus pies y cayó de espaldas en el foso.

Entonces parecióle ver que se erguían a su alrededor todos aquellos reyes, predecesores y descendientes de Enrique IV; entonces le pareció que levantaban sobre él los otros, gritando: ¡Maldición al sacrílego! Entonces le pareció que al contacto de aquellos cetros pesados como plomo, ardientes como fuego, sus miembros se despedazaban.

En aquel instante daban las doce y oyó los lamentos el guardián.

Hice cuanto me fue posible para tranquilizar a aquel infeliz; pero había perdido completamente la razón, y, después de un delirio de tres días, murió gritando: ¡Perdón!

-Dispensadme, dijo el doctor, pero no acabo de comprender la consecuencia de vuestro relato. El accidente de vuestro trabajador prueba que, preocupada la imaginación con lo que le había acaecido durante el día, en estado de vigilia o en estado de sonambulismo, comenzó a andar errante por la noche; que, divagando a la ventura, entró en el cementerio, y que mientras miraba al cielo en lugar de mirar a sus pies, cayó en la huesa donde naturalmente y a consecuencia de su caída se rompió un brazo y una pierna. Ahora bien, vos nos habéis hablado de una predicción realizada, y no veo en todo ello la menor sombra de predicción.

-Aguardad, doctor, dijo el caballero; la historia que acabo de contar y que, realmente, no es más que un hecho, conduce directamente a esa predicción que voy a narrar y que es un misterio.

Es la siguiente:

El 20 de enero de 1794, después de la demolición del sepulcro de Francisco I, abrióse la tumba de la condesa de Flandes, hija de Felipe el Largo.

Estos dos sepulcros eran los últimos que quedaban por registrar, pues todos los panteones estaban abiertos, todas las tumbas vacías y todos los esqueletos habían sido arrojados al osario.

Sólo una sepultura faltaba encontrar, la del cardenal de Retz, que, según se decía, había sido enterrado en San Dionisio.



Habían vuelto a cerrarse todos los panteones, o casi todos: el de los Valois, y el de los Carlovingios. No quedaba abierto más que el de los Borbones, que debía cerrarse al siguiente día.

Pasaba el guardián su última moche en la iglesia donde nada tenía ya que guardar, y se aprovechaba del permiso de poder dormir.

A media noche, fue despertado por el sonido del órgano y de los cantos religiosos.

Se frotó los ojos, y volvió la cabeza hacia el coro, es decir, hacia el lado de donde partían los cantos.

Entonces vio con el mayor asombro las gradas del coro ocupadas por los religiosos de San Dionisio; a un arzobispo celebrando en el altar; la capilla-ardiente, iluminada; y bajo la capilla-ardiente el gran paño de oro mortuorio que no acostumbra a servir más que para cubrir los cadáveres reales.

Cuando el guardián despertó, había terminado ya la misa y empezaba la ceremonia del entierro.

El cetro y la corona, colocados sobre un almohadón de terciopelo rojo, fueron entregados a los heraldos que los presentaron a tres príncipes.

En seguida, más bien deslizándose que andando, y sin que el ruido de sus pasos despertara el menor eco bajo las bóvedas, adelantáronse los gentilhombres de cámara, que, tomando el cuerpo, do llevaron al panteón de los Borbones, el único que había quedado abierto, pues, según he dicho, habíanse ya cerrado los otros.

Entonces bajó el rey d armas al panteón, y una vez allí llamó a los heraldo para que fueran cada uno a llenar su cometido.

El rey de armas y los heraldos eran en número de cinco. Desde el fondo del panteón, el rey de armas llamó al primer heraldo, que bajó llevando las espuelats.

En seguida al segundo, que bajó con las manoplas. Después al tercero, con el escudo.

Después al cuarto, con el yelmo coronado. Por fin al quinto, llevando la cota de malla. En seguida llamó al primer escudero trinchante, que llevó

el estandarte; a los capitanes de los suizos, de los arqueros de la guardia y de los doscientos gentilhombres de palacio, al escudero mayor, que llevó la espada real; al primer chambelán, con la bandera de Francia; al mayordomo mayor ante el cual pasaron todos los demás mayordomos, arrojando sus bastones blancos en el panteón y saludando a los tres príncipes portadores de la corona y del cetro, a medida que iban desfilando; a los tres príncipes, que llevaron a su vez el cetro y la corona.

Entonces el rey de armas gritó en voz alta y por tres veces:

"E1 rey ha muerto; ¡viva el rey !

"El rey ha muerto; ¡ viva el rey!

"El rey ha muerto; ¡ viva el rey!"

Un heraldo que había permanecido en el coro, repitió el triple grito.

En fin, el mayordomo mayor rompió su vara en señal de que la casa real estaba rota.

Luego sonaron las trompetas y despertó el órgano .

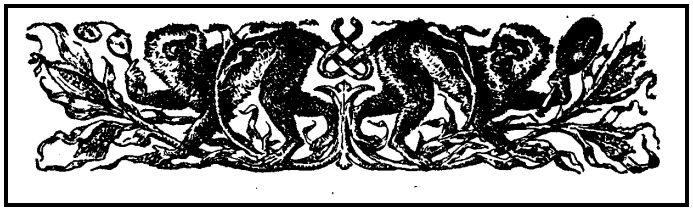
Después, a medida que las trompetas sonaban cada vez más débilmente, y que el órgano gemía cada vez más bajo, las llamas de los cirios palidecieron, los cuerpos de los concurrentes se borraron, y al último gemido del órgano, al último son de la trompeta, todo desapareció.

AI siguiente día, el guardián, anegado en lágrimas, contó el entierro que había visto y al cual sólo él, pobre diablo, había asistido,, prediciendo que aquellos mutilados sepulcros volver colocados en su lugar, y que, no obstante los decretos de la Convención y la obra de la guillotina, Francia vería una nueva monarquía y San Dionisio nuevos reyes. Por semejante predicción prendieron y estuvieron apunto de matar al pobre diablo, que, treinta años después, es decir, el 20 de septiembre de 1824, tras de la misma columna donde tuvo su visión, me decía, tirándome de un faldón del frac.

-¡Y bien!, señor Lenoir, ¿me engañaba cuando os decía que volverían un día nuestros pobres reyes a San Dionisio?

En efecto, aquel día enterraban a Luis XVIII con el mismo ceremonial que viera practicar el guardián de las tumbas treinta años antes.

-Explicad esto, doctor.



X
El Panadero

Calló el doctor, ya porque se daba por vencido, ya por parecerle difícil ,(esto era lo más probable), negar lo que decía una persona como el caballero Lenoir.

El silencio del doctor dejaba el campo libre a los comentadores; el abate Moulle fue el primero en romper el silencio.

-Todo eso, dijo, confirma mi sistema.

-¿Y cuál es vuestro sistema?, preguntó el doctor, regocijado de emprender la polémica con campeones menos rudos que el señor Ledrú y el caballero Lenoir.

-Que vivimos entre dos mundos invisibles, poblado el uno de espíritus infernales y de espíritus celestes el otro; que a la hora de nuestro nacimiento, dos genios, uno bueno y otro malo, vienen a colocarse a nuestro lado, nos acompañan, toda nuestra vida, inspirándonos uno el bien y otro el mal, y apoderándose de nosotros el que triunfa a la hora de nuestra muerte. Así, nuestro cuerpo llega a ser presa de un demonio o morada de un ángel, En la pobre Angelíta el buen genio había triunfado, v os decía adiós, Ledrú, por los magos labios de la joven mártir; en el bandido condena por el magistrado escocés, el demonio había quedado dueño del sitio, y se presentaba sucesivamente al juez bajo la forma de un gato, con el traje de un alguacil o con la apariencia de un esqueleto; en fin, en el último caso, el ángel de la monarquía venga en el sacrílego la terrible profanación de los sepulcros, como Cristo manifestándose a los humildes, muestra la futura restauración del trono al pobre guardián de las tumban, y esto con tanta pompa como si la fantástica ceremonia tuviese por testigos los futuros dignatarios de la corte de Luis XVIII.

-Pero en fin, señor abate, dijo el doctor, todo sistema está fundado en una convicción.

-Sin duda.

-Y para que ésta sea real, es preciso que se apoye en un hecho.

-En un hecho se apoya la mía.

-¿En un hecho que os ha sido contado por alguien en quien tenéis plena confianza?

-En un hecho que me ha ocurrido a mí mismo. -Contadnoslo, señor. abate.

-Con mucho gusto. Nací en aquella parte de la herencia de nuestros antiguos reyes, llamada hoy departamento de l'Aisne, y que se llamaba en otro tiempo isla de Francia; mis padres habitaban una pequeña aldea situada en medio del bosque de Villers-Cotterets, llamada Fleury. Antes de mi nacimiento, habían tenido ya mis padres cinco hijos, tres varones y dos hembras; todos habían muerto. De ello resultó que al verse mi madre en cinta de mí, hizo voto de llevarme vestido de blanco casta la edad de siete altos, y mi padre prometió una peregrinación a Nuestra Señora de Liesse.

Dos votos semejantes no son raros en provincia, y tenían entre los dos una relación directa, puesto que el blanco es el color de la Virgen y que Nuestra Señora de Liesse es la misma Virgen María.

Desgraciadamente, mi padre murió durante el embarazo de mi madre; pero ésta, que era piadosa mujer, no desistió de cumplir en todo su rigor el doble voto. Así es que desde mi

nacimiento me vistieron de blanco de pies a cabeza, y tan pronto como se halló en disposición de andar, emprendió mi madre a pie, y según el voto prometido, la sagrada peregrinación. Por fortuna Nuestra Señora de Liesse estaba situada a quince o diez y seis leguas no más, de la aldea de Fleury; en tres jornadas, escasas, llegó mi madre a la capilla.

Allí hizo sus devociones y recibió de manos del cura una medalla de plata que colgó de mi cuello.

Gracias a ese doble voto, me vi exento de todos los accidentes de la niñez, y, cuando hube llegado a la edad de la razón, fuese resultado de la educación religiosa que recibiera, o bien influencia del amuleto, me sentí impulsado hacia el estado eclesiástico.

Después de haber cursado en el seminario de Soissons, me ordené en 1780 y fui enviado de vicario a Etampes. La casualidad hizo que fuera agregado a la iglesia de Etampes, que está bajo la advocación de Nuestra Señora.

Es esta iglesia uno de los maravillosos monumentos que la época romana ha legado a la Edad Media. Fundada por Roberto el Fuerte fue concluida en el siglo XII. Aún conserva en el día unos magníficos ventanales, que, en la época de su prosperidad, debían armonizar admirablemente con la pintura y el dorado que cubrían sus columnas y enriquecían sus capiteles.

Ya desde niño habla yo amado esas maravillosas eflorescencias de granito que la fe hizo brotar de la tierra en el espacio intermedio del siglo X al XVI para cubrir el suelo de Francia, la hija mayor de Roma, con un bosque de iglesias, y que cesó cuando murió la fe en los corazones, con el veneno de Lutero y de Calvino.

Cuando niño había jugado en las ruinas de San Juan de Soissons, y deleitádome contemplando los caprichos de todas aquellas molduras que parecen flores petrificadas; de suerte que cuando me hallé en Nuestra Señora de Etampes me consideré feliz al ver que la casualidad o por mejor decir la Providencia, me hubiese dado, pobre golondrina, semejante nido, triste alción, semejante buque.

Así es que mis más gratos momentos eran los que pasaba en la iglesia. No pretendo decir que fuese un sentimiento puramente religioso el que allí de detenía; no, era un sentimiento de bienestar que puede compararse al del pájaro cuando se le saca de la campana neumática para volverlo al espacio y a la libertad. Mi espacio era el que se extendía de la portada al ábside; mi libertad era soñar horas enteras de rodillas sobre una tumba o apoyado en una columna: ¿En qué soñaba:, no era ciertamente en argucias teológicas, no; sino en la lucha eterna del bien y del mal que tiraniza al hombre desde el día del pecado; en los hermosos ángeles de nevadas alas, o en los repugnantes demonios de rojas facciones, que, a cada rayo de sol, brillaban sobre los cristales, resplandecientes de fuego ce leste unos, y envueltos otros en las llamas del infierno.

En una palabra, mi habitación era Nuestra Señora;. allí vivía, allí pensaba, allí rezaba. Sólo iba a la casita que me destinaron, a comer y a dormir. Y aun muchas noches no dejaba yo mi hermosa y querida basílica hasta las doce o la una dadas.

Ya todos lo sabían. Cuando no estaba en casa estaba en la iglesia; iban a buscarme allí y allí me encontraban.

De los rumores del mundo, pocos llegaban hasta mí, encerrado como me hallaba en aquel santuario de religión y de poesía sobre todo.

Sin embargo, entre aquellos rumores uno había que a todos interesaba, grandes y pequeños, clérigos y seglares. Los alrededores de Etampes se veían asolados por las hazañas de un sucesor, o por mejor decir de un rival de Cartouche y de Poulailler, que, por su audacia, parecía seguir las huellas de sus predecesores.

Librodot

Llamaban a este bandido que todo lo devastaba, pero en particular las iglesias, el Panadero.

Lo que más atrajo mi atención en los hechos de aquel bandido, fue que su mujer, que vivía en un arrabal de Etampes, era una de mis más asiduas penitentes. Honrada y digna mujer para la que era un remordimiento la existencia criminal de su marido, y que, creyéndose responsable ante Dios como esposa, pasaba su vida rezando y confesándose, esperando atenuar con sus santas obras la impiedad del Panadero.

En cuanto a éste, acabo de deciroslo, era un bandido que no temía ni a Dios ni al diablo; según él, la sociedad estaba mal organizada y había sido enviado a la tierra para reformarla; pretendía restablecer el equilibrio en las fortunas, y no era más que el precursor de una secta que debía surgir el día menos pensado y predicar lo que él ponía en práctica, a saber, la comunidad de bienes.

Veinte veces fue arrestado y conducido a la cárcel; pero, casi siempre a la segunda 'o tercera noche hallaban vacío su calabozo; y como no podían darse cuenta de aquellas evasiones, decíase que había encontrado la yerba que corta el hierro.

Algo de extraordinario había en aquel hombre.

Confieso que sólo pensaba en él cuando su pobre mujer iba a confesarse conmigo, confiándome sus terrores y pidiéndome consejos.

Ya comprenderéis que, entonces, le aconsejaba emplear toda su influencia sobre su marido para llevarle a buen camino; pero la influencia de la pobre mujer era bien débil por cierto. No le quedaba otra cosa que el eterno recurso de gracia que abre para con el Señor la oración.

Acercábanse las fiestas de Pascua del año 1783. Era la noche del jueves al viernes santo. Durante el día del jueves había oído yo gran número de confesiones y hacia las ocho de la noche me había sentido en tal manera fatigado, que me dormí en el confesionario.

El sacristán me había visto dormido; pero conociendo mis costumbres y sabiendo que tenía en mi bolsillo una llave de la puerta de la iglesia, ni siquiera pensó en despertarme; lo que aquella noche me sucedía, me había sucedido ya cien veces.

Dormía, pues, cuando en mitad de mi sueño sentí resonar como un doble ruido.

La vibración del martillo de bronce dando las doce.

El rumor de unas pisadas sobre las baldosas.

Abrí los ojos y me disponía a salir del confesionario, cuando en el rayo de luz filtrado por la luna a través de los cristales de una de las ventanas, parecióme ver pasar un hombre.

Como aquel hombre andaba con precaución, mirando a su alrededor a cada paso, comprendí que no era el monacillo, ni el bedel, ni el chantre, ni alguno de los dependientes de la iglesia, sino. un intruso que allí se encontraba con dañada intención.

El nocturno visitador se encaminó hacia el coro. Paróse llegado allí y 'oí a los pocos instantes el seco ruido del eslabón al chocar con el pedernal; vi luego brillar chispas, encendióse un pedazo de yesca y no tardó una pajuela en ir a fijar su luz errante en el pábilo de uno de los cirios del altar.

A la luz de este cirio pude entonces distinguir fácilmente a un hombre de mediana estatura que llevaba colgados del cinto dos pistolas y un puñal, de rostro más bien sarcástico que terrible, y que, abarcando con una mirada investigadora toda la extensión de la circunferencia iluminada por' el cirio, pareció completamente tranquilizado con este examen.

Luego sacó de su bolsillo no un manojo de llaves, sino un manojo de ganzúas, y con ayuda de una de ellas abrió ;al sagrario, sacando primeramente el copón, magnífica copa de plata antigua, cincelada en tiempo de Enrique II, después un macizo viril que había sido regalado al pueblo por la reina María Antonieta, y en fin unas vinajeras de plata sobredorada.

Como esto era todo la que contenía el sagrario, volvióle. a cerrar cuidadosamente y se puso de rodillas para abrir una urna que había en la parte Inferior del altar.

Encerraba esta urna una Virgen de cera adornada con una corona de oro y de diamantes y cubierta con un vestido bordado de piedras preciosas.

A los cinco minutos la urna, de la cual, por otra ,parte; el ladrón hubiera podido romper las partecitas de cristal, se hallaba abierta como el sagrario con ayuda de una de las ganzúas, cuando, para impedir semejante robo, salí del confesionario y me adelanté hacia el altar.

El ruido que hice abriendo la puerta obligó al ladrón a volverse. Inclinóse hacia el lado en donde yo estaba y trató de sondear con su vista las lejanas sombras de la iglesia; pero el confesionario se hallaba fuera del alcance de la luz, de manera qué realmente no me vio hasta que entré en el círculo iluminado por la trémula llama del cirio.

Al ver a un hombre, el ladrón se apoyó en el altar, sacó una de las pistolas de su cinto y apuntó.

Pronto, empero, pudo convencerse, por mi hábito talar, de que yo no era más que un simple sacerdote inofensivo, sin más escudo que la fe, sin más arma que la palabra.

A pesar de su amenaza, adelantéme hasta las gradas del altar. Estaba yo plenamente convencido de que si disparaba, o fallaría la pistola o se desviaría la bala; tenía la mano sobre mi medalla y me sentía completamente protegido por el santo amor de la Virgen.

La tranquilidad del pobre vicario pareció hacer mella en el bandido.

-¿Qué queréis?, me dijo esforzándose en afectar tranquilidad.

-¿Eres el Panadero?, le pregunté.

-Y ¿quién, si no yo, se atrevería a entrar en una iglesia solo, como yo?

-Pobre pecador endurecido que te enorgulleces de tu crimen, le dije, ¿no comprendes que no apartándote de la senda que has emprendido, pierdes no solamente tu cuerpo sino también tu alma?

-¡Bah!, dijo, en cuanto a mi cuerpo, le he salvado ya tantas veces, que espero salvarle aún, y por lo que se refiere a mi alma...

-¿Y qué? ¡por lo que se refiere a tu alma!

-Es cosa que incumbe a mi mujer; mi mujer es santa por los dos y salvará mi alma con la suya.

-Tu mujer es, en efecto, una santa que, de fijo, moriría de dolor si cometías este crimen.

¡Hola! ¡hola!, ¿y creéis que morirá de dolor mi pobre mujer?

-Estoy seguro.

-¡Toma !, con que voy a enviudar, continuó el bandido, soltando una carcajada y extendiendo la mano hacia los vasos sagrados.

Pero yo subí al altar y le detuve.

-No, le dije, porque no cometerás semejante sacrilegio.

-¿Y quién me lo impedirá?

-Yo.

-¿Por la fuerza?

-No, por la persuasión. El Señor no ha enviado a la tierra sus ministros para que se valiesen de la fuerza, que es una cosa humana, sino de la persuasión, que es una virtud celeste. No, amigo mío, no cometerás semejante sacrilegio, y no lo digo por la iglesia que puede ciertamente comprar otros vasos sagrados, sino por ti, que no podrías purgar pecado tal.

-¡Toma! ¡toma!, ¿y creéis vos que sea este el primero?

-No; ya sé que es el décimo, el vigésimo, el trigésimo quizá, ¿pero qué importa? Hasta aquí tus ojos estuvieron cerrados y esta noche se abrirán. ¿No has oído decir nunca que existió un hombre llamado Saulo que guardaba las capas de los que apedrearon a San Esteban? Pues bien, ese hombre tenía los ojos cubiertos de escamas, según dice él mismo; un día, las escamas cayeron de sus ojos; vio, y fue después San Pablo. ¡Sí, San Pablo..., el grande, el ilustre San Pablo!

-¿Pero decidme, señor cura, San Pablo no fue ahorcado?

-¡Y bien!, ¿de qué le sirvió entonces ver?

-Le sirvió para convencerse de que a veces la salvación está en él suplicio. San Pablo ha dejado un nombre venerado en la tierra y goza de beatitud eterna en el cielo.

¿A qué edad consiguió ver San Pablo?

-A treinta y cinco años.

-He pasado ya la edad; tengo cuarenta.

-Siempre es tiempo de arrepentirse. Jesús decía en la cruz al mal ladrón: Una palabra de arrepentimiento y te salvo.

-¡Parece que aprecias mucho tu plata!

-No, lo que aprecio es tu alma, que quiero salvar.

-¡Mi alma! ¡Para el bobo que te crea!

-¿Quieres que te pruebe que lo que me interesa es tu alma?

-¿En cuánto estimas el robo que esta noche vas a cometer?

-¡Psé !... en mil escudos, exclamó el bandido mirando las vinajeras, el copón, el viril y el vestido de la Virgen.

-¿En mil escudos?

-Bien sé que vale el doble: pero será preciso perder al menos las dos terceras partes; ¡ esos diablos de judíos son tan ladrones!

-Ven a mi casa.

-¿A tu casa?

-Sí, sígueme. Tengo allí una suma de mil francos y te la entregaré a cuenta.

-¿Y los otros dos mil?

-Los otros dos mil, te prometo, a fe de sacerdote, que Iré a mi país; mi madre tiene algunos bienes, venderé tres o cuatro fanegas de tierra para reunir los otros dos mil francos, y te los daré.

-¡Sí, ya para darme una cita y hacerme caer en un lazo.

-Tú no crees en lo que dices, dije extendiendo hacia él la mano.

-¡Y bien b verdad es, no creo en ello, dijo con aire sombrío. ¿Pero tu madre, es rica?

-Mi madre es pobre.

-¿Entonces quedará arruinada?

-Cuando le habré dicho que al precio de su ruina he salvado un alma, me bendecirá. Por otra parte, si se queda sin . nada, vendrá a vivir conmigo, y nunca me faltará para los dos.

-Acepto, dijo. Vamos a tu habitación.

-Bueno, pero aguarda.

-¿Qué?

-Vuelve a guardar en el sagrario los objetos que has sacado, y ciérralos con llave, será un acto meritorio.

El bandido frunció las cejas como hombre a quien invade la fe a pesar suyo; volvió a colocar los sagrados vasos en el sagrario y lo cerró con el mayor cuidado.

-Vamos, dijo.

-Haz primero la señal de la cruz.

Trató dé soltar una carcajada burlona; pero la risa comenzada se interrumpió por sí sola.

Después, hizo la señal de la cruz.

-Y ahora, le dije, sígueme.

Salimos por la puerta pequeña, y no tardamos cinco minutos en estar en mi casa.

Durante el camino, por corto que fuese, parecía muy inquieto el bandido mirando a su alrededor y temiendo que no le hiciera yo caer en una emboscada.

Al llegar a mi casa, detúvose junto a la puerta.

-¿Y los mil francos?, me preguntó.

-Aguarda, respondí.

Encendí una bujía, abrí un armario y tomé un saquito.

-Ahí los tienes, le dije.

Y le entregué el saco.

-¿Y cuándo tendré los otros dos mil?

-Te pido seis semanas de plazo.

-Está bien; te concedo las seis semanas.

-¿A quién se los daré?

El bandido reflexionó un instante.

-A mi mujer, dijo.

-Bien está.

-Bajo el supuesto de que no ha de saber ni de dónde viene ese dinero, ni cómo lo he ganado.

-No lo sabrá ella, ni nadie. ¿Y me prometes tú a la vez no intentar jamás nada contra Nuestra Señora de Etampes ni contra otra cualquier iglesia bajo la advocación de la Virgen?

-Jamás.

-¿Bajo tu palabra?

-Lo juro.

-Vete, hermano, y no vuelvas a pecar.

Le saludé, haciéndole seña con la mano de que podía retirarse.

Pareció vacilar un momento; después abriendo la puerta con precaución, desapareció.

Yo entonces me arrodillé y rogué por aquel hombre.

No había aún concluido mi rezo, cuando oí llamar a la puerta.

-Adelante, dije sin volverme.

Alguien entró efectivamente, y viéndome rezar, detúvose y se quedó en pie detrás de mí.

Cuando hube terminado mi rezo, me volví y vi al Panadero inmóvil y en pie junto a la puerta, con su saquito debajo del brazo.

-Toma, me dijo, te devuelvo tus mil francos.

-¿Mis mil francos?

-Sí, y te perdono los otros dos mil.

-¿Y subsiste sin embargo la promesa que me has hecho?

-¡Bah!

-¿Te arrepientes?

-Yo no sé si me arrepiento o no; pero yo no quiero tu dinero, ya lo sabes.

Y depositó el saco sobre la mesa.

Después se paró como para pedirme algo, pero parecía que le costaba trabajo decirlo. Su mirada me interrogaba.

-¿Qué deseas?, le dije. Habla, amigo mío. Lo que acabas de hacer es una acción loable; no te avergüences de obrar mejor.

-¿Tienes gran devoción a la Virgen?, me preguntó.

-Muy grande.

-¿Y crees que por su intercesión un hombre, por culpado que sea, pueda salvarse a la hora de la muerte?

-Sí.

-Pues bien, en cambio de tus tres mil francos, cuyo pago te dispenso, dame alguna reliquia, algún escapulario, algún rosario que pueda besar en la hora de mi muerte.

Me quité la medalla y la cadena de oro que me pusiera al cuello mi madre el día de mi nacimiento, y que desde entonces no había abandonado, y se las dio al bandido.

Este besó la medalla y desapareció.

Un año transcurrió sin que oyera hablar del Panadero; sin duda había abandonado a Etampes para ir a ejercer en otro punto sus hazañas.

Recibí un día una carta de mi colega el vicario de Fleury. Decíame que mi madre estaba muy enferma y deseaba verme. Obtuve una licencia y partí.

Seis semanas o dos meses de solícitos cuidados y oraciones devolviéronle a mi madre la salud. Nos separamos, alegre yo, restablecida ella, y volvime a Etampes.

Llegué un viernes por la noche, y encontré agitada toda la población. El famoso ladrón, el Panadero, había sido arrestado en Orleans, y juzgado por el consejo de la villa, que, después de condenarle, le había enviado a Etampes para ser ahorcado allí, puesto que los alrededores de aquella población habían sido el principal teatro de sus hazañas.

La ejecución se había efectuado durante aquella misma mañana.

Esto fue la que supe en la calle; pero al llegar a casa supe más: supe que una mujer del pueblo había ido desde el día anterior por la mañana (es decir, desde el momento en que había llegado el Panadero a Etampes para sufrir su suplicio), a informarse más (le diez veces si yo estaba de regreso.

Semejante insistencia no era extraña por cierto. Habla escrito anunciando mi próxima llegada y me aguardaban de un instante a otro.

No conocía de la clase baja más que a la pobre mujer que había quedado viuda: Resolví dirigirme a su casa sin pérdida de momento.

De mi casa al barrio de los pobres, no había más que un paso.

Bien es verdad que daban las diez de la noche; pero yo pensé que puesto que el deseo de verme era tan ardiente, a la pobre mujer no la molestaría mi visita.

Bajé, pues, al arrabal e hice que me indicaran su casa.

Como todos la tenían por una santa, nadie le echaba en cara el crimen de su marido, ni su deshonra.

Llegué a la puerta. El ventanillo estaba abierto y pude ver a través del vidrio a la pobre mujer arrodillada y rezando al pie de la cama.

En el movimiento de sus hombros podía conocerse qué sollozaba rezando.

Llamé a la puerta.

Levantóse y acudió precipitadamente a abrir.

-¡Ah, señor cura!, exclamó, el corazón me lo decía; cuando habéis llamado, he comprendido que erais vos. ¡Ay de mí! Llegáis tarde; mi marido ha muerto sin confesión.

-¿Ha muerto sin arrepentirse?

-No, muy al contrario; segura estoy de que en fondo de su corazón era cristiano, pero había declarado que no quería otro sacerdote lino vos, que con nadie se confesaría más que con vos, y que si con vos no se confesaba, se confesaría con la Virgen.

-¿Esto os ha dicho?

-Sí, y. al decírmelo besaba una medalla prendida de su cuello con una cadena de oro, recomendando sobre todo que no se le quitara aquella medalla y afirmando que si con ella se le enterraba, el demonio no tendría poder alguno sobre su cuerpo.

-¿Y no ha dicho más?

-Al dejarme para ir al cadalso, me indicó que llegaríais esta tarde y que vendríais a verme tan pronto como llegaseis; por esto os esperaba yo.

-¿Esto ha dicho?, exclamé con asombro.

-Sí, y me ha encargado que os dijera...

-¿A mí?

A vos,.. que a la hora que llegaseis... os rogara...

-¡Dios mío, jamás me atreveré a decir semejante cosa; sería tan penoso para vos!

-Decid, buena mujer, decid.

-¡Pues bien!, encargóme que os rogara que fuéseis a la horca y allí, junto a su cuerpo, dijeseis, en provecho de su alma, cinco Padre-nuestros y cinco Ave-marías. Ha añadido también, señor cura, que no os negaríais a ello.

-Y ha tenido razón, porque voy a ir.

-¡Oh! ¡ Cuán bueno sois!

La pobre mujer me tomó las manos y quiso besarlas. Yo me desasí.

-Vamos, buena mujer, le dije; ¡ánimo!

-Dios me da el suficiente, señor cura, no me quejo.

-¿No ha pedido más?

-Nada más.

-Bien está. Si basta cumplir semejante deseo para el reposo de su alma, lo obtendrá.

Y dicho esto salí.

Eran las diez y media poco más o menos. Estábamos a últimos de abril y el cierzo era frío todavía. Pero el cielo estaba hermoso, hermoso sobre todo para un pintor; rodaba la luna por un mar de sombrías olas que daban grandioso carácter al horizonte.

Di la vuelta a las vetustas murallas de la villa y llegué a la puerta de París, la única que quedaba abierta en Etampes después de las once de la noche.

El fin de mi excursión era una explanada que, hoy como entonces, domina la villa toda; sólo que en el día no quedan

más huellas de la horca; que se elevaba entonces en mitad de la explanada, que tres fragmentos de albañilería que asegura Dan los tres postes unidos entre si por dos maderos y formaban el patíbulo.

Para llegar a esa explanada situada a izquierda del camino cuando se va de Etampes a París, era preciso pasar por junto a la torre de Guinette, fortaleza avanzada que parece un centinela colocado aisladamente en la llanura para guardar la población.

Esa torre que vos debéis haber visto, caballero Lenoir, y que Luis XI trató de derribar en otra época sin conseguirlo, quedó destruida por la explosión y parecía mirar la horca, de la cual sólo veía una parte, con la negra órbita de un gran ojo sin pupila.

De día, es la morada de los cuervos, de noche es el palacio de los mochuelos y de los búhos.

Perseguido por sus gritos y chillidos tomé el camino de la explanada, camino estrecho, difícil, escabroso, cortado en la toca y abierto a través de la maleza.

No diré que tuviese miedo. El hombre que cree en Dios, y en él confía, nada debe temer; pero estaba conmovido.

No se ola más que el monótono tic-tac del molino del arrabal, el grito de los búhos y mochuelos y el silbido del viento al introducirse por entre la maleza.

La luna penetraba en una nube negruzca cuyas extremidades bordaba con plateada franja. En breve se ocultó.

Mi corazón latía con violencia. Parecíame que Iba a ver, no lo que había Ido a ver, sino algo inesperado.

Iba en tanto prosiguiendo mi camino y al llegar a cierto punto de la cuesta comencé a distinguir el cabo superior de la horca compuesto de los tres postes y del doble travesaño de encina de que os he hablado ya.

De estos travesaños de encina penden las cruces de hierro en las cuales colocaban a los condenados.

Distinguía como una móvil sombra el cuerpo del infeliz Panadero que balanceaba el viento en el espacio.

De pronto me detuve. Era que al distinguir completamente la horca, desde su extremidad superior a su base, distinguí también una masa informe que parecía un animal de cuatro patas y que se movía.

Paréme y me acurruqué detrás de una roca. Era el animal aquel mayor que un perro y más grueso que un lobo.

Levantóse repentinamente sobre las patas posteriores, y fuéme fácil entonces reconocer que no era otro que el que Platón llama bípedo sin plumas un hombre.

¿Qué podía hacer a semejante hora un hombre al pie de la horca, a menos que no fuera un alma religiosa que iba a rezar o un alma irreligiosa que iba a cometer un sacrilegio? Resolvíme en todo caso a mantenerme quieto y observar. Precisamente en aquel instante salía la luna de entre las nubes, dando de lleno sobre la horca. Alcé la vista.

Pude entonces ver distintamente no sólo al hombre, sino todos los movimientos que hacía.

Aquel hombre levantó una escalera tendida en el suelo, la apoyó en uno de los postes más cercanos al cadáver, y subió por ella.

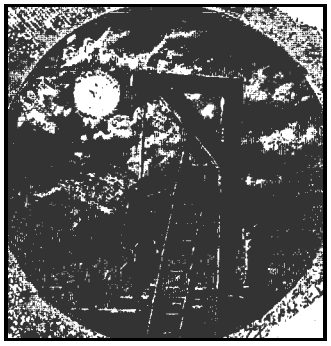
Después formó con el ahorcado un grupo extraño, en el cual muerto y vivo parecieron confundirse en un abrazo.

De improviso, resonó un gritó terrible. Vi agitarse los dos cuerpos, oí pedir socorro , con voz ahogada que 'pronto se extinguió; luego, uno de los dos cuerpos se desprendió de la horca, en tanto que el otro quedaba pendiente de la cuerda agitando sus piernas y sus brazos.

Imposible me era adivinar lo que en la infame máquina ocurría; pero en fin, obra del hombre o del demonio, algo extraordinario acababa de suceder, algo que necesitaba pronto auxilio, que reclamaba pronto socorro.

Precipitéme entonces. A mi vista el ahorcado pareció redoblar su agitación, mientras que, debajo de él, yacía inmóvil el cuerpo que se descolgara de la horca.

Acudí primeramente al vivo. Subí precipitadamente la escalera y con mi cortaplumas corté la cuerda; e .ahorcado cayó al suelo, y de un salto estuve yo a su lado.



Se retorcía presa de horribles convulsiones; el otro cadáver manteníase siempre inmóvil. Comprendí que el nudo corredizo seguía apretando el cuello del pobre diablo. Me incliné para librarle de él, y a duras penas logré deshacer el nudo que le estrangulaba.

Durante esta operación que me obligaba a mirar a aquel hombre cara a cara, reconocí con asombro que era el verdugo.

Tenía los ojos fuera de sus órbitas, el rostro cárdeno, la boca torcida; y un resuello, parecido a estertor, se escapaba de su pecho.

Pero lentamente recobró la vida.

Habíale recostado junto a una gran piedra; al cabo de un instante pareció recobrar sus sentidos, tosió, volvió la cabeza al toser y acabó por mirarme fijamente.

Su asombro no fue mayor de lo que había sido el mío.

-¡Oh, oh!, señor cura, dijo, ¿sois vos'?

-Sí, yo mismo.

-¿Y qué venís a hacer aquí?

-¿Y vos?

Pareció coordinar sus ideas. Miró otra, vez en torno; pero esta vez detuviéronse sus ojos en el cadáver.

¡Ah! dijo tratando de levantarse; vámonos, señor cura, vámonos de aquí en nombre del cielo.

-Idos, si vos queréis, le contesté. A mí me toca cumplir un deber.

-¿Aquí?

-Aquí.

-¿Y cuál es?

-Ese desgraciado a quien hoy habéis ahorcado, encargó que viniera yo a decir al pie de la horca cinco Padre-nuestros y cinco Ave-Marías por la salvación de su alma.

-¿Por la salvación de su alma? ¡Ay, señor cura!, trabajo tendréis para salvarle; es Satanás en persona.

-¡Cómo, Satanás en persona!

-Sin duda; ¿no acabáis de ver lo que me ha hecho?

-¡Cómo es eso! ¿Qué os ha hecho, pues?

-Me ha ahorcado.

-¿Os ha ahorcado? A mí me parecía, por el contrario que erais vos quien le había prestado tan triste servicio.

-Sí, a fe mía, y creía haberle ahorcado que no había más que pedir. Parece sin embargo que me engañé. Pero, ¿cómo no ha sabido aprovechar el momento en que yo estaba colgado a mi vez para escaparse?

Acerquéme al cadáver y lo levanté; estaba rígido y frío.

-Porque está muerto, le dije.

-¡Muerto!, repitió el verdugo. ¡Muerto! ¡ah, diablo!, peor es entonces. ¡Huyamos, señor cura, huyamos!

Y se levantó.

-Amigo mío, dije al ejecutor mirándole fijamente, aquí hay algún misterio. Hace poco me preguntábais qué venía a hacer aquí. A mi vez os pregunto ¿qué es lo que ha dirigido aquí vuestros pasos?

-El caso es, señor cura, el caso es que vale más decíroslo ahora, pues al fin y al cabo tendría que acabar por decíroslo en confesión. Pero aguardad...

Y se echó hacia atrás.

-¿Se mueve?

-No, tranquilizaos; bien muerto está el infeliz.

-i Bien muerto!... ¡bien muerto!.. No importa. Voy á deciros a qué he venido, ¡y si miento!... si miento, él me desmentirá.

Decid.

-Ese hereje no ha querido oír hablar de confesión; sólo preguntaba de vez en cuando:

-¿Ha llegado el abate Moulle? Cuando le decíamos: Todavía no, exhalaba un suspiro. Entonces le ofrecíamos ir a buscar un sacerdote y él decía: No, el abate Moulle o ninguno.

-Sí, lo sé.

Al pasar por el pie de la torre de Guinette, se detuvo. Mirad, me dijo, si veis venir al abate Moulle.

-No, le dije.

Y volvimos a proseguir nuestro camino. Al pie de la escalera se volvió aparar.

-¿No viene el abate Moulle?, preguntó.

-¿No os he dicho que no?

-No hay cosa peor que un hombre que os repite siempre lo mismo.

-Vamos, pues.

Le pasé la cuerda al cuello, le puse los pies en la escalera y le dije:

-Sube.

Subió sin hacerse de rogar, pero cuando hubo llegado a mitad de la escalera:

-Aguarda, me dijo; espera a que me cerciore de si viene el abate Moulle.

-Bueno. Esto no está prohibido.

Entonces miró por última vez entre la multitud; pero no viéndoos exhaló un suspiro.

Creí que estaba ya determinado y que no había más que empujarle; pero él vio mi movimiento.

-Aguarda, repitió.

-¿Qué hay ahora?

-Quiero besar una medalla de la Virgen que llevo colgada del cuello.

-¡Ah! le contesté, es justo. Bésala.

Y yo mismo le acerqué a los labios la medalla.

-¿Qué más? le pregunté.

-Quiero ser enterrado con esta medalla.

-¡Hum! ¡hum! me parece, dije yo, que todo lo del ahorcado pertenece al verdugo.

-Eso a mí no me importa; pero quiero ser enterrado con mi medalla.

-¡Quero! ¡ quiero! ¡ vaya qué tono!

-Pues lo quiero, ¡ea! me repitió. Acabóseme la paciencia; estaba pronto así como así, la cuerda ceñía su cuello y el otro cabo colgaba del garfio.

-Vete al diablo, le dije. Y lo arrojé al espacio.

-Virgen mía, tened piedad...

Esto fue todo lo que pudo decir: la cuerda ahogó a un mismo tiempo al hombre y la frase.

En seguida, ya sabéis cómo van las cosas, en seguida empuñé la cuerda, salté sobre sus hombros, y ¡han! ¡han! todo se concluyó. No ha tenido que quejarse de mí, porque os juro que no ha sufrido pizca.

Pero todo eso, le dije, no me dice por qué has venido aquí esta noche.

-¡Oh! Esto es lo más difícil de contar.

-Pues bien, voy a decírtelo. Has venido a robarle su medalla.

-Y bien, sí, el demonio me ha tentado. Me he dicho: ¡bueno! ¡bueno! tú quieres; esto es fácil de decir, pero cuando venga la noche¡ ya veremos! Así es que al anochecer, he salido de casa; había ya dejado la escalera en sitio donde fácilmente pudiera encontrarla. He dado un paseo; he venido por el camino más largo, y cuando he visto que no había nadie en la explanada, cuando ya no he oído el menor rumor, heme acercado a la horca, he apoyado mi escalera, he subido, he atraído hacia mí el ahorcado, le he despojado de su cadena, y...

-¿Y qué?

-Y... creedme, a fe mía, en el momento en que le quité la medalla, el ahorcado me ha cogido, ha retirado su cadena del nudo corredizo, ha puesto mi cabeza en lugar de la suya, y a su vez me ha empujado como yo le había empujado a él por la mañana. Lo cuento como ha sucedido.

-¡Imposible! Os engañáis.

-¿Me habéis hallado colgado, sí o no?

-Sí.

Pues bien, yo os respondo que no soy yo quien me he ahorcado. Es cuanto puedo deciros.

Reflexioné un instante.

-Y la medalla, ¿dónde está?

A fe mía, buscadla en el suelo; no debe estar lejos, puesto que la he soltado al sentirme ahorcar.

Me levanté y registré el suelo. Un rayo de luna hería la medalla como para guiar mis pesquisas.

La recogí; fui al cadáver del pobre Panadero y se la puse al cuello.

En el momento en que tocó su pecho la medalla, algo como un estremecimiento recorrió todo su cuerpo y un grito agudo y casi doloroso salió de su pecho.

El verdugo dio un salto atrás.

Mi espíritu acababa de ser iluminado por aquel grito. Recordaba lo que las santas Escrituras decían acerca de los exorcismos, y del grito que lanzan los demonios al salir del cuerpo de los poseídos.

El verdugo temblaba como una hoja. -Acercaos, amigo mío, le dije, y nada :temáis.

Acercóse titubeando.

-¿Qué me queréis?

-Es preciso volver a colocar ese cadáver en su sitio.

-¿Para que vuelva a ahorcarme, eh? No hay tal.

-No hay peligro ninguno, amigo mío. Respondo de todo.

-¡Pero, señor cura! ¡señor cura!

-Venid, venid os digo.

El desdichado adelantó un paso más.

-¡ Hum!, murmuró, no me fío mucho.

-Y hacéis mal, amigo mío. Mientras cuelgue la medalla del cuerpo, nada tenéis que temer.

-¿Por qué?

-Porque ningún poder tendrá sobre él el demonio. Esa medalla le protegía, vos se la habéis quitado, y en el instante mismo el mal genio que le impulsara al mal y que había sido alejado por su buen ángel, ha vuelto a entrar en el cuerpo y ya habéis visto cuál ha sido su obra.

-Entonces ese grito que acabamos de oír...

-Es el que ha arrojado cuando ha sentido que le escapaba su presa.

-¡Toma!-dijo el verdugo, y en efecto, es cosa que podría muy bien ser.

-Y así es en verdad.

-Entonces, voy de nuevo a subirlo a la horca.

-Sí, preciso es que se cumpla la sentencia. El pobre diablo titubeaba todavía.

-No temáis nada, le dije; os respondo de todo.

-No importa, replicó el verdugo, no me perdáis de vista y acudid en mi socorro al menor grito.

-Tranquilizaos.

Acercóse al cadáver, levantólo suavemente por los hombros y le fue arrastrando hacia la escalera, hablándole al mismo tiempo

-No tengas miedo, Panadero, le decía, no temas; no es para quitarte tu medalla.

-¿No nos perdéis de vista, señor cura, verdad?

-No, amigo mío, no; tranquilizaos.

-No es para quitarte tu medalla, no, prosiguió el ejecutor con su más conciliador acento; puesto que así lo has deseado serás enterrado con ella

-¡Y es verdad que no se menea, señor cura!

-Ya lo veis.

-Sí, serás enterrado con la medalla y entre tanto te vuelvo a colocar en tu sitio según deseos del señor cura, pues lo que es por mi... ¡ya comprendes

-Si, sí, le dije sin poder retener la risa; pero vamos, acabad.

-A fe mía, ya está, dijo a los pocos momentos dejando el cuerpo que acababa de prender al garfio y saltando a tierra. Y el cuerpo se balanceó en el espacio, inmóvil e inanimado. Páseme de rodillas y empecé a rezar como deseaba el bandido.

-Señor cura dijo el verdugo arrodillándose junto a mí, ¿quisierais hacerme el obsequio de decir las oraciones en voz alta y poco a poco para que yo pudiese repetirlas?

-¡Cómo, desgraciado! ¿las has olvidado?

-Creo que nunca las he sabido.

Dije entonces los cinco Padre-nuestros y las cinco Ave-Marías que el verdugo repitió concienzudamente después de mi. Concluida la plegaria, me levanté.

-Panadero, dije en voz baja al reo, hice cuanto me ha sido posible para salvar tu alma y ahora a la Virgen venerada toca lo restante.

-Amén, dijo mi compañero.

En el momento mismo un rayo de luna iluminó el cadáver como una cascada de plata. Las doce daban en Nuestra Señora.

-Vámonos. Ya nada tenemos que hacer aquí.

-Señor cura, díjome el pobre diablo, si fuerais tan bueno que me concedierais otro favor...

-¿Cuál?

-El de acompañarme hasta mi casa; mientras no medie entre ambos la puerta no estaré tranquilo.

-Vamos, amigo mío.

Dejamos la explanada no sin que mi compañero se volviera de vez en cuando, a ver si estaba efectivamente en su lugar el ahorcado.

Nada se movió.

Entramos en la villa. Acompañé a mi hombre hasta su casa. Aguardé a que encendiera luz; después despidióse de mi, cerró la puerta y me dio las gracias. Yo me encaminé a mi habitación, perfectamente tranquilo de cuerpo y de espíritu.

día siguiente, cuando desperté, me dijeron que la mujer del ladrón me aguardaba en el comedor.

Estaba serena y casi alegre.

-Señor cura, me dijo, vengo a daros gracias: mi marido se me apareció ayer cuando daban las doce en Nuestra Señora, y me dijo:

-Mañana por la mañana irás a encontrar al abate Moulle y le dirás que, gracias a él y la Virgen, he sido salvado.



XI
El brazalete de pelo

Mi querido abate, dijo Alliette, os profeso a vos la mayor estima y la mayor veneración a Cazotte: admito perfectamente la influencia de vuestros buenos y malos genios, pero hay una cosa que olvidáis y de la que soy vivo ejemplo: tal es que la muerte no mata la vida ; la muerte no es más que un modo de transformación del cuerpo humano, la muerte mata la memoria y nada más. Si la memoria no muriera, cada cual se acordaría de todas las peregrinaciones de su alma, desde el principio del mundo hasta nosotros. En esto consiste la piedra filosofal y éste es el secreto que encontró Pitágoras, y que han hallado también el conde de san Germán y Cagliostro; secreto que yo poseo a mi vez y que hace que mi cuerpo morirá, como recuerdo positivamente que le ha sucedido ya cuatro o cinco veces, y aun, al decir que mi cuerpo morirá, me engaño: ciertos cuerpos hay que no mueren nunca y el mío es uno de ellos.

-Señor Aliette, dijo el doctor, ¿queréis de antemano concederme una autorización?

-¿Cuál?

-La de hacer abrir vuestra tumba un mes después de vuestra muerte.

-Un mes, dos, un año, diez años, cuando queráis, doctor; eso sí, tomad vuestras precauciones... porque el mal que hagáis a mi cadáver podría dañar al cuerpo en el que hubiese entrado mi alma.

-Con que, ¿creéis efectivamente en esa locura?

-¡Vaya si creo! Como que he visto...

-¿Y qué habéis visto? ¿a uno de esos muertos vivos?

-Sí.

Veamos, señor Alliette, puesto que cada cual ha contado su historia, contad también la vuestra`; curioso sería que fuese la más verosímil de todas.

-Verosímil o no, doctor, voy a contárosla tal como es. Iba yo de Estrasburgo a los baños de Louesche, ¿conocéis el camino, doctor?

-No; pero no importa; seguid.

-Iba yo, pues, de Estrasburgo a los baños de Louesche, y pasaba naturalmente por Bale, donde debía dejar la posta para tomar una calesa.

Al llegar a la posada de la Corona que me recomendaron mucho, lo primero que hice fue buscar una calesa, suplicando a mi huésped que se informará de si alguien, en la villa, se disponía a hacer el mismo camino que yo; en caso positivo, dile amplias facultades para proponer a la persona en cuestión mi compañía, que debía naturalmente hacer el camino, a la vez, más agradable y menos costoso.

Por la noche había encontrado ya mi huésped lo que yo deseaba. La mujer de un negociante de Bale que acababa de perder su hijo, de edad de tres meses, al cual criaba, había tenido, a consecuencia de esa desgracia, una enfermedad para cuya curación, se le ordenaron las aguas de Louesche: Era el primer hijo de aquella joven pareja, casados hacía tan sólo un año.

Mi huésped me: contó que había costado no poco decidir a la mujer a separarse de su marido. Quería absolutamente o quedarse en Bale o que su marido la acompañara a Louesche; pero por otra parte, exigiendo los baños el estado de su salud, mientras el estado de su

comercio exigía en Bale la presencia de su marido, se había decidido y partía conmigo a la mañana siguiente, acompañada de su doncella .

Un sacerdote católico, cura ecónomo de una aldehuela de aquellos alrededores, nos acompañaba y ocupaba el cuarto asiento en el coche.

Al siguiente día, a las ocho de la mañana, el carruaje fue e buscarme a la fonda; el sacerdote estaba ya en él; subí, y fuimos a recoger a la señora y a su camarera.

Del interior de la calesa asistimos a la despedida de ambos esposos; empezaría en su habitación, continuaría en el almacén y terminó en la calle. Sin duda la mujer tenía algún presentimiento, pues estaba inconsolable. Hubiérase dicho que en lugar de partir para un viaje de cincuenta leguas iba a dar la vuelta al mundo .

El marido parecía más tranquilo, pero aún así estaba más conmovido de lo que realmente convenía en semejante separación.

Partimos por fin.

Naturalmente, tanto el sacerdote como yo, habíamos cedido los dos mejores asientos de la calesa a las dos mujeres; nosotros íbamos junto a las ventanillas y ellas en el fondo.

Emprendimos el camino de Soleure y nos detuvimos por la noche en Mundischwyll. Durante todo el día nuestra compañera había estado desazonada, inquieta. Por la tarde, vio pasar un carruaje de regreso, y ya quería volver a tomar el camino de Bale. Su doncella, sin embargo, logró decidirla a continuar la ruta.

El día siguiente nos pusimos en camino, a eso de las nueve de la mañana. La jornada era corta, pues no contábamos pasar de Soleure.

Al anochecer y cuando empezábamos a distinguir la población, estremecióse la enferma.

-¡Ah! dijo, deteneos; corren tras de nosotros. Asomé la cabeza fuera de la portezuela.

-Os engañáis, señora, respondí, la carretera está completamente desierta.

-Es extraño, insistió. Oigo perfectamente el galope de un caballo.

Creí haber visto mal, y me incliné más todavía fuera de la portezuela.

-Nadie, señora, le dije.

Asomóse ella a su vez, y miró. Nadie; el camino estaba desierto.

-Me había equivocado, dijo recostándose en el fondo del carruaje; y cerró los ojos como mujer que quiere ensimismarse. Al día siguiente partimos a las cinco de la mañana, pues nos tocaba una jornada larga. Nuestro conductor quería ir a dormir a Berna. A la misma hora que la víspera, es decir, a eso de las cinco, nuestra compañera salió de la especie de soñoliencia en que había estado sumida, y extendiendo el brazo hacia el cochero.

-Conductor, dijo, deteneos; esta vez, estoy segura, correr hacia nosotros.

La señora se engaña, respondí ó el cochero. A nadie veo más que a los tres aldeanos que acaban de pasar y siguen tranquilamente su camino.

-Pero yo estoy oyendo el galopar de un caballo.

Tal era la convicción con que dijo estas palabras, que no pude resistir a la tentación de mirar.

Como el día anterior, el camino estaba absolutamente desierto.

-Es imposible, señora, respondí; no veo jinete alguno.

-¿Cómo puede ser que no veáis un jinete, cuando yo veo la sombra de un hombre y de un caballo?

Seguí con mis ojos la dirección de su mano y vi en efecto la sombra de un caballo y de un caballero; pero en vano busqué los cuerpos a que pertenecían aquellas sombras.

Hice notar tan extraño fenómeno al cura, que se persignó. Poco a poco la sombra fue debilitándose, llegó a hacerse por grados menos visible y se desvaneció por fin

Entramos en Berna.

Todos aquellos presagios parecían fatales para la pobre mujer; sin cesar decía que quería volverse y proseguía, sin embargo, su camino.

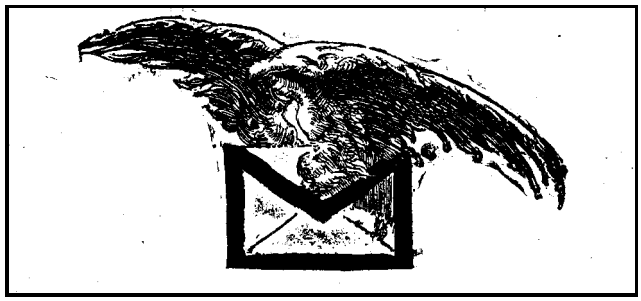
Fuese inquietud moral, fuese progreso natural de la enfermedad, al llegar a Thun se encontró tan afectada y débil la enferma, que le fue preciso continuar en litera su camino. De este modo atravesó Kander-Thal y Gemmi. Al llegar a Louesche declarósele una erisipela, y durante más de un mes estuvo sorda y ciega.

Por lo demás no la habían engañado sus presentimientos, pues apenas había hecho veinte leguas, cuando cayó enfermo su marido de una fiebre cerebral.

La enfermedad había hecho progresos tan rápidos que el mismo día, conociendo la gravedad del mal, envió un hombre a caballo para prevenir a su esposa e invitarla a regresar. Pero entre Lauffen y Breinteinbach una caída de caballo obligó al jinete, muy mal parado, a quedarse en una venta; no pudiendo hacer otra cosa por el marido que hacerle prevenir del accidente que en mitad de su camino le detenía.

Entonces habían enviado otro correo, pero sin duda pesaba sobre ellos la fatalidad. Al salir de Kander-Tal, había dejado su caballo para tomar un guía y atravesar la cumbre de Schwalbach que separa el Oberland del Valais, cuando, a mitad del camino, un alud, desprendido del monte Attels le había arrastrado con él al abismo; salvóse el guía como por milagro.

En esto el mal hizo progresos terribles. Tuvieron que afeitar la cabeza del enfermo que tenía cabellos muy largos, con objeto de aplicarle nieve en el cráneo. A partir de entonces, el moribundo no había conservado esperanza alguna y en un momento de calma escribió a su esposa:



"Mi querida Berta

"Voy a morir, pero no quiero separarme enteramente de ti. Mándate hacer un brazalete de los cabellos, que acaban de cortarme y que expresamente hago guardar. Llévalo siempre, pues me parece que así estaremos juntos todavía.

"TU FEDERICO."

Luego entregó aquella carta a un tercer emisario ordenándole que partiera tan pronto como él hubiese dado el último suspiro.

Aquella misma noche había muerto. Una hora después había partido el expreso. Más afortunado que sus predecesores, llegó a Louesche al anochecer del día quinto.

Pero al llegar había encontrado a la pobre mujer ciega y sorda. Sólo al cabo de un mes, y gracias a la eficacia de las aguas, convalecía de aquella doble enfermedad. Hasta un mes después no se habían atrevido a comunicar a la pobre mujer la fatal nueva a la cual, por otra parte, las diferentes visiones que había tenido la habían preparado. Por espacio de otro mes había permanecido allí paró restablecerse del todo, y en fin, después de tres meses de ausencia, regresó a Bale.

Como por mi parte yo había terminado mi temporada de baños y me sentía muy aliviado de mi reumatismo, le pedí permiso para partir con ella, lo que aceptó con alegría 'por encontrar en mí una persona a quien hablar de su marido que yo apenas había visto, pero que al fin y al cabo conocía.

Salimos de Louesche y al quinto día, por la tarde, llegamos a Bale.

Nada más triste ni más doloroso que la entrada de aquella pobre viuda en su casa; como los dos jóvenes esposos estaban solos en el mundo, a la muerte del marido se había cerrado el almacén, y el comercio cesó como cesa el movimiento cuando se para un péndulo. Se envió a buscar al médico que había cuidado al enfermo, a las diferentes personas que en sus últimos momentos le asistieran, y por medio de ellos, en cierto modo, se resucitó aquella agonía, se reconstruyó aquella muerte ya casi olvidada en aquellos corazones Indiferentes.

La infeliz viuda pidió los cabellos que su marido le legara. El médico recordó haber ordenado que se los cortaran, el barbero recordó asimismo haberle afeitado, pero a esto se redujo todo. Los cabellos habían sido arrojados al viento, y se habían perdido.

La mujer quedó sumida en la desesperación: el solo y único deseo del moribundo, el de que llevase un brazalete de sus cabellos, era imposible de realizar.

Transcurrieron varias noches; noches profundamente tristes, durante las cuales la viuda, errante por la casa, parecía más bien una sombra, que un ser viviente.

Apenas acostada, o por mejor decir, apenas dormida, sentía adormecerse su brazo derecho, y la infeliz no se despertaba hasta el momento en que le parecía que aquel adormecimiento 'e subía al corazón.

Este adormecimiento principiaba en la muñeca, es decir, en el sitio donde debiera haber estado colocado el brazalete y donde sentía una presión parecida a la de un brazalete de hierro demasiado estrecho.

Era evidente que, el muerto manifestaba su pesar por no haberse cumplido su postrera voluntad.

Comprendiendo la viuda ese pesar que venía de más allá de la tumba, resolvió abrir la sepultura; y si la cabeza de su marido no había sido enteramente rapada, recoger los cabellos suficientes para realizar su postrer deseo.

Sin decir nada a nadie de sus proyectos, envió a buscar al sepulturero.

Pero el sepulturero que había enterrado a su marido había muerto, y el sucesor, que sólo hacía quince días que había entrado en ejercicio, ni siquiera sabía dónde estaba la. tumba.

Entonces esperando una revelación, puesto que la doble aparición del caballo y del caballero y la presión del brazalete le daban derecho a creer en prodigios, se dirigió sola al cementerio, sentóse en un banco cubierto de yerba verde y vivaz como la que sobre las tumbas crece, y allí invocó algún nuevo signo que le sirviese de guía en sus investigaciones.

Una danza macabra se veía pintada sobre la pared del cementerio. Detuviéronse sus ojos en la Muerte y largo tiempo se fijaron sobre aquella figura burlona y. terrible a un mismo tiempo.

Parecióle entonces que la Muerte levantaba su descarnado brazo y con el huesoso índice señalaba una tumba entre las últimas.

Encaminóse directamente a ella la viuda, y al estar allí parecióle ver clara y distintamente que la Muerte dejaba caer el brazo en su primitivo sitio.

Hizo entonces una señal en la tumba, fue a buscar al sepultarero, condújole al sitio señalado por ella y le dijo:

-¡Cavad! ¡está aquí!

Yo asistía a esta operación porque quise seguir hasta el fin aquella maravillosa aventura.

El sepulturero empezó a cavar; llegó al féretro y levantó la tapa. Al principio había titubeado, pero la viuda le dijo con voz firme:

-Levantadla; es el féretro de mi marido.

El sepulturero obedeció, tanto era lo que aquella mujer sabía inspirar a los otros la confianza que la animaba.

Entonces apareció una cosa milagrosa y que yo vi por mis propios ojos. No solamente el cadáver era el cadáver de su marido, no solamente este cadáver, aunque pálido, estaba lo

mismo que cuando vivía, sino que sus cabellos, desde el día que habían sido rapados, es decir, desde el día de su muerte, habían crecido de tal manera que salían como raíces por entre las rendijas del ataúd.

La pobre mujer se inclinó hacia aquel cadáver que parecía estar solamente dormido; le besó en la frente, cortó un mechón de sus largos cabellos, tan maravillosamente crecidos en la cabeza de un muerto, y mandó hacer un brazalete.

Desde aquel día cesó el nocturno entorpecimiento del brazo. Sólo, cada vez que estaba próxima a correr un peligro, una suave presión, un amistoso apretón del brazalete le advertía que anduviese con cuidado.

-¿Y bien? ¿creéis que aquel muerto estuviese realmente muerto; que aquel cadáver fuese verdaderamente cadáver? Yo no lo creo.

-Y, preguntó la dama pálida con un timbre de voz tan singular, que a todos nos hizo estremecer en aquella oscuridad en que nos había dejado la ausencia completa de la luz, no oísteis decir si aquel cadáver salió alguna vez de la tumba, no oísteis decir si se vio alguien afectado por su vista y su contacto?

-No -dijo Alliette.

-Salí de aquel país a poco.

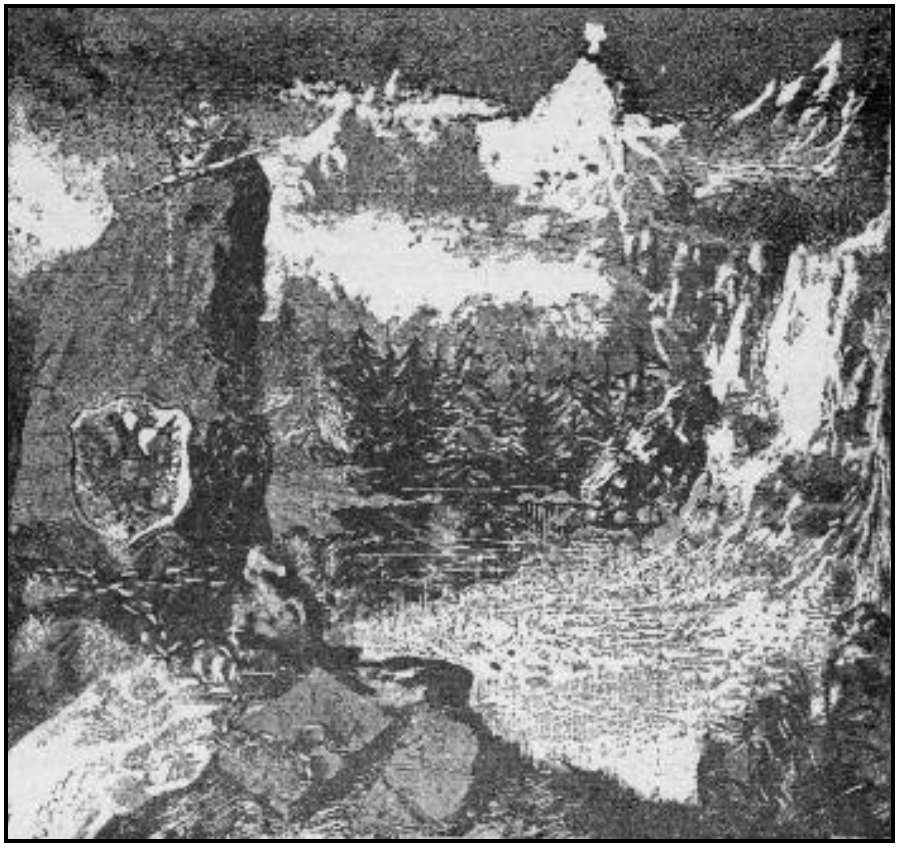
-¡Ah! -dijo el doctor,-mal hacéis, señor Alliette, en ceder tan pronto. Ahí tenéis sino a la señora Gregoriska que estaba pronta a convertir vuestro buen negociante de Bale en Suiza, en vampiro polaco, húngaro o valaco. ¿Acaso, cuando vuestra permanencia en los montes Cárpatos-prosiguió riendo el doctor,-acaso visteis vampiros?

-Oíd -dijo la dama pálida con extraña solemnidad; puesto que todo el mundo aquí ha contado una historia, voy a contar también una. No diréis, doctor, que no sea verdadera, puesto que es la mía... Vais a saber por qué estoy tan pálida.

En aquel momento un rayo de luna que se deslizó a través de los cristales y culebreando llegó hasta la butaca donde estaba recostada, la envolvía en azulada luz que parecía convertirla en una estatua de mármol negro tendida sobre una tumba.

Ni una sola voz acogió la proposición; pero el profundo silencio que reinó en el salón anunció que todos esperaban con ansiedad la historia.

XII
Los montes Cárpatos



-Soy Polaca; nací en Sandomir, es decir, en un país donde las leyendas llegan a ser artículos de fe, donde creemos en nuestras tradiciones de familia tanto, o más quizá, que en el Evangelio. Ninguno de nuestros castillos deja de tener su espectro, ni existe una sola cabaña sin su espíritu familiar. Tanto en la mansión del rico como en la morada del pobre, en el castillo como en la choza, se reconoce -lo, mismo el principio amigo, que el principio enemigo. A veces entran en lucha y combaten. Entonces suenan en las galerías misteriosos rumores, rugidos espantosos en las viejas torres, terremotos terribles que estremecen las paredes, que obligan tanto a aldeanos como a caballeros a huir lo mismo de la cabaña que del castillo corriendo a la iglesia en busca de la cruz, bendita o de las santas reliquias, únicos preservativos contra los demonios que nos atormentan.

Pero otros principios combaten allí siempre cara a cara, principios más terribles, más encarnizados, más implacables aún la tiranía y la libertad.

El año 1825 presenció entre la Rusia y la Polonia una de esas luchas en las cuales diríase que se vierte toda la sangre de un pueblo, como se vierte a menudo toda la sangre de una familia.

Mi padre y mis dos hermanos habían alzado pendón contra el nuevo Czar, yendo a agruparse bajo la bandera de la independencia polaca, vencida siempre, pero siempre erguida.

Supe un día que mi hermano más joven había sucumbido otro día me anunciaron que mi hermano mayor había sido herido de muerte, y por fin, después de un día entero, durante el

cual había estado oyendo el aterrador rugido del cañón que incesantemente se aproximaba, vi llegar a mi padre con un centenar de jinetes, restos de los tres mil hombres que capitaneara.

Venía a encerrarse en nuestro castillo con intención de enterrarse bajo sus ruinas.

Mi padre que nada temía por él, temblaba por mí. En efecto, para mi padre no se trataba más que de la muerte, pues que estaba bien seguro de no caer vivo en manos de sus enemigos; pero para mí se trataba de la esclavitud, del deshonor, de la vergüenza.

De los cien hombres que le quedaban, eligió mi padre diez, llamó al intendente, le entregó todo el oro y joyas que poseíamos y recordando que, cuando la segunda partición de Polonia, mi madre, casi niña, había encontrado un refugio impenetrable en el monasterio de Sahastrú, situado en medio de los montes Cárpatos, le ordenó conducirme a ese monasterio que, hospitalario para la madre, no sería sin duda menos hospitalario para la hija.

No obstante el gran amor que me profesaba mi padre, la despedida no fue larga. Según toda probabilidad, los rusos debían avistar el castillo al siguiente día, y por lo tanto, no había tiempo que perder.

Púseme precipitadamente un traje de amazona con el cual tenía por costumbre acompañar a mis hermanos en sus cacerías. Se me ensilló el caballo más seguro de la cuadra, mi padre colocó en el arzón sus propias pistolas, obra maestra de Toula, abrazóme y dio la orden de partida.

Durante la noche y la jornada del siguiente día hicimos veinte leguas siguiendo las orillas de una de esas rías sin nombre que van a arrojarse en brazos del Vístula. Esta primera etapa nos había puesto fuera del alcance de los rusos.

A los últimos rayos del sol habíamos visto brillar las nevadas cumbres de los montes Cárpatos.

Al terminarse la jornada del siguiente día alcanzamos su base; y por fin, al amanecer del tercer día, empezamos a penetrar en uno de sus desfiladeros.

Nuestros montes Cárpatos no se parecen por cierto a las civilizadas montañas de vuestro Occidente. Cuanto la naturaleza tiene de extraño y grandioso se presenta allí a las miradas en su más completa majestad. Sus tempestuosas cimas se pierden en las nubes, cubiertas de eternas nieves; sus inmensos bosques de abetos se inclinan sobre el pulido espejo de lagos parecidos a mares; lagos cuya límpida superficie nunca surcó la menor navecilla, cuyo cristal, profundo como el azul del cielo, jamás empañó la red del pescador; allí apenas resuena de vez en cuando la voz humana, entonando algún canto moldavo al' cual responden los gritos de los animales salvajes. Canto y gritos van entonces a despertar algún eco solitario, asombrado de que un rumor cualquiera le haya dado a conocer su propia existencia.

Durante millas enteras, se viaja bajo sombrías bóvedas de bosques cortados por las inesperadas maravillas que la soledad ofrece a cada paso y que asombran y admiran. Allí el peligro se halla en todas partes, y se compone de mil peligros diferentes, pero ni tiempo se tiene para sentir miedo, tanta es la sublimidad de que se revisten. Aquí cascadas improvisadas por el derretimiento de los hielos que, saltando de roca en roca, invaden repentinamente el estrecho sendero que seguís, sendero abierto por la bestia salvaje y el cazador que la persigue; más allá árboles minados por el tiempo que desprendiéndose del suelo caen con terrible estruendo parecido a un terremoto;, otras veces soplan huracanes que os envuelven de nubes por en medio de las cuales se ve brillar, alargarse y torcerse el rayo, parecido a una serpiente de fuego.

Siguen a los elevados picos, a los bosques vírgenes, a las montañas gigantes, a las selvas sin límites, llanuras sin fin, verdadero mar con sus olas y tempestades, sábanas áridas y abolladas donde la vista se pierde en un horizonte sin límites; entonces no es ya terror lo que se tiene, sino honda tristeza, vasta y profunda melancolía de que nada puede distraeros, porque el aspecto del país, hasta donde alcanza la mirada, es siempre el mismo. Subís y bajáis

Librodot

veinte veces cuestas parecidas, buscando en vano un camino trillado; al verse así perdido el viajero en su propio aislamiento y en medio de los desiertos, se cree solo en la naturaleza, y su melancolía se trueca en desolación. En efecto, la marcha parece haber llegado a ser una cosa inútil y que a nada puede conduciros ; no encontráis aldea, ni castillo, ni choza, ningún vestigio de habitación humana. Sólo algunas veces, como una tristeza más en aquel yermo paisaje, un pequeño lago sin cañaverales, sin matorrales, dormido en el fondo de un barranco, como otro Mar muerto, corta el camino con sus verduzcas aguas, por encima de las cuales se elevan al acercaros, algunos pájaros acuáticos con discordes y prolongados gritos. Después dais un rodeo, subís la colina que se os presenta, bajáis a otro valle, de nuevo subís otra colina, y esto dura hasta que se ha atravesado la cadena montañosa, que va siempre menguando.

Pero, pasada esta cordillera, si volvéis hacia el mediodía, entonces recobra el paisaje su grandiosidad, entonces veis otra cordillera de montes más elevados, de forma más pintoresca, de aspecto más rico; esa nueva cordillera ostenta sus penachos de bosques, sus serpenteadores arroyos; con la sombra y el agua renace la vida en el paisaje; óyese la campana de una ermita; vese serpentear una caravana en la falda de una montaña. En fin, a los últimos rayos del sol, se distinguen, como una bandada de blancos pájaros acurrucados, las casas de algunas aldeas que parecen haberse agrupado como para preservarse de cualquier ataque nocturno; porque, con la vida ha vuelto el peligro, y no son ya, como en los primeros montes que se han atravesado, bandadas de osos y de lobos las que "deben temerse, sino hordas dé bandidos moldavos las que deben combatirse.

Íbamos entre tanto acercándonos al término de nuestro viaje. Habían transcurrido sin accidente alguno diez jornadas de camino. Podíamos ya distinguir la cima del monte Pión que domina con su cabeza toda aquella familia de gigantes y en cuya cuesta meridional está situado el convento de Sahastrú al cual me dirigía.

Tres días más y habríamos llegado.

Estábamos a fines del mes de julio. El día había sido bochornoso; y con una voluptuosidad indecible empezábamos a aspirar, a eso de las cuatro, las primeras brisas de la noche., Habíamos ya doblado las ruinosas torres de Niantzo, y bajábamos hacia una llanura que empezábamos a percibir a través de la abertura de los montes. Desde donde nos hallábamos, podíamos seguir con la vista el curso del Bistriza cuyas orillas esmaltaban rojas amapolas y campánulas de blancas flores. Costeábamos un precipicio en cuyo fondo corría el río, que allí no era más que un torrente. Nuestras cabalgaduras apenas tenían espacio suficiente para marchar dos de frente.

Precedíamos nuestro guía, recostado sobre su caballo, cantando una canción moldava, de monótonas modulaciones y cuyas palabras escuchaba yo con singular interés.

El cantor era al mismo tiempo el poeta. Nada puedo decir de la música ; sería preciso ser uno de aquellos montañeses, para cantárosla con toda su salvaje tristeza, y su sombría sencillez. He aquí la letra:

Allá en el yermo pantano,
el pantano de Stavila,
que con sangre de guerreros
bañó sus cíenos un día,
¿no veis tendido un cadáver
sobre la tierra rojiza?
¡Es el terrible bandido
el seductor de María!

Librodot

Hirió una bala su peono.
hirió con punta homicida
un yatagán su garganta;
pero. ¡oh misterio! tres días.
tres días hace lo menos
que la sangre enrojecida,
humedeciendo la tierra
con sus olas siempre tibias,
brota incesante á raudales
á raudales de la herida,
de la herida del bandido
vil seductor de Maria.

Ya de sus ojos azules
la impura llama no brilla.
¡Huyamos todos, huyamos
de la laguna maldita!
Es un vampiro! Los lobos
buscan su oculta guarida, da,,
y voladoras las aves,
sus alas negras agitan,
que es un vampiro el amante,
el seductor de María.

De improviso sonó la detonación de-un arma de fuego y silbó una bala. Interrumpióse la balada, y el guía, herido de muerte; cayó rodando al fondo del precipicio, en tanto que su caballo se detenía estremecido, alargando su inteligente cabeza hacia el abismo en donde desapareció su dueño.

Al mismo tiempo resonó un inmenso grito y vimos aparecer en los flancos de la montaña unos treinta bandidos. Estábamos completamente rodeados.

Empuñó cada cual su arma, y aunque cogidos por sorpresa, como los que me acompañaban eran veteranos acostumbrados al fuego, no se dejaron intimidar y contestaron: yo misma, dando el ejemplo, empuñé una pistola, y, conociendo la desventaja de nuestra posición, grité: "¡Adelante!'" y espoleé a mi caballo, que se precipitó frenético en dirección a la llanura.

Pero teníamos que habérnoslas. con montañeses que saltaban do roca en roca como verdaderos demonios del abismo, haciendo fuego al saltar y guardando siempre sobre nuestro flanco la posición que desde un principio habían tomado .

Por lo demás, nuestra maniobra había sido prevista. En un sitio donde se ensanchaba el camino, y formaba una plazoleta el monte, nos esperaba un joven a la cabeza de una docena de jinetes; al vernos pusieron sus caballos a galope y vinieron a encontrarnos de frente, tanto que los que nos perseguían descendían de los flancos de la montaña, y, cortándonos la retirada nos envolvían por todos lados.

La situación era grave, y sin embargo, acostumbrada desde mi infancia a las escenas de guerra, pude abarcarla con una mirada sin perder un solo detalle.

Todos aquellos hombres, vestidos con pieles de carneros, llevaban inmensos sombreros hongos coronados de flores naturales, como los de los húngaros. Cada uno empuñaba un

largo fusil turco, que blandían, después de haber disparado, lanzando gritos salvajes: llevaban, a más, en el cinto, un sable y un par de pistolas.

El jefe era un joven de veintidós años apenas, de rostro pálido, rasgados ojos negros y cabellos que caían en bucles sobre sus hombros. Su traje se componía del vestido moldavo guarnecido de pieles y ceñido a la cintura por una faja con tiras de oro y seda. Un sable corvo brillaba en su mano y se veían cuatro pistolas prendidas a su cinto. Durante el combate lanzaba gritos roncos e inarticulados que parecían no pertenecer a la lengua «humana, y que sin embargo eran, por lo visto, voces de mando porque sus hombres obedecían a aquellos gritos, tendiéndose boca abajo en el suelo para evitar las descargas de nuestros soldados, levantándose a su vez para hacer fuego, disparando sobre los que aún estaban en pie, rematando los heridos y convirtiendo el combate en carnicería.

Había visto caer, uno tras otro, las dos terceras partes de mis defensores. Cuatro quedaban todavía en pie, agrupándose a mi alrededor, no para pedir gracia que estaban ciertos de no obtener sino resueltos a vender su vida lo más caro posible.

Entonces el jefe arrojó un grito más expresivo que los demás extendiendo hacia nosotros la punta de su sable. Sin duda esa orden era la de envolver en un círculo de fuego

nuestro último grupo y fusilarnos a todos juntos, porque los largos mosquetes moldavos se bajaron simultáneamente. Comprendí que había llegado nuestra hora suprema. Levanté los ojos y las manos al cielo en mi postrer rezo y aguardé la muerte.

En aquel momento vi, no bajar, sino precipitarse, saltar de roca en roca, un joven que se detuvo en pie, sobre una piedra que dominaba toda aquella escena, parecido a una estatua en su pedestal, y que, extendiendo la mano sobre el campo de batalla, no pronunció más qué una

cola palabra:

-¡Basta!

A tal vos alzaron todos la mirada pareciendo obedecer a aquel nuevo jefe. Sólo un bandido uno solo, encarándonos el fusil, hizo fuego.

Uno de nuestros hombres exhaló un grito; la bala le había roto el brazo Izquierdo.

Volvióse casi en seguida para arrojarse sobre él que le había herido, pero antes de que. hubiese dado cuatro pasos su caballo, un relámpago brilló encima de nosotros, y el bandido rebelde caía, despedazada por un balazo la, cabeza.

Tan diversas emociones habían agotado mis fuerzas: me desmayé.

Cuando recobré mis sentidos, me hallaba tendida en la yerba, apoyada la cabeza sobre las rodillas de un hombre de quien. solo veía la mano blanca ,y cubierta de sortijas, rodeando mi talle, en tanto que, ante mi, en pie, cruzado de brazos, él sable bajó uno de ellos, manteníase el jefe moldavo que contra nosotros había dirigido el ataque.

-Kostaki, decía en francés y en tono de mando el que me sostenla, vais al instante a ordenar que vuestros hombres se retiren y a dejarme cuidar a esta mujer.

-Hermano mío, respondió el aludido que parecía contenerse con pena; hermano mío, cuidad de no apurar mi paciencia. Yo os dejo el castillo, dejadme vos el bosque. En el castillo vos sois el dueño pero yo soy aquí el soberano. Bastarfame aquí una palabra para obligaros a obedecerme.

-Kostaki, soy el mayor, es decir, el dueño en todas partes, lo mismo en e1 castillo que en el- bosque, lo mismo allí que aquí. ¡Oh! soy de, la sangre de Brankovan, como vos mismo, acostumbrado también a mandar, y mando.

-Vos, Gregoriska, mandáis a vuestros lacayos, pero a mis soldados ¡no!

-Vuestros soldados son bandidos, Kostaki... bandidos que haré colgar de las almenas de nuestras torres, si al instante no: me obedecen.

-Pues bien, tratad de mandárselo.

`Entonces sentí que el que me sostenía retiraba suavemente la rodilla y colocaba con cuidado mi cabeza sobre una piedra. Seguile ansiosa con la vista, y pude ver al mismo joven

que había caído, por decirlo así, del cielo en medio de nuestra pela, y que sólo había podido entrever, por haberme desmayado en el instante mismo en que habló.

Tendría unos veinte y cuatro años, era de elevada estatura, y en sus grandes ojos azules se leían resolución y firmeza singulares.

Sus largos cabellos rubios, indicio de la raza eslava, caíanle sobre los hombros como los del arcángel san Miguel, ornando unas mejillas jóvenes y frescas; entreabría sus labios desdeñosa sonrisa, dejando ver una doble hilera de perlas; su mirada era la que cruza el águila con el rayo. Iba vestido con una especie de túnica de terciopelo negro; un pequeño birrete parecido al de Rafael, ornado de una pluma de águila, cubría su cabeza; llevaba pantalones ajustados y botas bordadas. Su talle estaba ceñido por un cinturón del cual pendía un cuchillo de caza; y colgaba de sus hombros una pequeña carabina de dos cañones, cuya puntería había podido apreciar uno de los bandidos.

Extendió la mano, y aquella mano tendida parecía dictar órdenes a su mismo hermano.

Pronunció algunas palabras en idioma moldavo, palabras que parecieron ejercer profunda Impresión en los bandidos. Entonces, en el mismo idioma, habló a su vez el joven jefe, y adiviné` que en sus palabras iban envueltas imprecaciones y amenazas.

Pero a. aquel largo y acalorado discurso, el mayor de los dos hermanos sólo respondió una palabra.

Los bandidos se inclinaron.

Hizo un gesto, y los bandidos se alinearon tras de nosotros.

-Y bien, sea, Gregoriska, dijo Kostaki volviendo a valerse de la lengua francesa. No irá esa mujer a la caverna; pero no por ello dejará de ser mía. La encuentro hermosa, la he conquistado y la quiero.

Y al decir estas palabras, arrojóse hacia mí y me tomó en sus brazos.

-Esa mujer será conducida al castillo y entregada a mi madre, y de aquí a allá no la abandonaré, respondió mi protector.

-¡Mi caballo! gritó Kostaki en lengua moldava.

Diez bandidos se apresuraron a obedecer y presentaron al dueño el caballo que pedía.

Gregoriska miró a su alrededor, cogió por la brida al caballo sin dueño y de un salto montó en él sin tocar si siquiera los estribos.

Kostaki se colocó en la silla casi con tanta. ligereza como su hermano, aun cuando me tenía aún entre sus brazos, partió al galope.

El caballo de Gregoriska parecía haber recibido el mismo impulso, y fue a colocar su cabeza y su flanco juntó a la cabeza y flanco del caballo de Kostaki.

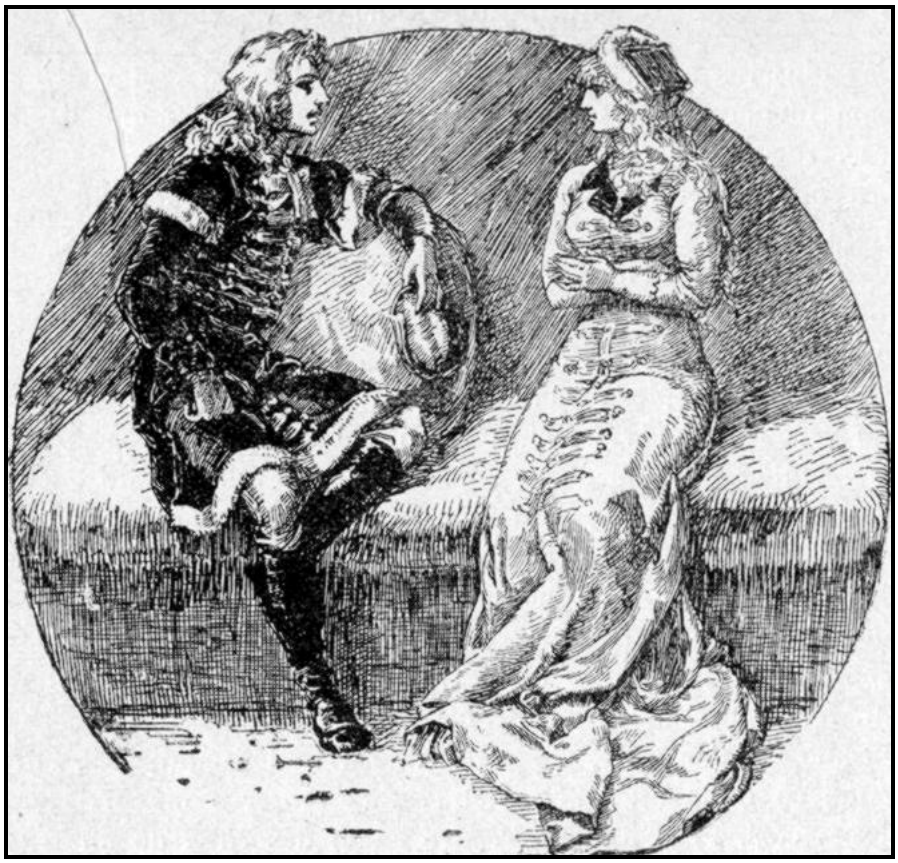
Era cosa curiosa el ver a aquellos dos jinetes, volando uno al lado del otro, sombríos, silenciosos, no perdiéndose de vista ni un solo instante, y, sin mirarse al parecer, abandonados a sus caballos, cuya desesperada carrera les llevaba a través de bosques, rocas y precipicios.

Mi cabeza caída me permitía ver los hermosos ojos de Gregoriska fijos en los míos. Kostaki lo reparó, levantó mi cabeza y ya no vi más que su mirada sombría que me devoraba. Bajé los párpados; pero inútilmente: a través de su velo, continué viendo aquella mirada lancinante que, penetrando hasta el fondo de mi pecho, me atravesaba el corazón.

Entonces se apoderó de mí una extraña alucinación; parecióme ser la Leonora de la balada de Burger, arrastrada por el caballo y el caballero fantasmas, y cuando sentí que nos deteníamos, sólo con terror abrí mis ojos, tan convencida me hallaba de que no iba a ver a mi alrededor sino cruces rotas y sepulcros abiertos.

Lo que vi, no, era mucho más risueño.

Era el patio interior de un castillo moldavo construido en el siglo XIV.



XIII
El castillo de Brankovan

Kostaki dejó que me deslizara desde sus brazos al suelo, y casi al mismo tiempo bajó conmigo; pero por rápido que fuese su movimiento, no hizo más que seguir al de Gregoriska.

Como éste lo había dicho, él era el amo en el castillo.

Los criados acudieron con presteza en cuanto vieron llegar a los dos jóvenes y a la extranjera; pero aunque guardaran iguales consideraciones a Kostaki y a Gregoriska, conociase perfectamente que trataban al último con más profundo respeto y mayor sumisión.

Dos mujeres se acercaron; Gregoriska les dio unaden en idioma moldavo y con la mano me hizo seña de que las siguiese.

Era tan respetuosa la mirada con que acompañó la seña, que no vacilé. Pasados tincó minutos, me encontraba en un aposento que, por desamueblado e inhabitable qué pareciera al hombre menos exigente, era desde luego el mejor del castillo.

Era una gran pieza cuadrada, con una especie de diván de sarga verde que servía por el día de asiento, y de lecho por la noche. Había además cinco o seis grandes sillones de

encina, un ancho cofre y en uno de los rincones de esta estancia un dosel semejante a un magnífico altar. Nada de cortinas, ni en las ventanas ni en el lecho.

Subíase a ese cuarto por una escalera donde de trecho en trecho aparecían en sus nichos, de tamaño mayor que el natural, tres estatuas de los Brankovan.

Pasado un momento, subieron al cuarto los equipajes, entre los que se hallaban mis maletas. Las mujeres me ofrecieron sus servicios. Pero aunque reparé en el desorden de mi traje, conservé mi vestido de amazona, por estar más en armonía con el de mis huéspedes que otro cualquiera.

En aquel momento llamaron quedito a la puerta.

-Entrad, dije naturalmente en francés, porque ya sabéis que el francés es para nosotros los polacos una lengua casi materna.

Gregoriska entró.

-¡Ah, señora! ¡cuánto me alegro de que habléis francés!

-Y yo también, le respondí, puesto que por esta casualidad he podido apreciar vuestra generosa conducta para conmigo. En este idioma me habéis librado de los designios de vuestro, hermano y en este mismo idioma voy a expresaros mi sincero reconocimiento.

-Gracias, señora. Era natural que me interesara por una mujer que se encontraba en vuestra situación. Hallábame cazando en la montaña, cuando oí detonaciones irregulares y continuas, por lo que comprendí que se trataba de algún ataque a mano armada, y me dirigí adonde sonaba el tiroteo. Gracias a Dios, llegué a tiempo; pero ¿me permitiréis, señora, que me informe del casual motivo por qué una mujer de distinción, como vos se ha arriesgado a penetrar en nuestras montañas?

-Soy polaca, le respondí; mis dos hermanos acaban de sucumbir en la guerra contra. Rusia; mi padre, a quien he dejado dispuesto a defender nuestro castillo contra el enemigo, sin duda a estas horas ha ido ya a reunirse con ellos en el sepulcro, y yo, obedeciendo las órdenes de mi padre, huyendo de Aquellas escenas de muerte, venía a buscar un refugio en el monasterio de Sahastrú, donde mi madre encontró en su juventud y en iguales circunstancias un asilo seguro.

-¿Sois enemiga de los rusos? Tanto mejor, entonces, dijo el joven, tanto mejor., porque ese título tal será para vos poderoso auxiliar en este castillo, y es fuerzo que sepáis que hemos menester de todas nuestras fuerzas para sostener la lucha que se prepara. Y puesto que ya sé ahora quién sois vos, justo es que sepáis quiénes somos nosotros: el nombre de Brankovan no os será desconocido, ¿verdad, señora?

Inclinéme, en ademán afirmativo.

-Mi madre es la última princesa de este nombre la última descendiente de aquel ilustre caudillo a quien hicieron matar los Cantimir, miserables cortesanos de Pedro I. Casó mi madre en primeras nupcias con mi padre Servan Waivady, príncipe como ella pero de raza menos ilustre.

Mi padre había sido educado en Viena, donde pudo apreciar las ventajas de la civilización. Resolvió hacer de mí un europeo, y partimos para Francia, Italia, España y Alemania.

Mí madre..., no debiera un hijo, bien lo sé, contaros lo que voy a deciros; pero como es preciso que nos conozcáis, podréis apreciar las causas de esta revelación; mi madre que, durante los primeros viajes de mi padre, cuando estaba yo en mi infancia, había tenido relaciones culpables con un jefe de sectarios (así es, añadió Gregoriska sonriendo, cómo llaman en este país a los hombres que os han atacado), mi madre, digo, que había tenido relaciones culpables con el conde Giordaki Koproli, medio griego, medio moldavo, escribió a mi padre para decírselo todo y pedirle el divorcio, apoyando semejante demanda en que no quería-ella, una Brankovan -continuar siendo la mujer de un hombre que era cada día más extranjero en su país. Desgraciadamente, mi padre no tuvo necesidad de otorgar su

Librodot

consentimiento a esta demanda, que a vos podrá pareciera extraña, pero que es muy natural y común entre nosotros. Acababa mi padre de morir de un aneurisma que le martirizaba

hacía ya tiempo, y yo fui quien recibí la carta. Nada tenía yo que hacer, sino votos sinceros por la felicidad de mi madre, y una carta mía le llevó estos votos anunciándole que había quedado viuda.

En esta misma carta le pedía el permiso de continuar mis viajes, permiso que me fue otorgado.

Mi intención decidida era fijarme en Francia o en Alemania, para no encontrarme frente a un hombre que me odiaba y a quien yo no podía amar-me refiero al marido de mi madre,-cuando llegó repentinamente a mi noticia que el conde Giordaki Koproli acababa de ser asesinado, según decían, por los antiguos cosacos de mi padre.

Me apresuré a regresar: yo amaba a mi madre, comprendía su soledad, su necesidad de tener junto a ella y en tal momento, a las personas que podían serle caras. Sin que nunca me hubiese profesado un amor muy tierno, era yo su hijo.

Una mañana entré, sin que me esperasen, en el castillo de nuestros padres, y encontré en él a un joven que tomé al principio por un extranjero y que luego supe era mi hermano. Era Kostaki, el hijo del adulterio, que había legitimado un segundo casamiento; Kostaki, es decir, la indomable criatura que habéis visto, cuya única ley son las pasiones, para quien nada sagrado hay en este mundo más que su madre, y que me obedece como el tigre obedece al brazo que le ha domado, pero con un eterno rugido y retenido por la vaga esperanza de devorarme un día.

En el interior del castillo, en la morada de los Brankovan y de los Waivady soy todavía el amo; pero, fuera de este recinto, al hallarse al aire libre, vuelve a ser el salvaje hijo de los bosques y de los montes que todo quiere doblegarlo bajo su voluntad de hierro. ¿Cómo ha cedido hoy, y cómo sus hombres han cedido? No sé explicármelo; tal vez por añeja costumbre, por un resto de respeto. No quisiera sin embargo aventurar una nueva prueba. Permaneced aquí no abandonéis esta habitación, este patio, el interior de los muros, en fin, y yo respondo de todo; pero si dais un paso fuera del castillo, no respondo de nada como no sea de hacerme matar para defenderos.

-¿No podré, pues, según los deseos de mi padre, continuar mi camino hacia el convento de Sahastrú?

-Haced, ensayad, ordenad, y os acompañaré ; pero de seguro quedaré en el camino, y vos.. vos no llegaréis.

-¿Qué hacer, entonces?

-Quedarse, aguardar, tomar consejo de los acontecimientos, aprovechar las circunstancias. Suponed que habéis caído en una cueva de bandidos y que sólo vuestro valor puede sosteneros, vuestra sangre fría salvaros. Mi madre, no obstante su preferencia por Kostaki, el hijo de su amor, es buena y generosa. Además, es una Brankovan, es decir, una verdadera princesa. Vos la veréis y ella os defenderá contra las brutales pasiones de Kostaki. Poneos bajo su protección; sois bella y os amará... os amará, sí, porque, ¿quién podría veros sin amaros? -añadió mirándome con indefinible expresión,-Venid ahora al comedor, donde os espera mi madre; y no mostréis turbación ni desconfianza; hablad en polaco; nadie conoce aquí esta lengua; yo traduciré vuestras palabras a mi madre, y, perded cuidado, no le diré sino lo que sea preciso decirle. Lo que sobre todo os encargo, es que no digáis ni una sola palabra acerca de lo que acabo de revelaros; nadie debe sospechar que estamos de acuerdo. Venid.

Le seguí por la escalera de que ya os he hablado, iluminada por resinosas antorchas sostenidas por manos de hierro empotradas en la pared.

Era evidente que sólo para mí usaban aquella iluminación no acostumbrada.

Llegamos al comedor.

En seguida de haber abierto la puerta Gregoriska, y haber pronunciado, en moldavo, una palabra que luego supe que quería decir: la extranjera, una mujer de elevada estatura se adelantó hacia nosotros.

Era la princesa Brankovan.

Llevaba trenzados detrás de la cabeza sus blancos cabellos, cubierto por una gorrita de marta cibelina, coronada por un penacho, testimonio de su regla estirpe, y vestía una especie de bata de tela de oro, cuyo cuerpo sembrado de pedrerías ocultaba a medias un sobretodo de tela turca, guarnecido de pieles análogas a las de la gorra.

En la mano, un rosario de cuentas de ámbar.

A su lado estaba Kostaki llevando el espléndido y majestuoso traje madgiar, con el cual me pareció aún más extraño.

Era una tánica de terciopelo verde de mangas muy anchas, que te caía hasta cerca de las rodillas; llevaba pantalones de cachemira encarnada y babuchas de tafilete bordadas de oro; su cabeza estaba descubierta, y sus largos cabellos, azules a fuerza de ser negros, caían sobre el desnudo cuello, donde asomaba la finísima orla blanca de uña camisa de seda.

Saludóme torpemente y pronunció en moldavo algunas palabras que fueron para mi ininteligibles.

Podéis hablar francés, hermano mío, dijo Gregoríska, la señora es polaca y entiende este idioma.

Entonces pronunció Kostaki en francés ciertas palabras casi tan ininteligibles para mí como las que en moldavo había pronunciado, pero las interrumpió la madre extendiendo grave mente el brazo. Indudablemente declaraba a sus hijos que era ella quien debía recibirme.

Entonces empezó en lengua moldava un discurso de bienvenida al cual daba su fisonomía un sentido fácil de explicar. Mostróme la mesa, ofrecióme un asiento junto al suyo, designóme con un ademán la casa entera, como paró decirme que podía disponer de ella, y sentándose la primera con benévola dignidad, hizo la señal de la cruz y empezó una oración.

Cada uno ocupó entonces su asiento, asiento fijado por la etiqueta. Gregoriska sentóse junto a mí. Yo era la extranjera, y por consiguiente ocupaba el sitio honorífico de Kostaki junto al de su madre Smeranda.

Así era cómo se llamaba la princesa.

Gregoríska también había mudado de traje. Llevaba como su hermano la túnica madgiar ; sólo que era de terciopelo granate y sus pantalones de cachemira azul. Pendía de su cuello una magnífica condecoración: el Nisham del sultán Mahmoud.

Los demás comensales de la casa cenaban a la misma mesa, cada cual ocupando el sitio que le designaba su jerarquía entre los amigos o entre los servidores.

La cena fue triste; ni una vez sola me dirigió Kostaki la palabra aunque su hermano guardó siempre la atención de hablarme en francés. Por lo que toca a la madre, ofrecióme ella misma de iodo lo que sirvieron con aquella solemnidad que nunca la abandonaba. Tenía razón Gregoríska : era una verdadera princesa.

Después de la cena, Gregoriska se adelantó hacia su madre, explicándole en lengua moldava la necesidad que sentiría sin duda de hallarme sola, y cuán necesario me sería el descanso después de un día tan lleno de emociones.

Smeranda hizo con la cabeza una seña de aprobación, tendióme la mano, besóme en la frente como lo hubiera hecho con su hija y me deseó una feliz noche en su castillo.

Gregoriska no se había equivocado: deseaba yo ardientemente aquel instante de soledad. Así, pues, di las gracias a la princesa que me acompañó hasta la puerta, donde me esperaban las dos mujeres que me habían conducido anteriormente a mi habitación.

Librodot

La saludé a mi vez, lo mismo que a sus dos hijos y entré en el aposento mismo del cual saliera una hora antes.

El sofá había sido convertido en lecho, y éste era el único cambio que allí se había operado.

Di gracias a las doncellas haciéndoles seña de que me desnudaría sola, y salieron en seguida deshaciéndose en testimonios de respeto que indicaban que tenían orden de obedecerme en todo.'

Quedéme en aquel aposento inmenso donde mi luz, al cambiar de sitio, no iluminaba más que las partes que recorría, sin llegar a iluminar lo restante; singular combinación que establecía una lucha entre el resplandor de mi bujía y los rayos de la luna que atravesaban por mi ventana sin cortinas.

Además de la puerta por la cual había entrado y que daba m una escalera, otras dos puertas comunicaban con mi aposento; pero los cerrojos enormes de que estaban provistas y que se cerraban del lado en que yo me hallaba, bastaban para tranquilizarme.

Lleguéme a la puerta de entrada que cuidadosamente inspeccioné. Esta, como las otras, tenía sus medios de defensa. Abrí mi ventana: daba sobre un precipicio.

Comprendí que ya con intento había Gregoriska elegido aquella habitación.

En fin, al volver a mi sofá, encontré sobre una mesa colocada a mi cabecera, un billetito doblado.

Le abrí y leí en polaco.

“Dormid tranquila; nada tenéis que temer mientras permanezcáis en el interior del castillo.

"GRGORISKA."

Seguí el consejo que me daba. Y vencida de la fatiga me acosté y me dormí.

XIV
Los dos hermanos

Adatar de aquel momento quedé establecida en el castillo, y empezó el drama que voy a contaros.

Ambos hermanos se enamoraron de mí cada uno según su carácter.

Kostaki, desde el día siguiente, me dijo que me amaba, declaró que sería suya y no de otro, y que me mataría antes que dejarme pertenecer a otro, fuera quien fuese.

Gregoriska nada dijo; pero me rodeó de cuidados y atenciones. Todos los recursos de una educación brillante, todos los recuerdos de su juventud pasada en las más nobles cortes de Europa fueron empleados para complacerme y ¡ay! no era difícil;. al primer sonido de su voz, había yo sentido que aquella voz acariciaba mi alma; a la primera mirada de sus ojos sentí que aquella mirada penetraba hasta mi corazón.

A los tres meses, Kostaki me había repetido cien veces que me amaba, y yo le odiaba; a los tres meses Gregoriska no me había dirigido aún una sola palabra de amor; y, sin embargo, yo sentía que cuando me lo exigiese sería suya enteramente.

Kostaki había renunciado a sus correrías Ya no abandonaba 'el castillo. Había abdicado por de pronto en favor de una especie de teniente que, de vez en cuando, venía a recibir sus órdenes, y desaparecía.

Smeranda me amaba también con apasionada amistad cuya expresión me daba miedo. Protegía visiblemente a Kostaki y parecía estar más celosa de mí, de lo que lo estaba él mismo. Sólo que, como no entendía el polaco, ni el francés y yo por mi parte no entendía el moldavo, no podía instar mucho en favor de su hijo; pero había aprendido a decir en francés tres palabras, las cuales repetía cada vez que sus labios se posaban sobre mi frente:

-Kostaki ama Hedwigia.

Un día supe una noticia terrible y que vino a colmar mis desdichas; hablase dado libertad a los cuatro hombres que sobrevivieran al combate, y habían partido para Polonia, jurando que uno de ellos volvería antes de tres meses para darme noticias de mi padre.

Uno de ellos regresó, en efecto, una mañana.

Nuestro castillo había sido. tomado por asalto, incendiado y arrasado; mi padre se hizo matar defendiéndole.

Estaba sola en el mundo.

Redobló sus instancias Kostaki y su ternura Smeranda; pero por aquella vez pretexté el luto de mi padre. Kostaki insistió diciendo que cuanto más aislada me hallaba, más necesidad tenia de sostén; su madre insistió con él y más que él quizá.

Gregoriska me había hablado de esa fuerza de voluntad, de ese poder que ejercen sobre mí mismos los moldavos, cuando no quieren dejar leer en sus sentimientos. De ello era él propio un ejemplo viviente. Era imposible estar más cierta de amor de un hombre de lo que yo lo estaba del suyo, y sin embargo, si se me hubiese preguntado en qué prueba se apoyaba aquella certeza, me hubiera sido imposible decirlo; nadie, en el castillo, podía decir que hubiese visto su mano tocar la mía, ni sus ojos buscar los míos. Sólo los celos podían descubrir a Kostaki aquella rivalidad, como sólo mi amor podía esclarecerme sobre aquel amor.

Lo confieso, sin embargo, aquel poder de Gregoriska sobre sí mismo me inquietaba. Ciertamente que yo creía, pero no era bastante*, necesitaba convencerme, cuando una noche, así

que acababa de entrar en mi habitación, oí llamar quedito a una de las dos puertas que ya he indicado que cerraban por dentro. En el modo de llamar, adiviné que el llamamiento procedía de un amigo. Acerquéme y pregunté:

-¿Quién va?

-Gregoriska, respondió una voz cuyo acento no era posible que equivocara yo con otro.

-¿Qué me queréis?. le pregunté temblando de emoción.

-Si tenéis confianza en mí, dijo Gregoriska, si me creéis hombre de honor, concededme un favor.

-¿Cuál?

-Apagad vuestra luz como si estuvieseis acostada, y, dentro de media hora, abridme vuestra puerta.

-Volved dentro de media hora, fue mi única respuesta. Apagué la luz y esperé.

Mi corazón latía con violencia, comprendiendo que se trataba de algún acontecimiento importante.

Transcurrió la media hora; oí llamar aún más quedo que la primera vez. Como durante el intervalo había descorrido los cerrojos, sólo tuve que abrir la puerta.

Gregoriska entró y, sin aguardar a que él me lo dijera, empujé la puerta detrás de él y corrí los cerrojos.

Permaneció un instante mudo e inmóvil, imponiéndome silencio con el gesto. Después, cuando se hubo cerciorado de que ningún peligro urgente nos amenazaba, condújome al

centro de la vasta habitación y conociendo por mi temblor que me sería imposible permanecer en pie, fue a buscarme una silla.

Me senté, o por mejor decir, me dejé caer sobre aquel asiento.

-¡Oh !¡Dios mío! le dije, ¿qué hay, y por qué tantas precauciones?

-Porque mi vida, lo cual nada importaría, y la vuestra quizá también dependen de la conversación que vamos a tener. Asustada; le cogí de la mano.

Llevó él mi mano a sus labios, sin dejar de mirar para pedirme perdón de semejante osadía.

Yo bajé los ojos; era expresar en silencio mi consentimiento.

-Os amo, me dijo con su voz melodiosa como un canto; ¿me amáis vos?

-Sí, le respondí.

-¿Consentiríais en ser mi esposa?

-Sí.

Gregoriska pasó la mano por su frente con una profunda aspiración de felicidad.

-¿Entonces, no rehusaréis seguirme?

-Os seguiré a todas partes.

-Porque ya comprenderéis, continuó, que no podemos ser felices sino huyendo.

-¡Oh! si exclamé; ¡huyamos!

-¡Silencio !dijo él estremeciéndose; ¡silencio!

-Tenéis razón.

Y, trémula, me acerqué a él.

-He aquí la causa, me dijo, de que haya permanecido tan largo tiempo sin confesaros mi amor. Y es que deseaba, una vez seguro de vuestro amor, que nada pudiera oponerse a nuestra unión. Yo soy rico, Hedwigia, inmensamente rico; pero a la manera de los señores moldavos, rico en tierras, en rebaños, en siervos. Pues bien, he vendido al monasterio de Hango por valor de un millón de tierras, en rebaños, en villas, y me han dado por valor de trescientos mil francos en pedrerías cien mil francos en oro, y el restó en letras de cambio sobre Viena. ¿Os bastará un millón?

Yo le estreché la mano .

-Vuestro amor me hubiera bastado Gregoriska, juzgad pues. -Pues bien, oídme. Mañana, iré al monasterio de Hango para terminar el negocio con el superior. Tiene caballos dispuestos, que nos esperarán desde las nueve, ocultos a cien pasos del castillo. Después de cenar, subiréis como hoy a vuestra habitación, como hoy apagaréis vuestra luz como hoy, en fin, me introduciré yo en vuestro aposento. Sólo que mañana en lugar de salir solo, vos me seguiréis, llegaremos a la puerta que da al campo, encontraremos nuestros caballos, y pasado mañana al amanecer habremos andado ya treinta leguas.

-¡ Ojalá fuese pasado mañana!

-¡Hedwigia mía!

Gregoriska me estrechó contra su corazón, nuestros labios se encontraron.

¡Ah! él lo había dicho. era hombre honrado; pero, harto comprendió, que si no le pertenecía mi cuerpo, al menos le pertenecía el alma.

Transcurrió la noche sin que me fuera dado dormir un solo instante. Me encontraba ya huyendo con Gregoriska, me sentía llevada por él como lo había sido por Kostaki ; sólo que, esta vez, la carrera terrible, espantosa, fúnebre, se trocaba en tierno y prolongado abrazo, al cual la celeridad añadía cierta voluptuosidad, propia de la carrera. Llegó el día, y bajé.



Parecióme que había algo de más sombrío aún de lo acostumbrado, en la manera como me saludó Kostaki. Su sonrisa no era solo una ironía, era una amenaza.

Smeranda parecióme la misma que de costumbre.

Durante el desayuno, Gregoriska mandó que le ensillaran su caballo. Kostaki pareció no fijar la atención en semejante orden.

A las once se despidió de nosotros Gregoriska diciéndonos

que hasta la noche no estaría de vuelta, y suplicando a su madre que no le esperase a comer; después volviéndose hacia mí, me rogó tuviese a bien admitir sus disculpas.

Salió. Siguióle la mirada de su hermano hasta el instante en que dejó el aposento, y, en aquel instante, brotó de esta mirada un rayo tal de odio que a mi pesar me estremecí.

Transcurrió el día en medio de las ansias que podéis figuraros. A nadie había confiado yo nuestros proyectos, ni aun casi en mis rezos me había atrevido a decírselos a Dios, y parecíame que cada mirada que en mí se fijaba podía penetrar y leer en el fondo de mi corazón.

La comida fue un suplicio. Sombrío y taciturno, Kostaki hablaba raras veces; aquel día se contentó con dirigir dos o tres veces la palabra en moldavo a su madre y cada vez me hizo estremecer el acento de su voz.

Cuando me levanté para subir a mi aposento, Smeranda, como de costumbre, me abrazó, y, al abrazarme, me dijo aquella misma frase que desde hacía ocho días no había oído salir de su boca:

-Kostaki ama Hedwigia.

Esta frase me persiguió como una amenaza, y al encontrarme sola en mi aposento parecióme que una voz murmuraba a mis oídos:

-¡Kostaki ama a Hedwigia!

Ahora bien, el amor de Kostaki, Gregoriska me lo había dicho, era la muerte.

A las siete de la noche y cuando empezaba a oscurecer, vi a Kostaki atravesar el patio. Se volvió para mirar hacia mis ventanas; pero yo me hice atrás a fin de que no pudiera verme.

Hallábame inquieta, porque le había visto dirigirse hacia las cuadras.

Arriesguéme a descorrer los cerrojos de la puerta y a deslizarme hasta el aposento vecino, desde donde podía ver todo lo que iba a hacer.

En efecto, se dirigía a la cuadra, de donde por sí mismo sacó a su caballo favorito, y ensillóle con sus propias manos, con el cuidado de un hombre que concede la mayor impor-

Librodot

tancia a los menores detalles. Llevaba el traje mismo con el cual le vi por primera vez, y su sable por toda arma.

Ensillado ya su caballo, miró otra vez a la ventana de mi aposento. 'En seguida, como no me viera, montó, hízose abrir la puerta por la cual había salido y debía entrar su hermano y se alejó al galope en dirección al monasterio de Hango.

Entonces oprimióse mi corazón de una manera terrible; un presentimiento fatal me decía que Kostaki iba al encuentro de su hermano.

Permanecí en aquella ventana tanto tiempo como pude distinguir el camino que a un cuarto de legua del castillo había un recodo y se perdía en el principio de un bosque. Pero la noche era cada vez más densa y lo perdí de vista. Permanecí allí todavía. Por fin, la propia inquietud me devolvió la fuerza, y como era evidente que en la sala baja poda recibir más pronto las primeras noticias del, uno o del otro de los dos hermanos, bajé.

Mi primera mirada fue para Smeranda. En la tranquilidad de su rostro vi que no sentía aprensión alguna; daba sus órdenes para la cena acostumbrada y estaban Colocados en sus sitios los cubiertos de ambos hermanos.

No me atreví a interrogar a nadie. ¿Por otra parte, a quién hubiera interrogado? Nadie en el castillo, excepto Kostaki y Gregoriska, hablaba ninguno de los dos idiomas únicos que yo conocía.

Me estremecía al menor ruido.

A las nueve, por lo común, nos sentábamos a la mesa para cenar.

Había yo bajado a las ocho y media y seguía con los ojos la aguja cuyo movimiento era casi visible en el vasto cuadrante del reloj.

Dieron los tres cuartos. La vibración resonó sombría y triste; en seguida la aguja emprendió su marcha silenciosa, y la vi de nuevo recorrer la distancia con la regularidad y lentitud de una punta de compás.

Algunos minutos antes de las nueve parecióme oír en el patio el galope de un caballo Smeranda lo oyó también, porque volvió la cabeza del lado de la ventana; pero era demasiado oscura la noche para que pudiese ver nada.

-¡Oh !¡si me hubiese mirado en aquel momento, cómo hubiera adivinado lo que pasaba en mi corazón!

No había sonado más que el galope de un solo caballo, y era muy natural. Ya sabía yo que no regresaría más que un solo caballero.

¿Pero cuál?

Resonó en la antesala el rumor de unas pisadas. Estas eran lentas; parecían gravitar sobre mi corazón.

Abrióse la puerta y vi diseñarse una sombra en la oscuridad. Esta sombra se paró un instante en el umbral de la puerta.

Mi corazón estaba suspenso.

La sombra se adelantó, y a medida que iba penetrando en el círculo de luz, yo respiraba.

Reconocí a Gregoriska.

Un instante más de dolor, y rompíase mi corazón.

Reconocí a Gregoriska, sí, pero pálido como la muerte. Solamente con verle, se adivinaba ya que acababa de ocurrir algo ' terrible.

-¿Eres tú, Kostaki? preguntó Smeranda.

-No, madre mía, respondió Gregoriska con voz sorda.

-¡Ah! ¿por fin estáis aquí, y desde cuando acá debe esperaros vuestra madre?

-Madre mía, dijo Gregoriska fijando una mirada en el reloj, no son más que las nueve.

En aquel momento, efectivamente, dieron las nueve.

-Verdad es, dijo Smeranda. ¿Dónde está vuestro hermano? A mi pesar, pensé que era la misma pregunta que Dios habla dirigido a Caín.

Gregoriska no respondió.

-¿Nadie ha visto a Kostaki? preguntó Smeranda. El mayordomo se informó.

-A las siete, dijo éste, el conde ha ido a la cuadra a ensillar por sus propias manos su caballo, y ha partido por el camino del monasterio de Hango.

En aquel momento encontráronse mis ojos con los de Gregoriska. No sé si fue realidad o alucinación, pero me pareció que una gota de sangre lucía en medio de su frente.

Llevé lentamente el dedo a mi propia frente, indicando el sitio donde creía ver aquella mancha.

Comprendióle Gregoriska; tomó su pañuelo y se engujó.

-Sí, sí murmuró Smeranda, habrá encontrado algún oso, algún lobo que se habrá entretenido en perseguir. Por cosa tan baladí deja un hijo a su madre. ¿Dónde le habéis dejado, Gregoriska? decid.

-Madre mía, respondió Gregoriska con voz conmovida pero entera, mi hermano y yo no hemos partido juntos.

-Bien está, dijo Smeranda; Sírvase la cena, sentémonos a la mesa y ciérrense las puertas. Los que estén fuera, dormirán fuera.



Las dos primera partes de esta orden fueron ejecutadas al pie de la letra. Smeranda ocupó su asiento, sentóse Gregoriska a su derecha y yo a su izquierda.

Después salieron los criados para cumplir la tercera, orden, es decir, para cerrar las puertas del castillo.

En aquel momento oyóse un gran rumor en el patio y un sirviente, azorado, se precipitó en el comedor exclamando:

-Princesa, el caballo del conde Kostaki acaba de entrar

en el patio, solo y cubierto de sangre.

-¡Oh! murmuró Smeranda irguiéndose pálida y amenazadora; así entró una noche el caballo de su padre.

Dirigí la vista hacia Gregoriska. No estaba ya pálido; estaba lívido.

En efecto, el caballo del conde Koproli había entrado una noche en el patio del castillo, cubierto de sangre, y una hora después los servidores habían encontrado y traído el cuerpo cubierto de heridas.

Smeranda tomó un hachón de manos de uno de los criados, adelantóse hacia la puerta, la abrió, y bajó al patio.

Al asustado caballo apenas podían contenerle tres o cuatro servidores.

Smeranda se adelantó hacia el animal; miró la sangre que manchaba su silla, y descubrió una herida en lo alto de la frente.

-Kostaki ha sido muerte de frente, dijo la princesa, en duelo, y por un solo enemigo. Buscad su cuerpo, hijos míos, que más tarde trataremos de buscar al matador.

Como el Caballo había entrado por la puerta de llano, todos los servidores se precipitaron por esta puerta, y relucieron los hachones por la campiña hasta perderse en el bosque, como, en una hermosa noche de verano, se ven centellear las luciérnagas en las llanuras de Niza y de Pisa .

Smeranda, como si hubiese estado convencida de que las pesquisas no serían largas, esperaba de pie en la puerta. Ni una lágrima corría de los ojos de aquella desolada madre, y sin embargo sentíase rugir la desesperación en el fondo de su alma.

Gregoriska estaba detrás de ella y yo junto a Gregoriska. Por un instante, al abandonar el salón, había tenido la intención de ofrecerme el brazo, pero no se atrevió.

Al cabo de un cuarto de hora o poco más, se vio por la revuelta del camino parecer una antorcha, en seguida dos, después todas.

Sólo que aquella vez en lugar de esparramarse por la campiña, estaban agrupadas en torno de un centro común.

Este centro común, según pudo verse muy pronto, se componía de una litera y de un hombre tendido sobre ella.

El fúnebre cortejo avanzaba, pero lentamente.

A los diez minutos llegó a la puerta. Al reparar en la madre viva que aguardaba al hijo muerto, los que lo llevaban se descubrieron instintivamente, después entraron silenciosos en el patio.

Smeranda les siguió, y nosotros seguimos a Smeranda. De ese modo llegamos al salón en el cual fue depositado el cuerpo.

Entonces, con ademán de suprema majestad, Smeranda se abrió paso, y acercándose al cadáver, dobló en tierra una rodilla, separó los cabellos que ocultaban su rostro, y permaneció contemplándole por largo tiempo, enjutos los ojos. Abriendo en seguida la túnica moldava, entreabrió la camisa manchada dé sangre.

La herida estaba en el costado derecho del pecho. Debía haber sido causada por una hoja recta y cortante de dos filos. Recordé haber visto aquel día mismo, en el cinto de Gregoriska, el largo cuchillo de caza que servía de bayoneta a su carabina.

Busqué el arma en su cinto, pero había desaparecido. Smeranda pidió agua, mojó su pañuelo en ella y lavó los cruentos bordes.

La sangre fresca y pura subió a enrojecer los labios de la herida.

El espectáculo que ante los ojos se me ofrecía, presentaba no sé qué de atroz y dé sublime a la vez. Aquel vasto salón, ahumado por las antorchas de resina, aquellos rostros bárbaros, aquellos ojos brillantes de ferocidad, aquellos trajes extraños, aquella madre que calculaba, a la vista de la sangre tibia todavía, el tiempo que hacía que la muerte le robara a su hijo, aquel terrible silencio, interrumpido solamente por los sollozos de los bandidos de quien era Kostaki el jefe, todo esto, lo repito, era atroz y sublime a un mismo tiempo.

Por fin, Smeranda acercó sus labios a la frente de su hijo; en seguida, levantándose, y echando hacia atrás las largas trenzas de sus cabellos blancos, que se habían desprendido:

-¡Gregoriska ! dijo.

Gregoriska se estremeció, movió la cabeza y saliendo de su atonía

-¿Madre mía? respondió.

-Acercaos, hijo mío, y oídme.

` Gregoriska obedeció, pero estremeciéndose.

A medida que se iba acercando al cadáver, la sangre, más abundante y más encarnada, brotaba de la herida. Por fortuna, Smeranda no miraba ya hacia aquel lado, pues a la vista de aquella sangre acusadora, no hubiera tenido necesidad de buscar al asesino.

-Gregoriska, dijo la princesa, sé muy bien que Kostaki y tú no os amabais; sé muy bien que tú eres Walvady por tu padre, y él era Koproli por el suyo, pero por vuestra madre ambos pertenecíais a los Brankovan. Sé asimismo que tú eres un hombre de las ciudades de Occidente y él un hijo de las montañas orientales ;pero, erais hijos de una misma madre. Pues bien, Gregoriska, quiero saber si iremos a depositar al hijo junto a su padre sin que haya sido pronunciado el juramento de venganza; quiero saber si puedo llorar tranquila como una mujer, confiando en que tú, un hombre, tomará a su cargo el castigo del asesino.

-Nombradme al asesino de mi hermano, señora, y os juro, que, si lo exigís, antes de una hora habrá cesado de vivir. -Jurad, sin embargo, Gregoriska, jurad bajo pena de maldición, ¿entendéis, hijo mío? jurad que morirá el asesino, qué no dejaréis piedra sobre piedra de su casa, que su madre, sus hijos, sus hermanos, su mujer o su desposada morirán por vuestra mano. Jurad e invocad sobre vos la cólera celeste si faltáis 'a tan sagrado juramento; invocad para vos, si faltáis a tan santo voto, la miseria, la execración de vuestros amigos, la maldición de vuestra madre.

Gregoriska extendió su mano sobre el cadáver.

-Juro que el asesino morirá, dijo.

A 'este juramento extraño y del que solamente yo y el muerto quizá, podíamos comprender el verdadero sentido, vi o creí verse cumplir un espantoso prodigio.

Los ojos del cadáver se abrieron y se' clavaron en mí más animados acaso de lo que nunca los había visto, y sentí, como si hubiera sido palpable aquel doble rayo, penetrar un hierro encendido en mi corazón.

Era ya más de lo que podía soportar. Me desmayé.



XV
El monasterio de Hango

Cuando recobré mis sentidos, me encontré acostada en mi cama; velaba junto a mi una de las dos mujeres. Pregunté dónde estaba Smeranda, y se contestó que velaba junto al cuerpo de su hijo.

Pregunté dónde estaba Gregoriska y se me dijo que había salido para el monasterio de Hango.

-No pensábamos ya en fugarnos. ¿No había muerto Kostaki? No se, trataba tampoco de matrimonio. ¿Podía casarme con el fratricida?

Tres días y tres noches transcurrieron así en medio de sueños extraños. Ya durmiese, ya estuviese despierta, veía siempre aquellos dos ojos vivos en aquel rostro muerto: era una visión horrible.

Al tercer día debía efectuarse el entierro de Kostaki. Por la mañana me llevaron, de parte de Smeranda, un traje completo de viuda.

Me vestí y bajé.

La casa parecía deshabitada. Todo el mundo se hallaba en la capilla.

Encaminéme hacia allí.

Al ir a penetrar en el sagrado recinto, Smeranda, a quien no había visto desde tres días antes, atravesó el umbral y llegóse a mí.

Parecía una estatua del Dolor. Con un movimiento leve como el de una estatua, posó sus labios helados sobre mi frente y con voz sepulcral pronunció sus acostumbradas palabras: Kostaki ama Hedwigia.

No podéis figuraros el efecto que produjeron en mí estas palabras. Semejante protesta de amor hecha en tiempo presente en vez de tiempo pasado; ese ama en vez de amaba; ese amor de ultratumba que venía a buscarme en vida produjo en mí una terrible impresión.

Al mismo tiempo :un extraño sentimiento se apoderaba de mí, como si yo hubiese sido en efecto la mujer del que había muerto y no la prometida del que estaba vivo. Aquella tumba me atraía hacia sí, a pesar mío, dolorosamente, como dicen que la serpiente atrae al pájaro que fascina. Busqué con los ojos a Gregoriska y le vi pálido, en pie y apoyado contra una columna; sus ojos estaban fijos en el cielo y no puedo por lo tanto decir si me vio.

Los monjes del monasterio de Hango rodeaban el cuerpo entonando salmodias del rito griego, armoniosas alguna vez, monótonas casi siempre. Yo también quise rezar, pero expiró en mis labios la oración. Hallábase mi espíritu perturbado en tal manera que parecíame más bien asistir a un conciliábulo de demonios que a una reunión de sacerdotes.

En el instante en que se llevaron el cuerpo, guisé seguirle, pero las fuerzas me faltaron. Sentí vacilar mis piernas y me apoyé en la puerta.

Entonces acercóseme Smeranda, e hizo una seña a Gregoriska.

Gregoriska, obediente, se acercó.

En seguida Smeranda me dirigió la palabra en lengua moldava.

-Mi madre me manda repetiros palabra por palabra lo que va a decir, murmuró Gregoriska.

Entonces Smeranda habló de nuevo. Cuando hubo concluido:

-He aquí las palabras de mi madre, dijo Gregoriska.

"Lloráis a mi hijo, Hedwigia, porque le amabais, ¿no es verdad? Os doy gracias por vuestras lágrimas y por vuestro amor; de aquí en adelante sois mi hija lo mismo que si Kostaki hubiese sido vuestro esposo; de, aquí en adelante tenéis una patria, una madre, una familia. Derramemos la copia de lágrimas que se debe a los muertos, y en seguida seamos entrambas, yo su madre, vos su mujer, dignas del que ya no es. Adiós! Retiraos a vuestra habitación; yo voy a seguir a mi hijo hasta su última morada; a mi vuelta me encerraré con mi dolor y no me veréis hasta que lo habré vencido; pero; no lo dudéis, le venceré, porque no quiero que me mate."

No pude contestar a estas palabras de Smeranda traducidas por Gregoriska, sino con un gemido.

Subí a mi aposento y el cortejo se alejó. Vile desaparecer por un recodo del camino. El monasterio de Hango no distaba más que media legua del castillo, por el atajo; pero lo montañoso del terreno obligaba al camino a, torcer, y siguiendo éste se empleaban, en el viaje cerca de dos horas.

Estábamos en noviembre. Los días eran fríos y cortos. A las cinco era ya de noche.

A cosa de las siete vi reaparecer las antorchas. Era el cortejo fúnebre que regresaba. El cadáver reposaba en el panteón de sus padres. Todo había concluido.

Os he indicado ya la obsesión extraña de que era presa desde el fatal acontecimiento que a todos nos había vestido de luto, y especialmente desde que había visto abrirse y fijarse en mí unos ojos que la muerte había cerrado. Aquella noche, fatigada por las emociones de todo el día, estaba aún más triste. Ola dar una tras otra las horas en el reloj del castillo y me iba entristeciendo a medida que el tiempo transcurrido me acercaba al instante en que Kostaki había muerto.

Oí dar las nueve menos cuarto.

Entonces una sensación extraña se apoderó de mí. Era un terror espeluznante que recorría todo mi cuerpo, helándolo; y mezclado con este terror algo como un sueño invencible que entorpecía mis sentidos: mi pecho se oprimió, veláronse mis ojos. Extendí los brazos y fui a caer de espaldas sobre mi lecho.

Sin embargo mis sentidos no se habían amortiguado tan completamente que me impidieran oír un rumor de pisadas acercándose a mi puerta; en seguida, me pareció que esta se abría: después ya no vi ni oí nada más.

Únicamente sentí un vivísimo dolor en el cuello. Después de lo cual caí en completo letargo.

A media noche, desperté; mi lámpara estaba aún encendida; quise levantarme; pero estaba tan débil, que me fue preciso probarlo dos o tres veces. Vencí, empero, esta debilidad,

como, despierta, sentía en el cuello el mismo dolor que habla experimentado en mi adormecimiento, me arrastré, apoyándome en la pared, hasta el espejo y miré.

Algo parecido a la picada de un alfiler marcaba la arteria de mi cuello.

Pensé que algún insecto me había mordido durante mi sueño, y, como estaba fatigada a lo sumo, me acosté y me dormí. Al día siguiente desperté como de costumbre y como de costumbre quise levantarme tan pronto como se abrieron mis ojos; pero sentí una debilidad que no había experimentado más que una sola vez en mi vida; el día siguiente de una sangría.

Me acerqué al espejo y me asombró mi palidez.

El día transcurrió triste y sombrío: experimentaba una impresión extraña, tenía necesidad de permanecer inmóvil, porque todo. movimiento era para mí una fatiga.

Llegó la noche; encendieron mi lámpara; las camareras, así al, menos lo, comprendí por sus gestos, me ofrecieron quedarse. Les. di las gracias y salieron.

A la hora misma de la víspera experimenté los mismos síntomas Quise entonces levantarme y pedir socorro; pero no pude andar ni hasta la puerta. Oí vagamente el timbre del reloj dando las ocho y tres cuarto; resonaron los pasos, abrióse la puerta; pero nada veía, nada oía, y, como la víspera, había ido a caer tendida sobre mi cama.

Como la víspera sentí un agudo dolor en el mismo sitio; como la víspera, también me desperté a las doce de la noche, sólo que mucho más débil y mucho más pálida.

Se renovó todavía al siguiente día la terrible obsesión. Estaba decidida a bajar hasta la habitación de Smeranda, por débil que me encontrase, cuando una de las doncellas entró en mi cuarto y pronunció el nombre de Gregoriska. Gregoriska iba tras ella.

Quise levantarme para recibirle; pero volví a caer en mi sillón.

Lanzó un grito al verme y quiso precipitarse hacia mí; pero tuve fuerza suficiente para extender mi brazo hacia él.

-¿Qué venís a hacer aquí? le pregunté.

-¡Ah! ¡venía a despedirme de vos! ¡venía a deciros que dejo este mundo que me es insoportable sin vuestro amor y sin vuestra presencia! ¿ venía a deciros que me retiro al monasterio de Hango!

-Mi presencia os está vedada, Gregoriska, le respondí; pero no mi amor. ¡Ah! yo os amo siempre, y mi mayor pena es que de hoy en adelante este amor sea casi un crimen.

-¿Entonces puedo esperar que oraréis por mí, Hedwigia?

-Sí, sólo que no oraré mucho tiempo, añadí sonriendo.

-¿Qué tenéis? ¿por qué estáis tan pálida?

-¡ Tengo... que Dios se compadece de mí y me llama a su lado!

Gregoriska se me acercó, tomóme una mano, que no tuve fuerza para retirarle y, mirándome fijamente

-Esa palidez no es natural, Hedwigia, me dijo. ¿De qué proviene?

-Si os lo dijese, Gregoriska, creeríais que estoy loca:

-No, no, decídmelo, Hedwigia, os lo suplico; vivimos aquí en un. país que a ningún otro se parece, en una familia que a ninguna otra se parece tampoco. Decid, decidlo todo: os lo suplico.

Entonces se lo conté todo. La extraña alucinación que me sobrecogía a la hora en que Kostaki había debido morir; el terror, el entorpecimiento, aquel frío glacial, aquella postración que me encadenaba a mi lecho, aquea ruido de pasos que creía oír aquella puerta qué creía ver abrirse, en fin, aquel dolor agudo seguido de una palidez y de una debilidad sin cesar crecientes.

Había creído que mi relación le parecería a Gregoriska un principio de locura, y la terminaba con timidez, cuando vi, por el contrario, que prestaba a mi relato atención profunda.

Cuando hube acabado de hablar, reflexionó un instante.

-¿Así, me preguntó, os dormís cada noche a las nueve menos cuarto?

-Sí, por más esfuerzos que haga para resistir al sueño.

-¿Creéis ver abrirse vuestra puerta?

-Sí, no obstante tener echado el cerrojo por dentro.

-¿Sentís un dolor agudo en el cuello?

-Sí a pesar de conservar apenas mi cuello la huella de una herida.

-¿Queréis permitirme que vea? me dijo. Yo recliné mi cabeza sobre el hombro. Gregoriska examinó la cicatriz.

-Hedwigia, me dijo a los pocos instantes, ¿tenéis confianza en mí?

-¿Y lo preguntáis? le contesté.

-¿Creéis en mi palabra?

-Como creo en los Santos Evangelio.

-Pues bien, Hedwigia, bajo mi palabra os juro que no viviréis ocho días si os negáis a hacer hoy mismo lo que voy a decires.

-¿Y si consiento?

-Si consentís... os salvaréis quizá.

-¿Quizá?

Gregoriska se calló.

-Suceda lo que suceda, añadí, haré cuanto me mandéis.

-¡Pues bien! oídme, dijo, y no os asustéis sobre todo. Tanto en vuestro país, como en Hungría y como en nuestra Rumania existe una tradición...

Me estremecí, porque la tradición a que aludía había ya acudido a mi memoria.

-¡Ah! exclamó, ¿sabéis ya lo que quiero decir?

-Sí, respondí, he visto en Polonia a personas sometidas a tan horrible fatalidad.

-¿Supongo que hablaréis de los vampiros?

-Sí; cuando era muy niña, vi desenterrar en el cementerio de una villa perteneciente a mi padre, cuarenta personas, muertas en quince días, sin que se pudiera adivinar la causa de su muerte. Diez y siete dieron todos los señales de vampirismo, es decir, se las encontró frescas, coloradas, semejantes a vivos; las otras eran sus víctimas.

-¿Y qué hicieron para libertar al país?

-Se les hundió una estaca en el corazón y los quemaron en seguida.

-Sí, así se procede, ordinariamente; pero, en nuestro caso para nosotros, no basta esa. Para libraros del fantasma, quiero ante todo conocerle, y os juro por el cielo que lo conoceré. Sí, y si es preciso lucharé con él cuerpo w cuerpo, sea quien fuere.

-¡Oh ! Gregoriska, exclamé, aterrada.

-He dicho sea quien fuere y lo repito. Pero es preciso para salir con bien de esa terrible aventura, que consintáis en todo lo que de vos voy a exigir.

-Decid.

-Halláos dispuesta a las siete. Bajad a la capilla; pero bajad sola: hay que vencer vuestra debilidad, Hedwigia, hay que vencerla. Allí recibiremos la bendición nupcial. Consentid en

ello, querida mía; es preciso para defenderos que, ante Dios y ante los hombres, tenga yo derecho a velar sobre vos. Subiremos en seguida aquí; y después, veremos.

-¡Oh! Gregoriska, exclamé; si es él, os matará.

-Nada temáis, mi amada Hedwigia. Consentid solo.

-Ya sabéis que haré cuanto queráis, Gregoriska.

-Entonces, hasta la noche.

-Sí, haced por vuestra parte lo que gustéis, que yo os secundaré en cuanto pueda.

Y salió.

Un cuarto de hora después vi a un jinete tomar a escape el camino del monasterio: era él.

Apenas le hube perdido de vista caí de rodillas y recé, como no se reza en vuestro país sin creencias; y esperé las siete ofreciendo a Dios y a los santos el holocausto de mis pensamientos; sólo me levanté en el instante en que dieron las siete.

Estaba débil como una moribunda, pálida como un cadáver.

Cubrí mi cabeza con un ancho velo negro, bajé la escalera sosteniéndome en ,las paredes, y me dirigí a la capilla sin haber encontrado a nadie.

Gregoriska me aguardaba con el padre Basilio, superior del convento de Hango. Llevaba en el costado una espada santa, reliquia de un viejo cruzado que había tomado a Constantinopla con Ville-Hardouin y Beandoin de Flandes.

-Hedwigia, me dijo golpeando con la mano su espada, con la ayuda de Dios ved lo que romperá el encanto que amenaza vuestra vida. Acercaos resueltamente; ved aquí a un santo hombre que, después de haber recibido mi confesión, va a recibir nuestros juramentos.

Comenzó la ceremonia; quizá no hubo nunca otra más sencilla y solemne a la vez. Como nadie asistía, él mismo nos colocó en la cabeza las, nupciales coronas. Vestidos ambos de luto,, dimos la vuelta al altar, con un cirio en la mano; después, el religioso pronunció las palabras de ritual y añadió:

-Y ahora id, hijos míos, y que Dios os dé la fuerza y el valor indispensable para luchar contra el enemigo del género humano. Armados estáis con vuestra inocencia y su justicia: venceréis al demonio. Id, y benditos seáis.

Besamos los libros santos y salimos de la capilla.

Entonces, por vez primera, me apoyé en el brazo de Gregoriska, y parecióme que al contacto de aquel brazo valeroso, a la proximidad de aquel noble corazón, la vida entraba nueva-, mente en mis venas.

Segura estaba yo de triunfar, pues que Gregoriska se hallaba conmigo; subimos a mi aposento.

Daban las ocho y media.

-Hedwigia, me dijo entonces Gregoriska, no tenemos tiempo que perder. ¿Quieres dormirte como de costumbre para que todo ocurra durante tu sueño? ¿o quieres permanecer despierta y verlo todo?

-Junto a ti nada temo, quiero permanecer despierta y verlo todo.

Gregoriska sacó de su bolsillo un ramo bendito, húmedo aún de agua sagrada y me lo dio.

-Toma pues este ramo, me dijo, acuéstate, recita tus preces a la Virgen y espera sin temor. Dios está con nosotros. Sobre todo, no dejes caer tu ramo, porque con él dictarás órdenes al infierno mismo. No me llames, no grites; reza, aguarda y espera.

Me tendí en la cama, cruzando mis manos sobre el pecho en el cual apoyé el ramo bendito.

Por su parte, Gregoriska se ocultó detrás del dosel de que ya he hablado y que cortaba el ángulo de mi aposento. Contaba yo los minutos y sin duda Gregoriska los contaba también por su parte.

Dieron los tres cuartos.

Vibraba aún el zumbido del martillo, cuando sentí el mismo entorpecimiento, el mismo terror, el mismo frío glacial; pero acerqué a mis labios el ramo bendito y disipóse esa primera sensación.

Entonces oí distintamente el rumor de los mesurados y lentos pasos que resonaban en la escalera y se acercaban a mi puerta.

No tardó ésta en abrirse pausadamente, sin ruido, como empujada por una fuerza sobrenatural, y entonces,..

La voz se detuvo como ahogada en la garganta de la dama válida.

-Y entonces, continuó ésta haciendo un esfuerzo, entonces vi a Kostaki, pálido como le había visto cuando estaba tendido un la litera; sus largos- cabellos negros, esparcidos sobre los hombros, goteaban, sangre; llevaba su traje acostumbrado; pero la ropilla, desabrochada, dejaba ver la ensangrentada herida.

Todo era muerto, todo era cadáver,.. carne, traje, movimientos... los ojos solo, sus ojos terribles estaban vivos.

Ante aquel espectáculo ¡cosa extraña! en vez de sentir redoblar, mi espanto, sentí acrecentarse mi valor. Dios me lo enviaba. sin duda para que pudiera juzgar mi situación y defenderme contra el infierno. Al primer paso que dio el fantasma hacia mi lecho, crucé con osadía mi mirada con aquella mirada de plomo y le presenté el ramo bendecido.

El espectro intentó adelantarse; pero un poder más fuerte que el suyo le mantuvo en su sitio.

Se paró.

-¡Oh! murmuró; no duerme; ¡todo lo sabe!

Hablaba en moldavo y, sin embargo, lo entendí como si aquellas palabras hubiesen sido pronunciadas en un- idioma conocido. Nos hallábamos así, cara a cara, el fantasma y yo, sin que mis ojos pudieran separarse de los suyos, cuando vi, sin tener necesidad de volver la cabeza hacia aquel lado, a Gregoriska, salir de su escondite, parecido al ángel exterminador llevando su espada en la mano. Hizo la señal de la cruz con la mano izquierda, y avanzó lentamente tendida la espada hacia el fantasma; éste, al aspecto de su hermano, había a su vez tirado del sable con una carcajada terrible; mas apenas el sable hubo tocado el hierro bendecido, cuando el brazo del fantasma cayó inerte junto a su cuerpo.

Kostaki exhaló un suspiro preñado de lucha y desesperación.

-¿Qué quieres? preguntó a su hermano.

-¡En nombre del Dios vivo! exclamó Gregoriska, te conjuro para que me respondas.

-Habla, dijo el fantasma rechinando los dientes.

-¿Soy yo quien te aguardó?

-No.

-¿Soy yo quien te atacó?

-No.

-¿Soy yo quien te hirió?

-No.

-Tú te arrojaste sobre mi espada, y todo hubo concluído. Por consiguiente, a los ojos de Dios y de los hombres, no soy culpable del crimen de fratricidio; tú" no has recibido una misión divina sino infernal; tú has salido de la tumba, no como una sombra santa, sino como un espectro maldito y vas a volver de nuevo a tu tumba.

-¡Con ella, sí ! exclamó Kostaki haciendo un esfuerzo supremo para apoderarse de mí.

-¡Solo! exclamó a su vez Gregoriska; esa mujer me pertenece.

Y al pronunciar estas palabras, con la punta del hierro bendito tocó la llaga viva.

Kostaki exhaló un grito, como si le hubiese herido una espada de fuego y llevando a su pecho la mano izquierda dio un paso hacia atrás.

Al mismo tiempo y con un movimiento que parecía ir acorde con el suyo, Gregoriska dio un paso hacia adelante; entonces, fijos sus ojos en los ojos del muerto, la espada apuntada al pecho de su hermano, comenzó una caminata lenta, terrible, solemne; algo parecido a la escena de D. Juan y del Comendador, retrocediendo el espectro ante el sagrado acero, bajo la voluntad irresistible del campeón de Dios, siguiéndole éste paso a paso sin pronunciar una sola palabra, jadeantes los dos, lívidos entrambos, el vivo empujando al muerto delante de él, y obligándole a abandonar el castillo que había sido en lo pasado su morada, por la tumba que era su habitación en lo porvenir.

¡Oh! era cosa horrible de ver, os lo juro.

Y no obstante, arrastrada yo por una fuerza superior, invisible, desconocida, sin darme cuenta de lo que hacía, me levanté y los seguí. Bajamos la escalera iluminados sólo por las pupilas ardientes de Kostaki; así atravesamos la galería, así cruzamos el patio; así franqueamos la puerta, con el mismo andar mesurado; el espectro hacia atrás, Gregoriska con el brazo extendido, y yo siguiéndoles.

Esta fantástica carrera duró una hora; era preciso volver el muerto a su tumba; sólo que, en vez de seguir el camino habitual, Kostaki y Gregoriska habían cortado el terreno en línea recta, inquietándose poco por los obstáculos que habían dejado de existir. Bajo sus pies se allanaba el suelo, secábanse los torrentes, retrocedían los árboles, separábanse las rocas; el mismo milagro se operó para mí que se operaba para ellos; solamente, el cielo me parecía cubierto de una gasa negra, la luna y las estrellas habían desaparecido, y no veía brillar en la obscuridad de la noche más que los ojos de fuego del vampiro.

De este modo llegamos a Hango, de este modo pasamos a través del seto de arbustos que servía de muralla al cementerio Apenas habíamos entrado, distinguí en la sombra la tumba de Kostaki colocada al lado- de la de su padre; ignoraba qué estuviese situada .allí y la conocí sin embargo.

Aquella noche nada ignoraba yo, todo lo sabía. Gregoriska se detuvo a orillas de la abierta huesa. -Kostaki, dijo, no ha concluido aún todo para ti. Una voz celeste me dice que serás perdonado si te arrepientes; ¿prometes volver a entrar en la tumba, prometes no salir de ella, prometes, en fin, consagrar a Dios el culto que hasta ahora has tributado al infierno?

-No, respondió Kostaki.

-¿Te arrepientes? preguntó Gregoriska.

-¡No!

-¿Por última vez, Kostaki?

-¡No!

-Pues bien; llama en tu auxilio a Satanás como yo invoco a Dios, y veamos de nuevo quién saldrá victorioso.

Dos gritos resonaron a un mismo tiempo; cruzáronse los aceros brotando chispas, y el combate duró un minuto que me pareció un siglo.

Kostaki cayó; vi alzarse la espada terrible, la vi hundirse en su cuerpo y clavar aquel cuerpo en la tierra recientemente removida.

Un grito supremo y que nada tenía de humano desgarró el aire.

Yo me precipité.

Gregoriska había permanecido en pie, pero vacilando. Corrí y le sostuve en mis brazos.

¿Estáis herido? le pregunté con ansiedad.

-No, díjome; pero en un duelo semejante, mi" querida Hedwigia, no es la herida la que mata, es la lucha. He luchado con la muerte y pertenezco a la muerte.

-Amado, amado mío, exclamé, aléjate de aquí y volverá la vida tal vez.

-No, dijo él, aquí está mi tumba, Hedwigia ; pero no perdamos tiempo: toma un poco de esa tierra impregnada con su sangre y aplícatela sobre la mordedura que te hizo; es el único

medio de preservarte en lo futuro de su horrible amor. Obedecí estremeciéndome. Inclinéme para recoger aquella ensangrentada tierra, y, al bajarme, vi el cadáver clavado en el suelo; la espada bendita le atravesaba el corazón, y brotaba de su herida una sangre negra y abundante, como si en aquel instante acabase de morir.

Impregné un poco de tierra con la sangre, y apliqué el horrible talismán sobre mi herida.

-Y ahora, mi adorada Hedwigia, dijo Gregoriska con voz - débil; escucha bien mis postreras instrucciones: abandona el país tan pronto como puedas. Sólo la distancia es una seguridad para ti. El padre Basilio ha recibido hoy mis voluntades supremas, y a sus cuidados dejo encomendado el cumplimiento. ¡Hedwigia, un beso! el último! el único, Hedwigia!... ¡Ah! ¡yo muero!

Y al decir estas palabras, Gregoriska cayó junto a su hermano.

En cualquier otra circunstancia, hallándome en medio del cementerio, cerca de aquella tumba abierta, con aquellos dos cadáveres, tendidos uno junto al otro, hubiérame vuelto loca; pero, Y. lo he dicho, Dios había puesto en mí una fuerza igual a los acontecimientos de los que me hacia no solamente testigo, sino también actriz.

En el momento en que miraba en torno mío, buscando un auxilio cualquiera, vi abrirse la puerta del monasterio, y los monjes, guiados por el padre Basilio, adelantáronse dos a dos, con sendas antorchas encendidas y entonando las preces de difuntos.

El padre Basilio acababa de llegar al convento; había previsto lo que había ocurrido, y, a la cabeza de toda la comunidad, se dirigía al cementerio.

Encontróme viva junto a dos muertos.

Kostaki tenía el rostro contraído por una postrera convulsión.

Gregoriska, por el contrario, estaba tranquilo y casi sonriendo.

Como lo había encargado Gregoriska, se le enterró junto a su hermano; el cristiano guardando al condenado.

Smeranda al saber aquella nueva desgracia y la parte que en ella había yo tomado, quiso verme. fue por consiguiente a encontrarme al monasterio de Hango y supo de mi boca todo lo que en aquella terrible noche había acontecido.

Referíle en todos sus detalles la fantástica historia, pero me escuchó como Gregoriska me había escuchado, sin admiración, sin terror.

-Hedwigia, me dijo después de un momento de silencio, por extraño que sea lo que acabáis de contarme, no habéis dicho sin embargo más que la pura verdad. La raza de los Brankovan está maldita hasta la tercera y cuarta generación por haber muerto un sacerdote a manos de un Brankovan. Pero ha llegado el término de la maldición, pues, aunque esposa, sois virgen y en mí se extingue la raza. Si mi hijo os ha legado un millón, tomadlo, y a mi muerte, aparte de los legados piadosos que cuento hacer, tendréis el resto de mi fortuna. Y ahora, creedme,, seguid cuanto antes el consejo de vuestro esposo; volveos pronto a los países donde no permite Dios que se cumplan esos terribles prodigios. De nadie necesito yo para que conmigo llore a mis hijos. Adiós, y no os inquietéis por mí. Mi suerte futura sólo pertenece a mí y a Dios.

Y después de haberme abrazado y besado en la frente como de costumbre, me dejó y fue a encerrarse en el castillo de Brankovan.

Ocho días después partí para Francia, y, como lo había esperado Gregoriska, cesó de visitarme el terrible fantasma. Mi salud se ha restablecido también y no he conservado de ese acontecimiento más que la palidez mortal que acompaña hasta la tumba a toda criatura humana que ha recibido el beso de un vampiro.

Callóse la dama, dieron las doce, y casi me atrevería a decir que el más valiente de nosotros se estremeció al timbre del reloj.

Era ya hora de retirarnos, y nos despedimos del señor Ledrú. Un año después, ese excelente hombre había muerto.

Esta es la primera vez que, después de su muerte, se me presenta ocasión de pagar un tributo al buen ciudadano, al modesto sabio, al hombre honrado sobre todo.

Me apresuro pues a aprovecharla. Jamás he vuelto a Fontenay-aux-roses.